José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1881
Venezuela

1881-1882
Letras Hispánicas

8



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

 | ISBN 959-7006-63-4 tomo 8 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Equipo realizador del tomo: Maydelín González, Hortensia Roselló Rosés y Yadira Álvarez López.

Colaboradores: Niurka Alfonso Baños, Federico Chang, Juan José Ortega, Marta Cruz Valdés, Norma Suárez Morales, Julio Domínguez, Martín Duarte Hurtado, Francisco Fernández Sarría, Araceli García Carranza, Miriam López Horta, Mabel Morales Godoy y Pablo Riaño San Marful.

Edición: Hortensia Roselló Rosés y Yadira Álvarez López.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *Martí*, Manuel Mendive, 1974. Colección privada.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo

Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones

Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo

Pablo Gentili

Directora Académica

Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial

Lucas Sablich

Coordinador de Arte

Marcelo Giardino

Arte de Tapa

Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición

Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras Completas. Edición Crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Incluye los manuscritos e impresos: crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, novelas, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los manuscritos originales existentes, cotejados con las primeras publicaciones, según el caso, por expertos conocedores, tanto de la obra como de la caligrafía de Martí. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía—carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres—, *los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Ha sido propósito cardinal de esta edición el cotejo de los textos con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias con ellas —manuscritos, fotocopias, microfilmes, impresos— serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales

adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza; en el caso de los versos pueden ir indicadas por los números que les corresponden.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un índice de notas finales.*

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.*

El índice geográfico *relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos, caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra*.

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.*

En algunos tomos se incluirá un glosario, *que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneos de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».*

Al encarar esta difícil tarea, que desde luego estará sujeta a rectificaciones y enriquecimientos sucesivos, hacemos constar que, sobre todo en los cinco primeros tomos, se trabaja sobre el diseño de edición concebido por los destacados intelectuales Cintio Vitier y Fina García-Marruz, quienes iniciaron las investigaciones para la edición crítica de las Obras completas.

En este octavo tomo aparecen los textos escritos por José Martí durante su estancia en Caracas entre junio y julio de 1881, los cuales han sido agrupados en la sección titulada Venezuela*; se presentan, además, un grupo de escritos publicados entre junio de ese mismo año y los primeros meses del siguiente, reunidos en la sección* Letras hispánicas, *en atención a los temas tratados en ellos. En ambas partes, los textos se han organizado cronológicamente*.

Dentro de los documentos de la primera sección se destaca la transcripción del manuscrito con los apuntes de su paso por Curazao durante la travesía hacia Venezuela, en la que se aclaran muchas palabras consideradas ilegibles en las versiones publicadas anteriormente, al igual que sucede con los fragmentos de su famoso discurso en el Club del Comercio de Caracas; en este caso, además, la revisión de los manuscritos permitió establecer los textos de las dos versiones incompletas, hasta el momento integradas como un único escrito.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Abreviaturas y siglas

CEM: Centro de Estudios Martianos.

LON: La Opinión Nacional.

Mf.: Microfilme.

Ms.: Manuscrito.

Nf.: Nota final.

OC: *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro; así como la reimpresión de estas obras que vieron la luz en el año 1975 y posteriormente en el 1991.]

RV: *Revista Venezolana*.

1881

Venezuela

CURAÇAO

Desde el mar limpio, terso, muelle y azul como ningún otro mar,—luego de haber costeado largamente la isla: monótona y mondada— se ve al fin un pueblecillo compacto y risueño, porque no hay pueblo que no sea risueño después de diez días de cielo igual y mar igual. El aire es cálido: la atmósfera transparente, desnuda a los ojos curiosos el aseado ajuar exterior de las pesadas casas, que con sus árboles menguados, y sus tejados rojos y sus paredes altas, agujereadas por ventanas menudísimas, y su construcción elemental, como si sobre un paralelepípedo se encaramase un, recuerdo a la memoria, que se goza generosamente en volvernos a nuestros inmaculados días azules; esos juguetillos de madera que labran y pintan en sus horas de ocio los labriegos de la opaca Alemania. Eso es desde lejos Curazao: una caja de casas de juguete. Las fortalezas de piedra; parecen de cartón. Los arbolillos, escuetos y quejumbrosos, se asemejan a aquellos desdichados palillos pardos, coronados por verdes virutillas. Y el mismo amarillo suelo semeja el papel amarillo y áspero en que yacen casas, árboles, pastoras, campesinos y corderos. Solo que aquí luego que se entra en la vía plácida, y el buque fatigado pega sus ijares—henchidos de cajones y barriles—al muelle por donde vagan unos cuantos negros de lánguido andar y pies descalzos,—los corderos se convierten en burros, como el lugar amarillosos, ora llevados de la mano por anciano negro de negro chaleco y holgado pantalón y saco blanco,—cubierto el lomo, como si lo hubiera aderezado para montarlo, un campesino guatemalteco, de apiñado vellón;—ora, trotando traviesamente, huyendo el anca esquiva del negrillo gentil que lo fustea, y haciendo danzar, saltar, caracolear el carro que conduce; ora esperando, con cómica mansedumbre, sacudiendo de vez en cuando el sillón de montar que lo enjaeza, a la dama feliz que ha de pavonearse en tan airosa y enérgica cabalgadura. ¡Coyuctudos burrillos!

¿Y las pastoras? Las pastoras son aquí mulatas anémicas, negras informes, viejas harapientas que ahuman a la orilla de la ría sardinas secas. Un cotorral parlero que vuela espantado de una palma a otra, no vocea, no cacarea, no grita con tan estridente grito, no asombra y asorda como esta parvada de singulares criaturas, que huelgan ampliamente dentro de sus vestidos de percal inflados por el viento. No las redime a nuestros estéticos ojos de su negro color la curva llena, la hendida espalda, los fulminantes ojos, la hinchada sensual boca, las pomas altivas, los hombros redondos, los menudos pies de la mujer negra de África:—Y de las blancas ¡ay! no tienen más que el desdén que las envilece, y los vicios que, empujadas de la miseria, y de la ignorancia de más puros placeres—comparte y halaga: Ninguna mano amante ha echado semilla en ese bosque hojoso y perfumado, que, atrae, como los bosques tantos rayos; que carga el aire, como los bosques, de tanto aroma: la generosa imaginación. Descubridor alguno, arrodillado al lado de esas almas, ha saludado en ellas el mar rugiente y vasto:— Ahí van, raza degenerada, raza enferma, hablando rápidamente, con la exuberante fluidez del trópico, una lengua innoble y singular, mezcla incorrecta y bochornosa de castellano y neerlandés,—una lengua que está entera en su nombre: papiamento. Ahí van, los hombres, en el traje ordinario de los negros pobres de estas tierras, ancho el sombrero de penca, azul o llama la camisa, de lienzo el pantalón

blanco,—contando al fin del día las *placas* con que les ha favorecido su oficio de boteros, empleados, en la mañana brillante, en el mediodía pastoso y tórrido; en la tarde benigna, en la noche misteriosa,—que llevará la alada mente a las márgenes del Lido, a las cercanías de la Campanilla, a los bordes de la *piazetta* de San Marco,—en llevar de uno a otro lado de la ría,—capuchinos de barba luenga, refugiados de tierras en que se lucha,—alemanes albinos, que se van adueñando de estos mares,—niños petimetres, de tez tostada y rizado cabello, fumadorcillos precoces, de ojos ardientes y levita larga, en cuya aceitunada faz y estrecho cuerpo se lee cómo los desvíos prematuros del deseo carcomen en estas tierras las fuerzas malogradas corporales,—mantenimiento y lastre de la nave, en las zozobras graves de la vida. Y pasan durante el día, los empleados públicos que van de un lado a otro de Curazao, por la plácida vía dividido los adinerados comerciantes, sobre cuyo chaleco de dril resplandece,—como símbolo de moderna nobleza, gruesa leontina de oro,—y las doncellas de la villa, de menguado color y estrambótico y aéreo vestido. Y las ventrudas y descalzas negras, con la maciza crespa cabellera oculta por el pañuelo amarillo, azul, morado rojo, cuyas flotantes puntas, como sarmientos en rebeldía, azota y yergue el viento,— el desnudado seno holgando dentro el talle¸ deshonestamente alta la saya por delante, como para que no estorbe los pies recios—y por detrás lujosamente larga, por ese vil empeño que tiene siempre en no parecer miserable la miseria. Y pasa, como rarisíma especie, un gendarme holandés, de ojo avaricioso, mostacho empomadado, pelo laso y agudo. Y el refugiado melancólico, que repara en esta chíprea paz sabrosa el estrago de las últimas fuerzas,—o cobra—en el aire marino vigoroso, y en el decoroso abandono de un puerto libre, fuerzas para crear tormentas nuevas. O el viajero no clasificado, hombre a menudo antipático y no extraño en estas tierras, de ojo ensangrentado y redondo, de tez bronceada, de patillas luengas, de hábitos dispendiosos, de lenguaje bronco, que cura de echar pesos en el mostrador de la taberna como de limpiarse por dentro el alma oscura, y que, poniendo el pie colérico, al salir de la posada del comercio, en el pesado *poncho*, tan diferente ¡ay de la góndola!—dice, con muy grande razón, que no tomó jamás Curazao más vil, amargo y licuoso que el que acaba de tomar— no bien de ser esta tierra de excelentísimas naranjas—en la posada mejor de Curazao:— Que para tomar Curazao hay que ir a Holanda.

Caída la tarde, luego de oír entrar, gozoso, como un triunfador romano, corpulento como un elefante de las aguas, un vapor de guerra prusiano;—de enviar las cartas al *Postánkoor*, que duerme—

y digan en las de estas buenas gentes,—duerme abierto;—luego de vaciar en el muelle corrido los remos y la harina que traíamos de New York,—de ver salir blancas goletas; cuyas cubiertas animadas por pasajeras bulliciosas, lánguidos viajeros, y alborotados tripulantes parecen, más que cubierta de buque, plaza de pueblo en feria; luego de mirar de cerca el elegante vapor veraniego que lleva a Maracaibo;— luego de inquirir ansiosamente, por lo que toda lección sencilla sirve más tarde a quien gusta de reflexionar en las cosas de gobernación y mantenimiento de los pueblos, cómo en este—por ser puerto libre, muy socorrido de mercaderes y de buques; que vienen a buscar aquí las cosas de Europa y la América del Norte para llevarlas a la América del Sur,—hoy ya tan europea, y a llevarse de aquí, para las tierras de Vercingétorix y de Arvingo, los granos sabrosos y las maderas de cola de las tierras de Chilam Balam y Sequechul; luego de ahitar a una cohorte de mulatados, medio desnudos, brillantes como napolitanos, secos como fruta chupada, amarillos como canisteles,—con apretadas y gustosas tortas del nutritivo ajonjolí, que en tableros pequeños venden aquí, como elemental medio de vida, las mujeres pobres luego de lamentar, y no en mi nombre sino en el de aquellos que viven dados a los goces del paladar, y dulzores del gusto,—cómo no se respetan ya las en otro tiempo perfumadas y jugosas cáscaras de naranja,—sustituidas hoy en la exportación por un poco, y no mucho, de hediondo y útil guano, riqueza única, sobre la que la benéfica libertad,—madre aquí del comercio— proporciona —de esta poblada y arcillosa isla; luego de ver pasar, todo encogido y trémulo, sobre un pesado poncho, un burrillo arnesado, de cañas finas, ancas desladeradas, cola, azoradas y enderezadas orejas, y fina cabeza y móvil y claro ojo,—fuime, del lado de allá de la ría,—entrando por la mejor calle de la banda del comercio, a hablar conmigo mismo esas sabrosas conversaciones del crepúsculo, que alivian tanto ¡que prometen tanto! amables novias de la esperanza! punto de reposo, y de cobro de fuerzas del deseo! El alma, pudorosa, guarda sus más íntimas, y graves, y deleitosas confidencias, para esta hora sabrosa, en que, no temerosa ya de que la vean, se sale desnuda del cuerpo, a resarcirse y fortalecerse en el espectáculo y goce del alma universal; flotante en la onda de aire, palpitante en el éter benéfica y sonora!—

Calles a menudo tan estrechas, como una calleja moruna,—portalejos oscuros, caballerosa sobre descascarados escalones, dejando ver, por la menguada boca, la escalera holandesa, pendiente; estrecha y alta—que por encima termina en un corredor que da a la calle, alegrada por verdes persianas, y que a su pie ostenta ancianas negras, sentadas en los escaloncillos, cubiertas con sombrero de paja, ocupadas

en contar y recontar los hibleos nísperos que llenan su pardo tablero.—De súbito, da la calleja pedregosa en ancha lisa calle, bordada de macizas casas, con cal coloreadas, y con ladrillo o torta de cal ornamentadas.—Álzase aquí y allá, como rematando en triángulo de un edificio de los tiempos románticos,— y vi en los balcones de madera que coronan algunos puntales, y en los terrados, rematados por cerca de ladrillo,—vese bien cómo estamos en tierra de sol,—en las empinadas y altas construcciones, en las habitaciones apretadas, en la forma de esos balcones mismos, saliéndose osadamente del mismo elevado, un trecho bueno, hállanse huellas de aquellos pueblos fríos del mar del Norte;—pintorescos allí, como marineros rudos y leales, y sus fantásticas, honradas mujeres, y los tarros de flores que adornan los altos balcones,—morada y recreo de doncellas honestas y robustas, de grande, fuerte cuerpo, cabello abundantísimo, grandes ojos, franca risa y seno alto.

No discurren por las calles esos gentiles suramericanos, hercúleos y apolíneos; si vencidos del campo—y si, comidos por el alma excesiva, y amezquinados por la vida rápida en la ciudad,—ardientes y pequeños como griegos. Amarilla es la calle,—amarillas las casas; amarillo, con la puesta del sol,—digna del pincel melodioso de Swain Gifford,—el vasto horizonte; amarillas escuálidas las gentes. No con ese noble bronce, color naturalísimo de cuerpos que sustentan almas templadas a buen fuego,—sino con ese terroso matiz, que acusa descuidada infancia, ascendencia oblicua, mente lenta, sedentaria vida. De vez en cuando, por entre las verjas del patiecillo que sirve de vestíbulo a algunas de las más risueñas casas, asoman, como recortando trozos de amarillo cielo egipcio, perfiles de acero, arrogantes perfiles semíticos.—Porque no hay casa bella, del lado silencioso de la ría, luego de haber visto la cuadrada casa roja, coronada de un sol, donde ofician los masones,— el templo protestante, no escaso de devotos; la iglesilla rematada por torre sinagogal, donde se leen aún, entre admirados coros, los grandes libros mosaicos; la casa techada de negro, donde, al decir de n/ guía—“se hacen comedias”; y el alto templo gótico, donde se alzan espaciosas bóvedas,—para anidar los cantos solemnes con que se celebra al niño Vencedor de los no hay construcción cuidada, ya la puerta humilde copia en ladrillo de los templos griegos, ya se entre a ella por atrio romano,—ya ostente en la pared ornamentadas celosías, como las casas florentinas,—nada hay que acuse riqueza, buen gusto, placidez, reposo, esmero,—que no sea, al decir de las gentes del pueblo—de un judío.—Y los judíos son allí muy amados, porque las gentes del pueblo, de quienes dádiva como de señores salida,—dicen que *hacen obra* —la mejor de las obras, la hermosa limosna. En y en se piensa, costeando, al caer del

día, la silenciosa avenida de las villas,—Como— nota álgida de una gama de colores, brillan, entre los resplandores rojizos del día recién muerto—las lámparas redondas, que alumbran con tintes encarnados, colgadizos y atrios. Convida aquella calma,—semejante a la que se gozaría en un cementerio de ricos, cruzado de vez en cuando por vaporosa e inspiradora forma blanca,—a esos dulces deleites de la mente,— al interior, profundo examen, que es la hora de preñez del pensamiento, —y a ese placer divino de ver surgir, de nuestro espíritu agitado, hijos animados, pensamientos brillantes y veloces, crecientes por su propio empuje, más rápidos en su propio movimiento,—como las ondas de los ríos,—como el impulso de las ruedas. Pensar es desencadenar. Es sentarse en sí mismo, a ver volar, como de entre senos de nubes, bandadas de pájaros.—Noble tarea—pensar!—

De súbito, atraído por la verde enramada, en este árido pueblo donde apenas, como esclavos macilentos, asoma sobre uno que otro muro, un dátil pálido,—o interrumpe el patio desierto un aplanado espino,—los ojos se entran por un portal de flores, que lleva, por bajo florido cobertizo, al azul río. Matices venecianos iluminan, allá con la margen, la niña lánguida que arranca a la caja sonora palabras mejores que las palabras, más vastas y penetrantes y vibrantes que ellas,—y a la madre, que lleva el cuerpo y alma vestidas de blanco;—y al padre venturoso, que goza del reposo de la casa, ese premio debido al que obra bien. Oh! cuántos tormentos ha generado esa calma! cuántos ríos amargos habrá braceado ese hombre, antes de venir a la postre a descansar a la margen del río dulce.—Y se piensa en el viejo Tiepolo, y en el moderno Ziem, y en Tallien, y en la condesa de Guiccioli, y en Lucrecia que ama, y en la veneciana que aroma, y en la góndola negra, patrona de amoríos, que va sobre el canal, como cisne dormida, —¡ataúd flotante dentro del que se escucha bien, ruidos de nidos! —

Mas abigarrada es la población; árida la tierra, parleras las negras holandesas, mezquinos los burrillos, viejas cuanto limpias—las apiñadas casas;—y no se halla, entre tanta singular vida distinta, como en revuelto pozo adonde vinieran a parar en remolino turbio, aguas diversas—ese aire propio altivo, que encadena atención e imprime gracia.—Centavos bastan, para la vida del día, a la gente pobre, mal suenan, como si dos centavos, los pianos a cuyo son se baila sin reposo;—y si al doblar una calle, vienese encima un carro largo y negro, traído a rastras de mal grado por un mísero y mal arrendado caballejo, y coronado en el pescante por fúnebre cochero, sentado a par de un chicuelo haraposo y alegre; que viene del pueblo silencioso como de gozosa gira,—si tras el menguadísimo

atalaje, arreo indigno de cosa tan grandiosa como un muerto, asoma un caballero escueto, como si se hubiera tallado en una lanza— un hombre, y coronado con empinada chimenea, y, puéstole en las manos bastón negro, que mueve gravemente a manera de pavo;—si tras de él, a distancia larga, asoman dos ancianos, de faz para el severo trance pergeñada, enlevitados como cuáqueros, graves como dómines; luengos como flechas, negros como hierro damasquinado en los talleres de Eibar,—y asoman luego en masas caprichosas, como colosales gotas de tinta, montes de dolientes, dibujándose el negrísimo conjunto sobre el suelo amarillo, liso, claro,—como en una brillante acuarela de Heilbuth se dibuja un anticuario, vigoroso y coloreado como la vida, entre las ruinas, y termas del despedazado Coliseo,—aflígese el ánimo de ver cómo los hábitos de los pueblos,—y la escasez de ese supremo bien —fuente de goces y aureador de abismos, el sentido artístico—puede hacerse para los curiosos asunto de burla y fiesta gorja— el místico trance y hora venturosa, grado de vida merecido para el que ha obrado con valor y con honor—la muerte!—

Oh! mas cómo se agita ya, para mí que vengo de la ahogante nieve,—el alma poderosa americana! Cómo, a viudo de aroma, brilla por entre esas paredes amarillas, sólidas murallas viejas, casas echadas abajo por los temporales, portales coronados de los históricos hipogrifos neerlandeses—este espíritu férvido y amante,— en que el amor, como en un cráter, hierve,—en que los fuegos de la pasión pura se apagan en las salinas lágrimas de la Verdad! Aquí empieza ya, la mujer a ser tierna,— el niño a ser brillante, a ser heroico y generoso el hombre! ¡Qué benévola, qué confiada, qué saludadora, qué servidora, qué blanda es la gente! Del no conocido, fían, al extraño, saludan y agasajan.—Salen al encuentro los agradecer:— Cuando se halló al niño que perdimos ¡con qué júbilo salió los buenos mulatos descalzos a darme la noticia! ¡Con qué desgarrador acento decían adiós aquellos niños guiadores, al hermanito que dejaban! ¡Qué claras voces de despedida—llenas de ese dolor aleg. —poblaban el aire transparente!—¡Cómo, recogía un hombre del suelo—como quien recoge un tesoro, una página de versos!

Y así—dejando atrás el pueblo libre,—abrí el alma a la noche, sobre el buque alumbrado por la brasa, hinchado ya el pulmón de aire de América.—

[FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CLUB DEL COMERCIO]

Primera versión

Así, temblando mis mejillas al recuerdo de los días de patriarcal grandeza en que los abrazos de bienvenida sacaron al padre feliz de su caballo de batalla, como tiembla la superficie de la tierra al ser movida por el fuego interior de los volcanes,—fuime a pagar, frente a su tumba blanca, como cumplía a un alma tan pura, mi tributo impaciente, y, si por menguado temor de parecer vulgar o lisonjero no doblé reverentemente ante las cenizas del hombre un segundo la rodilla—con efusión filial le envié un beso amorosísimo, de largo tiempo en mi alma comprimido, y con mis ojos nublados no sé si de lágrimas, o de dolor por los males de mi pueblo, o de vapor de gloria, busqué en torno mío la más alta montaña de los Andes, como si allí, sobre su más alta cresta, debiera reposar nt. gigante, como mensaje más enérgico que pudiera enviar la tierra al cielo.—

Día de fiesta me parecieron, aunque eran días de trabajo—a bien que yo tengo el día de trabajo por verdadero día de fiesta,— mis días primeros de Caracas.—No sabía yo, a poco andar cuáles eran más claros, si los cielos, o las almas. Ni sabía, al irme en las perfumadas noches a no verter mi alma,—el alma sola de un desconocido—en el alma universal que en todas partes flota, besa y corona;—ni sabía qué estrellas brillaban más, si las del cielo, o las de la tierra.—Si por los valles echaba a andar, pensaba involuntariamente en los mansos rebaños y en los sabrosos goces de la Arcadia; si a los cerros miraba, cambiaban al sol alegre, como al sol cambia el plumaje variado de los colibríes; las nubes; como que venían, cargadas de fantasías celestes, a acariciar las sienes de las vírgenes,—y se iban, al venir el sol, señor del alma, perezosamente de los rubios techos; y si extendía mi humilde mano, parecíame— en cualquiera dirección que la extendiere, que iba a acariciar con ella el dorso de los montes. No sé qué extraño orgullo,—ese hermoso orgullo que al hijo alienta por la beldad y glorias de su madre, inflamaba mi pecho en mis paseos. Si preguntaba por un barranco, hallábamelo puente.—Si me daba con arrogantísima fachada griega, que más que invita, obliga, por su imponente forma, a todas las grandezas de la ley, decíame que eso era ha poco pared recia y musgosa, donde andaban; como búhos dormidos, épocas muertas.—Y me abrió el hogar sus puertas—y hallé —loada sea la ocasión que encuentre al fin para decirlo—uno de los pueblos más sanos y de los hogares más honrados que he visto en mis peregrinaciones por la tierra!—Y me dije: No vayas adelante—cansado peregrino: Depón, tu bordón roto al umbral de este pueblo de hidalgos y de damas;—reposa en tus valles; con agua de estos ríos restaña tus heridas; ayúdales en su trabajo; aflígete con sus dolores; echa a andar por estos

cerros a tu pequeñuelo; estrecha la mano a estos hombres, caminante: besa la mano de estas damas, peregrino.—

Y vi entonces, desde estos vastos valles, un espectáculo futuro, en que yo quiero, o caer o tomar parte.—Vi hervir las fuerzas de la tierra;—y cubrirse como de humeantes delfines, de alegres barcos los bullentes ríos; y tenderse los bosques por la tierra, para dar paso a esa gran conquistadora que gime, vuela y brama;—y verdear las faldas de los montes, ni con el verde oscuro de la selva, sino con el claro verde de la hacienda próspera;—y sobre la meseta vi erguirse el pueblo;—y en los puertos, como bandadas de mariposas, vi flamear, en mástiles delgados, alegres y numerosísimas banderas;—y vi, puestos al servicio de los hombres, el agua del río, la entraña de la tierra, el fuego del volcán.—

Los rostros no estaban macilentos, sino jubilosos; cada hombre, como cada árabe, había plantado un árbol, escrito un libro, creado un hijo; la inmensa tierra nueva, ebria de gozo de que sus hijos la hubiesen al fin adivinado, sonreía; todas las ropas eran blancas; y un suave sol de enero doraba blandamente aquel paisaje.—Oh! qué calvario hemos de andar, aun para ver hervir así la tierra, y correr, puro en n/ manos, como el agua del río, el fuego del volcán! Mas, cómo no ha de haber obra atrevida, que, a pesar de sí mismos, si oponerse a sí mismos se les antojara, no puedan realizar cumplidamente los hijos de Bolívar, sus primogénitos, sus herederos obligados, los ejecuto[res] de su voluntad: cómo no ha de haber fuego potente que no encienda en sus almas nobles los ojos fulgurantes de sus damas,— cómo la voluntad humana basta a entorpecer o acelerar el porvenir, nunca a impedirlo. —

Hay que abrir ancho cauce a la vida continental que, ahogada en cada uno de n/ pechos, nos inquieta y sofoca;—hay que dar alas a todos estos gemidos, empleo a nuestro genio desocupado, que en desganarse el verso vierte la fuerza que pudiera emplear en fecundárselo; hay que sembrar de pobladores, como aquel par creador de la hermosísima leyenda del Moriche, esas selvas fragantes que en espera de los labriegos, sus esposos, llenan sus brazos de robustos frutos; hay que devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, que se heló en hora triste en la garganta de Netzahualcóyotl y Chilam; hay que deshelar con el calor de amor, montañas de hombres; hay que detener, con súbito erguimiento, colosales codicias;—hay que extirpar, con mano inquebrantable, corruptas raíces; hay que armar los pacíficos ejércitos que paseen desde el Bravo, a cuya margen jinetea el apache indómito—hasta el Arauco—cuyas aguas templan la sed de los invictos aborígenes;

—como si la arrogante América debiera, por sus lados de tierra, tener por límites, como símbolo severo, tribus desde ha tres siglos no domadas;—y por Oriente y Occidente, mares, solo de Dios y de las aves propios:—hay que trocar en himno gigantesco,— a vivo acento abrasador,—como ahora mismo hierve necesario para embridar el vuelo criminal del cóndor ambicioso,— los montes conmovidos se sacudan, y echen por valles y mesetas como nuncios de alba, los pueblos en sus antros refulgiados, —esta cohorte gentil de estrofas lánguidas, que vagan tristemente, pálidas como vírgenes estériles, por entre los cipreses que sombrean el sepulcro caliente del pasado!—Y a dónde he de venir, sino a la tierra, donde movidos por generoso impulso e infatigable e indomable voluntad,—todos estos altivos pensamientos baten, con sus hermosas alas de águila, la frente de los hombres?—Así armado de amor, vengo a ocupar mi puesto humilde en la urgentísima batalla; a ungir mi frente en este aire sagrado, cargado de las sales del mar libre, y del espíritu potente e inspirador de hombres egregios:— a pedir vengo a los hijos de Bolívar un puesto en la milicia de la paz.—

Pues para qué quisiera yo,—haciendo abstracción absoluta de esas razones viles de odio que aun aplicado a la defensa de causas grandes, las empequeñecen; para qué quisiera yo, sobre esa natural vivacidad con que se sienten los pesares domésticos,—sobre esa invitación a la actividad que surge de los ajenos dolores;—para qué quisiera yo ver a mi patria libre sino pª que, como navecilla elegante y mensajera de nuestras glorias—saliere por esos mares fúlgidos al paso de los fatigados europeos a decirles que para sus venerandas conquistas, nosotros tenemos colosal cima fragante; que sus dolores, esos grandes padres, solo pueden fecundar en nuestra tierra; esta gran tierra; que como ellos los del Arte, nosotros tenemos los monumentos de la Naturaleza,—como ellos catedrales de piedra, nosotros catedrales de verdor;—y cúpulas de árboles más vastas que sus cúpulas, y palmeras tan altas como sus torres, y mujeres tan bellas como sus estatuas,—y héroes, que a grabar los héroes en montañas, fueran más altas que sus héroes,—y un sol de fuego, y un amor de fuego que fecundan y doran y levantan los senos juveniles de la tierra? Véola ya; estrecha y larga, tendida con aquel suave verdor, umbroso a trechos, y a trechos atenuado por el Sol,—serpear por el sereno golfo, con su velamen de ligeras nubes, flotando atadas a aquellos altos mástiles que se llaman Pan de Matanzas, el Cobre, el Turquino? Véola ya, cargado el seno de los hibleos frutos del pueblo colombiano,—ir—a cambiarlos por las serenas ciencias del pueblo de Jafet, y adelantar, por sobre el agua blanda, con indígena gracia, al encuentro de los hombres de tierras oscuras que vienen a las nuestras enamorados del ardiente sol?—Y véola ya, en

esa zona que parece por mano superior aderezada para celebrar la fiesta de los pueblos, celebrar, como redondeando espiritualmente la tierra sobre el puente pintoresco, colgado de plátanos, salpicado de naranjas, alfombrado de flores,—la comunión colosal y venidera; en el seno de la Naturaleza rejuvenecida de las civilizaciones más viejas y probadas en la historia radiante de los hombres:—Inmenso—y grave beso—ciclópeo tálamo de que surgirá al fin,—asombrosa como hija de cíclopes,—la gloria definitiva de estas tierras:—

Oh! cómo estas ideas acariciaron, allá en las horas de dulce ceguedad en que se cree en todo y a nadie se odia, y parece escasa toda la sangre de las venas pª verterla en beneficio de los hombres—cómo nos predicábamos en aquella isla florida el Evangelio que nos venía del continente grandioso;—cómo, mal oculto entre el Lebrija, el Balmes y el Vallejo,—leíamos amorosamente los volcánicos versos de Lozano! ¡Los periódicos que de estas tierras, ocultos como crímenes, llegaban a nosotros, cómo eran buscados con afán, y leídos a coro, y guardados con el alma. La miel del plátano, a par que en los cálices de oro que le creó Plácido vino a nuestros labios en esas majestuosas y sonoras urnas en que la encerró Bello!—Y cuando no con menos aliento, que a la voz de Mariño en Güiria, cayeron con fragor alegre sobre los yugos rotos de las bestias, echadas a los montes a ser sustento de los bravos, las cadenas de los esclavos de Bayamo,—como que reanimado nuestro gran muerto, se estremecía, seguro ya de su final victoria, su cárcel de oro y gualda:—como que ese gigante que descansa con los brazos tendidos, como para protegerlos y acariciarlos, sobre el río de montes del Oeste, y sobre las corrientes torrentosas del Atlántico, reclinaba al fin, como en almohada de hierro digna de ella, en nuestras trabas rotas la espléndida cabeza!—

¡Oh! No! Yo no tengo nada que decir, ni nada que exaltar,—antes tengo que acallar, para que no parezcan lisonjas que más que a quien las dice, a quien las oye ofenden—este concierto de voces amorosas que en presencia de tanto hecho pasado, beldad presente, y gloria por venir, golpean, ganosas de hallar salida, mis labios temerosos y rebeldes!—Brotan,—brotan a pesar mío, sobre esas convenciones mezquinas que impone la etiqueta de la primicia,—brotan, fundida esta brida de acero que quería yo poner esta noche a mi palabra,—fundida al calor de tantos ojos fulgurantes y tanta alma gallarda y generosa;—brotan audaces e impacientes estos tributos de amor que no me caben en el alma. Parece que este era el sol que convenía a mi espíritu;—y que, echada en estos vastos senos, mi alma triste, que como toda alma viaja perennemente en busca de sí propia, se había al fin hallado.—

Cuando huésped de extraño bajel—en que espantado de tanta alma sola y pequeñez vestida de grandeza como en la República del Norte había observado—no oía yo hablar más que esas descansadas lenguas frías, riscosas e inflexibles;—y vi surgir en sonora mañana, a mis ojos hasta entonces tristes, y desde entonces no más tristes,—aquella costa serena de Pto. Cabello, con aquel bosquecillo hospitalario, y sus palmas gallardas, y sus limoneros amorosos que como símbolo de la Naturaleza que los cría, rompían con su ramaje exuberante la tierra que los ciñe; cuando vi que como alegre enviado de la gentil Naturaleza, se echaba al mar con su perfumado aire que nutre con su regazo henchido de árboles, como dándose prisa a consolar a los viajeros de las tierras frías de la soledad que los carcome,—sentí como olas de amor que se me agigantaban y ascendían dentro del pecho,—y mis nervios ateridos se tornaron ágiles, y ante la vida hermosa renació mi amor a la vida, y tuve alegría febril de novio, como si en aquella luciente mañana me desposara con la tierra.

Me parecía el aire cargado de excitaciones y de voces; tendía la mano en el vacío como para estrechar manos queridas; y hablaba luengas cosas con seres que ya no oyen. Si mis ojos inquietos, se posaban en su incesante busca sobre un cerro, veíame ya, en noche clara, como estos admirables días nocturnos, que no noches—escalando, como los ágiles caracas, el áspero Calvario, —hoy joya rica, peña fecundada, como aquella bíblica, regaladísimo retrete; y me imaginaba que seguía la huella del iracundo Terepaima, y oía clamar, como asaeteado por los magueyes inclementes, a aquel hercúleo y bravo Macarao:—Si al andar tropezaba con un árbol de granado, imaginábame a la sombra de aquellos que en alas del buen aire de la mar, enviaba sus mieles delicadas a los clásicos labios de Andrés Bello; si caía en mis manos impacientes una hoja impresa, si bien celebraba enamorado la diaria cuenta del patrio crecimiento, que a modo del corcel de la llanura no halla freno ni valla a su carrera,—imaginábame que tenía en las manos una copia amarilla de aquel *Publicista* benemérito:— si envueltos, más que en sus capas, en las sombras, veía salir de oscura puerta a algunos visitantes, parecíame que veía salir de casa de aquella ilustre dama de Padrón a los Ustáriz, los Toro y los Montilla; buscaba mi mano inquieta, espoleada por la loca frente, espada y lanza—sin hallar más, en sus propias verdades heridas, que amargura y desconsuelo;—y transportado en alas ignoradas, y roído de águilas coléricas, me parecía que eran los montes, no espaldas arrugadas de la anciana tierra, sino pliegues del manto que debía en su hora de descanso cubrir a aquellos colosales hombres.—

Y luego, cuando del puerto a acá venía; dejando atrás a la animada Guaira, —salvando en vulgar cochecillo, montes que por hombres más felices de más gloriosa manera se salvaron;—¡qué ruidos apagaban los comunes ruidos: despertaban mis caros recuerdos; mis sueños de niño; mis amores perpetuos,—y crecía y oleaba agitada por tantos combatientes, la batalla de mi alma: Ya oía discutir, en la capilla de San Francisco, al imponente Miranda, al enérgico Roscio, al temible Peña, a Pentre, a Domínguez, a Yanes.—Ya, al iluminar masas de luz de sol que iban y venían al capricho de las nubes, la falda de los montes, pensaba yo en aquellos de la población—, ya, deslumbrados los ojos por el fulgor de fiesta de mi espíritu, parecíame ver surgir, de entre los pardos montes a aquel bravo canónigo del 19 de abril,—y lo veía, radiante y magnífico, con la cabeza más alta que las cúspides,—tender la mano, como tomando posesión de pueblos y de valles,—y decir, iluminado de nunca visto fuego el rostro fiero: "Sí! la pido! La pido en nombre de la justicia y de la patria. Cerrados ya los ojos a las imágenes comunes de la vida,—no bien desaparecía la nube de polvo, que es en los caminos, no estorbo para el viandante, sino señal de vida de la tierra porque anda, fingíame ver a un hombre joven echar con ademán resuelto sobre el cuello de un caballo cubierto de espuma las riendas inútiles, y toca a las puertas del Ejecutivo, para anunciarle, con el amanecer del día, el amanecer de la victoria! —y como las olas del polvo amarillo iban y venían, parecíame que venían en ellas aquellos vengadores jinetes de Araure, donde caen sobre los desbandados enemigos, que van a dar muertos de espanto y de fatiga en Cabudare, y aquellos otros caballos que descargaron en San Carlos su dorso de hombres entre las espantadas filas del tenaz Izquierdo. Parecíame aquel polvo el de la horrenda ruina—y veía desplomarse a la señorial Caracas, a la gentil Barquisimeto, a aquella Guaira que atrás dejaba a Mérida florida; y lamentos—como con alas salían de entre las piedras de San Jacinto —que se abrían—y teñido en sangre veía un pilar enhiesto, y por entre las grietas de la hambrienta tierra, veía senos de fuego, y rastreando por aquellos muros, cual si se propusiese retar desde lo más alto de la catástrofe tremenda a la Naturaleza; veía al fin a nuestro Padre común, enjuto de ira el rostro, crispando la elegante mano, como para empuñar en ella el fuego de la tierra;— que no parece sino que para que tan alta criatura fuese dada a luz, hubiera sido necesario que la tierra toda sufriere extraordinario dolor de alumbramiento.—Parecíame respirar cálido y embriagante aire de batalla,—como si todavía no hubiesen llegado a sus cuarteles de descanso los jinetes de Bolívar—o como si aquellas olas espesas y flotantes de amarillos átomos fueran la natural nube de polvo que debió levantar, al caer al suelo, nt. terrible manto de cadenas.—

[FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CLUB DEL COMERCIO]

Segunda versión

Así, estremecido al recuerdo del día de patriarcal grandeza en que los abrazos de bienvenida sacaron, por las mismas calles, al padre feliz, —de su caballo de batalla, temblando a aquella gloria mis mejillas, como tiembla la superficie de la tierra, movida por el fuego interior de los volcanes— fuime a pagar ante su tumba blanca— como cumplía a aquel ser sereno—mi tributo impaciente y si por menguado temor de parecer vulgar o lisonjero no doblé reverentemente ante las cenizas del hombre entero y envidiable un segundo la rodilla, con efusión filial le envié un beso amorosísimo, de largo tiempo en mi alma comprimido, y con mis ojos nublados no sé si de las lágrimas, o de dolor por los males de mi pueblo, o de vapor de gloria, busqué en torno mío la montaña más alta de los Andes,— como si allá sobre la más alta cresta, debiera reposar nuestro gigante, como mensaje, el más enérgico que pudiera enviar la tierra al cielo.

Días de fiesta me parecieron, aunque eran días de trabajo los primeros que pasé en Caracas, a bien que para mí los días de trabajo son los verdaderos días de fiesta. No sabía yo, a poco andar, cuáles eran más claros, si los cielos o las almas. Ni sabía al irme en las perfumadas noches a verter mi alma—el alma sola de un desconocido—en el espíritu de un desconocido que en todas partes flota, corona y besa —ni sabía qué estrellas brillaban más, si las del cielo, o las de la tierra. Si por los valles me echaba a andar, pensaba involuntariamente en los mansos rebaños y en los plácidos goces de la Arcadia—si a los montes vecinos miraba, cambiaban las montañas de colores a la luz del sol, como a la luz del sol cambia el plumaje variado de los colibríes; si tendida la humilde mano en cualquiera dirección que la extendiere parecíame que iba a acariciar el dorso de los montes! En las mañanas, las nubes como que habían venido cargadas de fantasías celestes, a acariciar el sueño de las vírgenes, y a la llegada del sol solemne se iban perezosamente de los techos rubios.—No sé qué extraño orgullo—ese hermoso orgullo que al hijo alienta por la beldad y glorias de su madre, inflamaba mi pecho en mis paseos: buscaba a quién enseñar tanta hermosura. Si preguntaba por un barranco, hallábamelo puente; si me acercábame a leer un rótulo—, leía escuela; si me daba con una arrogantísima fachada griega que más que invita, obliga por su imponente forma a las grandezas de la ley,—decíanme que eso era ha poco pared recia y musgosa donde andaban, como búhos dormidos, tiempos muertos. Me abrió el hogar sus puertas—y hallé—loada sea la ocasión que se me presenta al fin para decirlo—¡uno de los pueblos más

sanos y de los hogares más honrados que he visto en mis peregrinaciones por la tierra!—Y me dije: No vayas adelante, cansado peregrino. Depón tu bordón roto al umbral de este pueblo de hidalgos y de damas;—reposa en estos valles; con agua de estos ríos restaña tus heridas: ayúdales en su trabajo, aflígete con sus dolores; echa a andar por estos cerros a tu pequeñuelo; estrecha la mano de estos hombres, caminante: besa la mano de estas damas, peregrino.

Y vi entonces, desde estos vastos valles, un espectáculo futuro, en que yo quiero o caer, o tomar parte. Vi hervir las fuerzas de la tierra,—y cubrirse como de humeantes delfines, de alegres barcos los bullentes ríos—

—y abatirse los bosques sobre la yerba, para dar paso a esa gran conquistadora que gime, vuela y brama;—

—y verdear las faldas de los montes, no con el verde oscuro de la selva sino con el verde claro de la hacienda próspera;—y sobre la meseta vi erguirse pueblos;

—y en los puertos, como paradas de mariposas, vi aletear, en torno a mástiles delgados, regocijadas numerosísimas banderas;—y vi, puestos al servicio de los hombres el agua del río, la entraña de la tierra, el fuego del volcán.—Los rostros no estaban macilentos, sino jubilosos; cada hombre, como cada árabe, había plantado un árbol, escrito un libro, creado un hijo; la inmensa tierra nueva, ebria de gozo de que sus hijos la hubiesen al fin adivinado, sonreía; todas las ropas eran blancas; y un suave sol de enero iluminaba blandamente aquel paisaje

———

Oh! qué Calvario hemos de andar aún para ver hervir así la tierra, y ver correr, puro en nuestras manos el fuego del volcán!—Mas cómo no ha de haber obra atrevida, que, a pesar de sí mismos, si oponerse a sí mismos se les antojara, no puedan realizar cumplidamente los hijos de Bolívar sus primogénitos, sus herederos obligados, los ejecutores de su voluntad:—cómo no ha de haber fuego potente que no encienda en sus almas nobles los ojos fulgurantes de sus damas, para luchar briosamente ante los cuales quisiera el brazo los tiempos de los antiguos caballeros, los de banda al cinto, armadura de hierro, y barba de oro,—cómo la voluntad humana basta a entorpecer y a acelerar el porvenir—nunca a impedirlo;—bien haya ese calvario que así ha de dar espacio a probar la fortaleza de nuestros hombres y la energía de nuestra voluntad. Basta, para ser grande, intentar lo grande. Y yo

tomo mi cruz humildemente: y la rocío con las amargas lágrimas del desconocido, y ayudaré a este pueblo en sus trabajos.

Pero como me asalta, apenas echado afuera este impaciente grito, el miedo acerbo de que, con este desconocimiento funesto en que vivimos los unos de los otros los hombres que trabajamos por la realización inmediata y absoluta de los ideales de América,—puedo yo parecer, en vez de justador infortunado que trae aún lleno de sangre el peto, roto el yelmo, y empapada de llanto la loriga—mancebo audaz que suelta al viento lengua lisonjera, para atraerse sin decoro, en esta recalada de su vida, las simpatías que ha menester.—Oh! ¡cómo se me asusta mi palabra de que me la puedan tener, como a quien corteja dama rica, por aduladora y mentirosa! ¡Cómo se me resiste, toda medrosa y trémula, a salir, como ella es, franca y ardiente, de los labios! ¡Con qué derecho—me dirán los hombres jóvenes—en cuyas venas hierve todavía la sangre de aquellos jóvenes hombreados que tendieron de un mar a otro mar, y de una sola carrera del caballo, el pabellón que los cobija,—con qué derecho, me preguntarán los hombres jóvenes, vienes a robarnos con tu palabra el tiempo que emplearíamos mejor en revolotear, mariposas de la llama enamoradas, que si en la llama mueren, de su amor a ella viven,—en torno de este búcaro de flores, de cuyos cálices abiertos parecen surgir, como sobre nacarados bustos, soles árabes?—¿Con qué derecho, me preguntarán airados los ancianos,—si es que los hay en esta tierra, donde la pureza de costumbres y la honradez de la familia, oponiendo escudo de virtud a las lanzas del tiempo,—da singular tersura y limpidez, a rostros que debieran estar, como por el arado la tierra, trabajados por los años—con qué derecho, diránme los ancianos, vienes a hurtarnos la atención de estas gallardas criaturas, de cuyo fuego hemos menester para encender el extinguido fuego nuestro, de estos cisnes, de colores, de cuya pluma suave necesitamos para dar cojín blando a nuestras cansadas cabezas? ¿Con qué derecho—me dirán las damas,—vienes tú a nosotras, hombre triste y escuálido, a desviar nuestros ojos del festín de la juventud y de la vida, para traerlos a tus pálidos dolores,— y a contener en nuestros labios, para oír las palabras que vienen de los tuyos, esta palabra tierna y culta, desembarazada y discreta, de la dama de Caracas, con que, sobre su naturalísimo recato, limpia frente, mano bondadosa, y aire de singular realeza que pone respeto y enamora, se distingue de entre las damas de la tierra?—Mas yo me vuelvo y digo—a los jóvenes que me han de entender;—a los ancianos que me han de compadecer;—a las mujeres que no me han de odiar:— Con el derecho del honor que herido allá en mi pueblo, viene a este como en busca de su solar

nativo y pueblo propio; con el derecho del asilo que no ha de negar al peregrino humilde ningún alma cristiana.—

Luché en mi patria, y fui vencido.—Se sabe que al poema de 1810 falta una estrofa,— y yo, cuando sus verdaderos poetas habían desaparecido, quise escribirla.—No me han arrancado, no me arrancarán la pluma de las manos,—pero la ha vuelto contra mi pecho la fortuna, y se me ha clavado en el corazón, que palpita ¡ay! en este instante mismo acelerado con el recuerdo de aquellos que a compás suyo latieron,—y ya han muerto. Quise hacer en aquel pueblo mío, que en defensa suya y en brazos de la gloria, ha visto caer a hombres de este pueblo, quise hacer una guerra amorosa, para impedir que se hiciera luego una guerra de hambre y de rencores que manchan ¡ay! para muy largo tiempo—lo que engendran.—Pero los más altos propósitos,—y más mientras más altos,—ceden el paso a las más ruines pasiones que, como lagartos monstruosos, se atraviesan, en esa obligada sombra en que las revoluciones se laboran, de lado a lado del ancho camino—y los lagartos, hinchando el dorso,—volcaron en la vía el carro de gloria, en que iba ¡ay! una idea, que es celeste señora, y pesa poco—!—Mas en vez de tenderme a la sombra de nuestras ceibas aterradas, a llorar sobre los manes de nuestros héroes—desdeño el llanto inútil, porque la obra ha de honrarlos más que el llanto, y vengo —con todo el brío de un dolor nuevo—no a azuzar en hora inoportuna pasiones simpáticas, no a sacar provecho, con femeniles clamores, de nuestras patéticas desgracias, no a pasar con ojos llorosos y melancólica apostura un dolor fácil en el seno de un pueblo benévolo;—a ofrecer vengo nuestros dolores, como en el día del triunfo vendremos a ofrecer en el altar del Padre Americano el fruto de nuestra redención y el brillo y el honor de nt historia.—*Y como* para todos los que del lado azul del Atlántico nacimos, hay obra común y magnífica que hacer, vengo a ofrecer, triste y dignamente, mis servicios a los hombres, —a poner hombro en la obra.—Hay que abrir ancho cauce a la vida continental, que ahogada en cada uno de nosotros nos inquieta y sofoca; hay que dar alas a todos estos gemidos,—empleo a nuestro genio desocupado, que en desganarse el verso, pierde las horas que debiera emplear en fecundárselo;—hay que sembrar de pobladores, como aquel par creador de la hermosísima leyenda del Moriche, sembró de hombres las márgenes desiertas del Orinoco, esas selvas dormidas, que en espera de los labriegos, sus esposos, dejan del amplio seno al suelo agradecido sus robustos frutos:—hay que devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, que se heló en hora triste;—en la garganta de Netzahualcóyotl y Chilam: hay que deshelar, con el calor de amor, montañas de hombres;

hay que detener, con súbito erguimiento, colosales codicias; hay que extirpar, con mano inquebrantable corruptas raíces;—hay que armar los ejércitos pacíficos que paseen una misma bandera desde el Bravo en cuya margen jinetea el apache indómito, hasta el Arauco cuyas aguas templan la sed de los invictos aborígenes;—como si la arrogante América debiera, por sus lados de tierra tener por límites, como símbolo sereno—tribus desde ha tres siglos no domadas, y por Oriente y Occidente mares, solo de Dios y de las aves propios:—hay que trocar en himnos gigantescos, a cuyo acento abrasador los montes conmovidos se sacudan y echen por valles y mesetas los pueblos desde ha centenas de años echados por el temor a sus escondrijos y quebradas;—hay que trocar en himno gigantesco esta cohorte gentil de estrofas lánguidas, desmayadas y sueltas, y todas desmembradas, porque las unas no se completan con las otras, que hoy vagan tristemente pálidas como vírgenes estériles, por entre los cipreses que sombrean el sepulcro caliente del pasado.—Y a dónde he de venir, sino a la tierra en que, movidos por vigoroso impulso y fiera y batalladora voluntad, todos estos altivos pensamientos baten, con sus hermosas alas de águila la frente de los hombres?—Así armado de amor, vengo a ocupar mi puesto humilde en la urgentísima batalla; a ungir vengo mi frente en este aire sagrado, cargado de las sales del mar libre, y del espíritu potente e inspirador de hombres egregios,—a pedir vengo a los hijos de Bolívar un puesto en la milicia de la paz.

Pues para qué quisiera yo, haciendo abstracción absoluta, porque por mí no cuentan, de esas razones viles de odio que empequeñecen todo lo que engendran; para qué quisiera yo, sobre esa natural vivacidad con que se sienten los pesares domésticos, sobre esa invitación a la actividad que surge de los dolores ajenos;—para qué quisiera yo ver a mi patria libre, sino para que rematare nuestra obra, y acelerare, con los destinos suyos los destinos nuestros—para que saliere, como navecilla elegante y mensajera de nuestras glorias al paso de los fatigados europeos a decirles que para sus conquistas venerandas, nosotros tenemos colosal cima fragante;—que sus dolores estos grandes padres, solo pueden fructificar en nuestra tierra, esta gran tierra;—que nosotros tenemos, como ellos los del Arte, los monumentos de la Naturaleza; como ellos catedrales de piedra, nosotros catedrales de verdor; y cúpulas de árboles más vastas que sus cúpulas, y palmeras tan altas como sus torres, y mujeres tan bellas como sus estatuas, y un sol de fuego y un amor de fuego que fecundan y doran y levantan los senos juveniles de la tierra:—véola ya; estrecha y larga, tendida con aquel suave verdor, sombreado a trechos y a trechos atenuado por el sol,—serpear por el sereno golfo, con su velamen de ligeras nubes,

flotando atadas a aquellos altos mástiles que se llaman; ¡montes de montañas a nuestros! Pan de Matanzas, y el Cobre y el Turquino! Véola ya, cargado el seno de los hibleos frutos del pueblo colombiano,—ir a cambiarlos por las serenas ciencias y afanosas industrias del pueblo de Jafet, adelantando por sobre el agua blanda, con indígena gracia al encuentro de los hombres de tierras fatigadas que vienen a nosotros enamorados del ardiente sol!—Y véola ya, en aquella zona que parece por mano superior aderezada para celebrar la fiesta de los pueblos,—como redondeando espiritualmente la tierra, celebrar sobre su puente pintoresco, colgado de plátanos, salpicado de naranjas, alfombrado de flores, la comunión portentosa venidera, en el seno de la Naturaleza rejuvenecida de los pueblos más viejos y probados en la radiante historia de los hombres:—Inmenso y grave beso de los mundos; ciclópeo tálamo, de donde ha de surgir, asombrosa como hija de cíclopes, la verdadera y definitiva gloria americana!—

Oh! cómo estas ideas nos halagaban a los esclavos antillanos, allá en los días perpetuos de la infancia, en aquellas horas de dulce ceguedad en que se cree en todo, y a nadie se odia, y parece escasa toda la sangre de las venas para verterla en beneficio de los hombres! Cómo nos predicábamos, pálidos y entusiastas como mártires, en aquella Isla florida, el Evangelio que nos venía del continente grandioso: ¡cómo, mal ocultos entre el Lebrija, el Balmes y el Vallejo, leíamos amorosamente los volcánicos versos de Lozano!—Los periódicos que de estas tierras, escondidos como crímenes, llegaban a nosotros, cómo eran buscados con afán, y leídos a coro, y guardados en la fantasía maravillada! La miel del plátano, a par que en los cálices de oro que le creó Plácido, vino a nt. labios en esas majestuosas y sonoras urnas en que la encerró Bello!—Y cuando, no con menos estrépito que a la voz de Mariño en Güiria, cayeron con fragor alegre sobre los yugos rotos de las bestias echadas a los montes a ser sustento de los bravos, los yugos rotos de los hombres,—como que reanimado nuestro gran muerto estremecía, seguro ya de su final victoria, su cárcel de oro y gualda;—como ese coloso que descansa con los brazos tendidos, cual si quisiera aún protegerlos y acariciarlos, sobre las cordilleras del Oeste y los ríos del Este, reclínase al fin, como en almohada de hierro digna de ella, en nuestras trabas rotas la espléndida cabeza.—

Oh! no! yo no tengo nada que fingir—nada que exaltar—antes tengo que acallar para que no parezcan lisonjas, que más que a quien las dice, a quien las oye ofenden—este concierto de voces amorosas que, en presencia de tanta heroicidad pasada, beldad presente, y gloria posible por venir,

golpean, ganosas de hallar salida mis labios temerosos y rebeldes.—Brotan, brotan, por sobre esas estrechas convenciones la etiqueta del país nuevo y la primera voz;—brota, fundida al calor de tantos ojos fulgurantes, y tanto espíritu de hombre generoso, esta brida de acero que hubiera yo querido imponer esta noche a mi palabra—brotan audaces e impacientes estos tributos de amor, que durante toda mi vida aglomerados, se me echan en esta noche en desbordado tropel fuera del pecho. Parece que este era el sol que convenía a mi espíritu—y que, echado en estos senos en busca de mí propio—¿quién en su propia busca no viaja—me había al fin hallado.—Cuando huésped de extraño bajel, en que venía asombrado de tanta alma sola y pequeñez vestida de grandeza que en la Rep. del Norte, de donde hice a esta viaje, había observado,—no oía yo hablar más que esas lenguas frías, riscosas e inflexibles; y vi surgir en sonora mañana, aquella costa serena de Pto. Cabello, con aquel bosquecillo hospitalario, y sus palmas gallardas, y sus limoneros amorosos, que como símbolo de la Naturaleza que los cría, rompían con su ramaje exuberante la tierra que los ciñe; cuando vi que como alegre enviado de la gentil Naturaleza, se echaba al mar con su perfumado aire que nutre, con su regazo, henchido de árboles, como dándose prisa a consolar a los viajeros de las tierras frías de la soledad que los carcome, sentí como olas de amor que se me agigantaban y ascendían dentro del pecho, y mis nervios ateridos se tornaron ágiles, y ante la vida hermosa renació mi amor a la vida y tuve alegría febril de novio como si en aquella luciente mañana me desposara con la tierra. Me parecía el aire cargado de excitaciones; tendía la mano en el vacío, como para estrechar manos queridas,—y hablaba luengas cosas con seres que no oyen.—

Si mis ojos inquietos se posaban, en su incesante busca, sobre un cerro, veíame ya, en noche clara, como este admirable día nocturno, veíame ya escalando, como los ágiles caracas, el áspero Calvario, hoy joya rica,—peña fecundada, como aquella bíblica,—regaladísimo retrete;—e imaginaba que seguía la huella del iracundo Teperaima, y que oía clamar, asaeteado por los magueyes inclementes, a aquel fiero y hercúleo Macarao. Si tropezaba al andar con un granado, veíame yo a la sombra de aquellos que en alas del buen aire del mar enviaban sus mieles delicadas a los clásicos labios de Andrés Bello: si caía en mis manos una hoja impresa, a pesar del saludable—en todos sentidos saludable, olor a imprenta nueva—luego de ver y celebrar el adelanto diario, que ya en la tierra de Venezuela sigue la marcha audaz del potro que embellece sus llanuras,— forjábame que tenía en mis manos una copia amarilla de aquel *Publicista* benemérito: si, más que envueltos en sus ropas,

envueltos en sombras, salían de oscura puerta algunos retrasados visitantes, era a mis ojos que salían de casa de aquella ilustre dama de Padrón los Ustáriz, los Toro, los Montilla. Buscaba la mano inquieta, espoleada por la loca mente, espada y lanza, sin encontrar en sus últimas heridas más que amargura y desconsuelo:—y transportado por alas ignoradas, y roído por águilas coléricas, vivía en tiempos ilustres de grandeza extraña, y me parecía que eran los montes, no espaldas arrugadas de la anciana tierra, sino pliegues del manto que debía en su hora de descanso, cubrir a aquellos colosales hombres.—

———

Y luego, cuando del puerto a acá venía, dejando atrás a la animada Guaira,— salvando en vulgar cochecillo montes que otros más felices de más gloriosa manera habían salvado ¡qué ruidos apagaban los comunes ruidos! Como interiores aves, aleteaban mis caros recuerdos; despertaban mis sueños de niño; hallábame al fin enfrente de mis amores perpetuos, y crecía; agitada por tantos combatientes la batalla de mi alma. Ya oía discutir, en la capilla de San Francisco, al imponente Miranda, al enérgico Roscio, al temible Peña, a Domínguez, a Yanes.—Ya, al iluminar masas de luz de sol que iban y venían al capricho de las nubes, no eran mares de sol, sino pliegues, ondeando al viento de aquellas venturosas banderas que anunciaron en la plaza de Caracas la alborada de la vida nueva. Deslumbrados los ojos por el fulgor de fiesta de mi espíritu,—parecíame ver surgir de entre los pardos montes a aquel bravo canónigo del 19 de abril—y lo veía radiante y magnífico, con la cabeza más alta que las cúspides, tender la mano, como tomando posesión de pueblos y de valles—y decir, iluminado por nunca visto fuego el rostro altivo: Sí! la pido! la pido—en nombre de la justicia y de la patria. Imposibles ya a mi mente las imágenes diarias de la vida—no bien desaparecía la nube de polvo que es en los caminos más que estorbo al viandante—señal de vida de la tierra porque anda,—fingíame ver a un hombre joven que con ademán resuelto echaba sobre el cuello del corcel cubierto de espuma las riendas inútiles, y tocaba a las puertas del Ejecutivo para anunciarles, con el amanecer del día, el amanecer de la victoria. Y como el polvo en olas encrespadas acrecía, placíame yo en dibujar en sus revueltos aquellos vengadores jinetes de Araure donde caen, sobre los desbandados enemigos que van a dar muertos de espanto y de fatiga en Cabudare, y aquellos otros caballos que descargaron en San Carlos su dorso de hombres entre las aterradas filas del tenaz Izquierdo. Parecíame de súbito aquel polvo el de la horrenda ruina y veía desplomarse a la señorial Caracas, a la gentil Barquisimeto, a

aquella Guaira que dejaba a la espalda a Mérida florida,—lamentos, como con alas, salían de entre las piedras de San Jacinto que se abrían; mis versos de fuego por entre las grietas de la tierra rota—teñido en sangre veía un pilar enhiesto—y rastreando por aquellos muros, cual si se propusiese desde lo más alto de la catástrofe retar a la Naturaleza veía al fin a nuestro padre común, enjuto el rostro de ira, crispada la elegante mano, como para empuñar con ella el fuego de la tierra;—que no parece sino que para que tan alta criatura fuera dada a luz, hubiera sido necesario que la tierra toda sufriere extraor[dinario]

Parecíame respirar embriagante aire de batalla, como si todavía no hubieran llegado a sus cuarteles de descanso los jinetes de Bolívar, o como si aquellas olas espesas y flotantes de amarillos átomos, fueran la natural nube de polvo que debió levantar al caer al suelonuestro terrible manto de cadenas

A FAUSTO TEODORO DE ALDREY

[Caracas, 22 de marzo de 1881]

Señor Fausto Teodoro de Aldrey

Mi benévolo amigo:

Lucho entre el miedo de ocupar con asuntos personales la atención pública, a más altas cosas que a los placeres de un hombre agradecido consagrada, y el anhelo de decir de una vez el agradecimiento en que reboso. Estoy todo confuso, y enamorado de los hombres, y de esta noble tierra—madre de todas las americanas y la nuestra, y tan lleno de obligaciones que no sé cómo pagar:—aunque quiero quedarme con ellas, y no devolverlas, por el placer de tener que agradecer.

¿A quién daré las gracias primero? ¿A esos hijos mimados de la Historia y de las Musas que me llevaron amorosamente de la mano al Club caballeresco? ¿Al ternísimo Escobar, al culto Ponte, a Toledo Bermúdez generoso, que me han recibido, más que en su casa, en sus brazos? ¿A aquella sala brillante y seductora, que entera vive, con sus caballeros de miradas altivas, y su damas de miradas puras, en el alma del huésped conmovido? ¿A U., amigo mío, que me saca, con sus hidalgas

salutaciones, de mi oscuro retiro, poblado hoy, merced a tanta bondad, de armonías tantas? ¿A la noble persona que con tan airosa pluma ha dicho de mi anoche tan extrañas cosas? ¿A la misma ciudad esbelta y pulcra, con tan singular cuidado embellecida, que entra por tan buena parte con su gracia artística en mis devaneos y ensueños de futuras proezas, no he de dar, con la mano en el corazón henchido, leales gracias?

¡Oh! ¡quién pudiera pagar con rápidas y útiles obras, tantos beneficios! ¡Qué almohada tan suave para todos mis dolores! Mas de ellos he de despertar, para contribuir, con el bien de ellos sacado, al bien ajeno; a las tareas grandiosas, a los empeños altos que en esta veneranda tierra se inician y mantienen. De caer vengo, del lado de la honra. Pero perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra, a servir modestamente a los hombres me preparo; a andar, con el libro al hombro, por los caminos de la vida nueva; a auxiliar, como soldado humilde, todo brioso y honrado propósito: y a morir de la mano de la libertad, pobre y fieramente.—Ruegue U., en mi nombre a todos los que me tienen obligado, a mis amigos generosos, a esta ciudad gallarda, a esta sagrada tierra, que den a su servidor nueva ocasión pronta de pagarles en prácticos servicios los consuelos—que como a consuelos sólo toma el bien que de él hoy dicen,—los delicados consuelos que de todos ellos hoy recibe. Y déjenme ellos y U., callar muy amorosas cosas, que del alma ferviente se me escapan, pero que el celoso decoro vuelve adentro.

En cuanto a U., mi benévolo amigo, halle pronta manera de que le recompense sus favores.

Su obligado y afectuoso amigo.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 24 de marzo de 1881

A DIEGO JUGO RAMÍREZ

22 de marzo [1881]

Sr. Diego Jugo Ramírez

Mi muy querido amigo:

Realmente, faltaba algo a mi mano, por lo que estaba enojado con Vd.—y era haber estrechado la suya. Con agradecimiento amoroso le buscaba anoche, y me puse mohino por no hallarlo: para merecerlas algún día, pongo delante de mis ojos las frases generosas de su carta: pues ¿cómo no había de sacar fuerzas de flaqueza, si las echaba a cantar glorias de una tierra que cría tan levantados corazones como el suyo?—Con especial amor guardo su carta, que será siempre para mí uno de los más dulces recuerdos de la fiesta.—y me daré prisa, luego que de este peso del alma, se me alivie el cuerpo, a ir a darle las fervientes gracias que le debo.

Ofrezca a su esposa mis respetos. ¡A Vd.—quisiera yo tener mucho que ofrecerle! Váyale hoy el cariño sin valía de su ahijado agradecido

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 7, pp. 266-267]

REVISTA VENEZOLANA

Número 1

Caracas, 1ro de julio de 1881

PROPÓSITOS

Extraña a todo género de prejuicios, enamorada de todo mérito verdadero, afligida de toda tarea inútil, pagada de toda obra grandiosa, la *Revista Venezolana* sale a luz. Nace del afecto vehemente que a su autor inspira el pueblo en que la crea: va encaminada a levantar su fama, publicar su hermosura, y promover su beneficio. No hace profesión de fe, sino de amor. No se anuncia tampoco bulliciosamente. Hacer, es la mejor manera de decir.

Hierven aquí en pasmoso número, singulares ingenios. Las liras, como aquellas blandas arpas, vibran con desusados sones al soplo más leve del espíritu, o se cuelgan de rosas para encomiar a los nativos héroes, o recogen al paso de los vientos la queja de las selvas impacientes y el estruendo de las tormentas mugidoras. Un anciano débil, escribe como Carlyle; tal abogado, como Taine; tal académico de la Historia, como si sobre sus páginas vertiese caja de ricas joyas, que fulgurasen y llameasen al vibrante sol. Señalado vigor, que viene de la general virtud; delicadeza extrema, que se debe al suave influjo de las castas damas; sano y amplio lenguaje, como de noble casa solariega; y algo, en suma, de monumental y de ciclópeo, fragante aquí como la Biblia, tonante allá como la historia, relampagueante acá como la batalla,—avaloran e ilustran los talentos de esta tierra, de tanta alteza de cuna que bien puede suspirar por ella el ánima cautiva, sin miedo de que el rubor encienda el rostro, ni los menguados lo tengan a lisonja.

¿Cómo, del natural asombro que el número y valía de los trabajadores de la mente causa al que los observa, y con ellos goza,—no ha de venirse a la creación de un hogar pobre, más limpio, y con la buena voluntad aderezado, donde campeen con sus variadas dotes estos hombres extraños, en cuyas manos generosas pone al nacer hada benéfica la péñola y el plectro? ¿Ver gloria y no cantarla? ¿Ver mérito, y no celebrarlo? ¿Ver cubiertas de polvo, averiguaciones minuciosas, tradiciones amadas,

memorias de épocas viejas, de arte patrio, de libros patrios, de hombres patrios, y no salvarlas con cuidado amante, y sacudirlas a la clara luz? ¿Dejar, como trabajo de escasa monta, a pasto de roedores, este imparcial estudio de una vida imitable, aquel acucioso examen de nuestros elementos de riqueza, cuál pintoresca escena de costumbres indias, cuál notación curiosa de nuestra fauna y nuestra flora, y nuestra atmósfera matizada de colores, y nuestro aire henchido de perfumes? O una triste memoria de aquellos tiempos olvidados, de hombres desnudos y penachos vívidos? O una tranquila escena de aquellas pampas vastas, con su sacerdote de cabellos blancos, y sus indígenas sin inquietud y sin ventura? O un combate de filibusteros? O una sesión de nuestro primer Congreso? O una cabalgada del fúlgido Bolívar? O aquellas plazas nuestras, con su árbol histórico y coposo, y su orador magnífico, y su apiñada y clamante muchedumbre? O nuestros adelantos, futuro desarrollo, o sabias leyes? He ahí a lo que viene la *Revista*, a toda pasión doméstica y caso de debate interno decorosamente ajena: no a detenerse en lánguidas y peligrosas contemplaciones de la gentil naturaleza, útiles solo cuando de ellas nacen la certidumbre de la poquedad de nuestra vida,—y urgencia de prepararnos por la austera virtud para la próxima,—o el patriótico anhelo de poner a bullir sus colosales y dormidas fuerzas; no a dolerse, con boabdílea rima, de esos imaginados males de hábito que de bracear en mar de versos, no en mar de verdadera vida, vienen; no a decantar como razón de una culpable calma las históricas glorias, que no han de ser a pechos esforzados más que el deber de conquistar las nuevas:—a poner humildísima mano en el creciente hervor continental; a empujar con los hombros juveniles la poderosa ola americana; a ayudar a la creación indispensable de las divinidades nuevas; a atajar todo pensamiento encaminado a mermar de su tamaño de portento nuestro pasado milagroso; a descubrir con celo de geógrafo, los orígenes de esta poesía de nuestro mundo, cuyos cauces y manantiales genuinos, más propios y más hondos que los de poesía alguna sabida, no se esconden por cierto en esos libros pálidos y entecos que nos vienen de tierras fatigadas; a recoger con piedad de hijo, para sustento nuestro, ese polvo de gloria que es aquí natural elemento de la tierra, y a tender a los artífices gallardos las manos cariñosas, en demanda de copas de oro en que servirlo, a las gentes—aún no bastante absortas: a eso viene, con más amor que fuerza, y más brío que aptitudes, la *Revista Venezolana*.

Cosas grandes, en formas grandes; sentimientos genuinos, en pulquérrimos moldes; acendrado perfume en ricas ánforas: he aquí lo que ella anhela, y a poco que la ayuden, hallará. Vendrán a ser en esta tarea los trabajos del que la encabeza y esto escribe,—como aquel cobre humilde, tan escaso de

valer cuanto necesario a toda liga. Aposento natural tiene en la *Revista Venezolana* todo pensamiento americano; y cuanto al bien de nuestras tierras, y a auxiliarlas a formar conceptos propios y altos contribuya. No se publicará en extraño pueblo libro de nota que aquí no sea explicado; ni libro alguno entre nosotros que no nos halle con la pluma alzada en pro de sus bondades, y en excusa de los que nos parezcan extravíos. Amar: he aquí la crítica.

No obedece la *Revista Venezolana* a grupo alguno literario, ni la perturban parcialidades filosóficas, ni es su criterio airado y exclusivo, ni viene a poner en liza, sino a poner en acuerdo, las edades. Son las letras como madres generosas sobre cuyas rodillas se apaciguan las fugaces querellas de sus hijos. Pues ¿quién contiene esta irresistible simpatía que nos empuja, como a amado hermano, hacia el que, fatigado del interior demonio ardiente, lo echa de sí en resuelta prosa, o en alada rima? ¿No son todos buscadores de la verdad, con lámparas de colores diferentes?

No abandonarnos nos prometen nuestros amigos generosos, y la *Revista Venezolana* se levanta en sus brazos, bien segura de ellos. De venir aquí empeñan promesas, y ya les vemos venir en procesión de vencedores, Arístides Rojas, con la América a cuestas; con sus proféticas visiones, Cecilio Acosta; el reposado Soublette, con su palabra clásica; con la suya elocuente, arrebatada y justa, Guillermo Tell Villegas; y el hidalgo Saluzzo, con sus voces sentidas; y Eduardo Blanco, el caballero de la gloria; y el vivaz Núñez de Cáceres, con su obra varia y nueva; y Morales Marcano, que arrebata al espíritu sinuoso sus ondas invisibles, y les da molde férreo; y el amado Aveledo, a contarnos coloquios con la naturaleza. Con cítara de oro, colgada de caléndulas, dirá Eloy Escobar sus cosas tristes; y con daga de señor, más que con plectro, tañerá en la suya el caballeresco Diego Jugo; y cantará Francisco Pardo sus arrogantes versos, de alas grandes de luz; y revolverá los suyos Armas, poderosos y límpidos; y cubrirá de rosas de Fíngal a nuestros bravos el culto Tejera; y los ensalzará con entusiastas voces Arismendi; y como Plácido gemirá Domingo Hernández, y Julio Calcaño dará a los vientos su flexible lira, y Arvelo sus sinceras dulces cántigas, y Heraclio Guardia pulsará con mano enérgica su laúd fundido en el bronce macizo y resonante de los clarines de la lid moderna. No será, pues, tribuna egoísta, este humilde periódico; sino casa modesta, donde todo sereno pensamiento, y pensador hidalgo, tendrán casa. Alhajado está el hogar; y los miembros del Areópago citados: ¡sea todo, humildemente, en prez de Venezuela, y de la América!

JOSÉ MARTÍ

DON MIGUEL PEÑA

Honrar, honra. Hubo, ha setenta años, sucesos tales en esta ilustre tierra, que solo en atención a que la polvareda que los ejércitos levantan en su marcha elévase tan alta cuanto son ellos numerosos, pueden aún los que abrieron la gloriosa vía estar oscurecidos por el polvo del camino. Mas no a los ojos de los que en él andamos. Valencia erige hoy una estatua al doctor Peña; pues hoy paga Valencia lo que debe.

Aquel lidiador audaz, que así movía la espada como la pluma, sin que la pluma fuera más extraña a sus manos que la espada; aquel tribuno apuesto que supo, de los paños de la casaca colonial, corta y estrecha, hacer túnica y toga; aquel héroe colérico, sentidor de lo grande, amador de lo propio, mirado siempre como igual y como enemigo terrible por los héroes; aquel que con su amor ayudó a fundar pueblos, y con su rencor a volcarlos; aquel en quien la pasión no perdió nunca los estribos del juicio, pero en quien, sobre los estribos del juicio, no dejó nunca de erguirse, implacable y ardiente, la pasión; el que rivalizó en pujanza con los grandes, y venció en astucia a los pequeños; el que, por una vez que sacó provecho desusado de las arcas públicas, trabajó siempre con fogoso empeño en defensa y provecho de la patria; el que llevaba a los Senados, inquietos y encendidos, en aquellos tiempos de hervor y de batalla, un bravo corazón americano y el arma con que había de defenderlo;—merece presidir, en aposento de bronce, los destinos de la ciudad que él supo hacer tumba de realistas, fortaleza de derechos y cuna de republicanos.

Era Peña hombre entero y erguido, ni medrado ni rico de cuerpo, importante de suyo, y gallardo, con esa gallardía que viene de la alteza del espíritu, y da singular realce a lo vulgar, y disimula o trueca en bello lo mezquino.

Era de cara enjuta, aunque maciza; de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder de examen; de boca fina, como de hombre agudo; de frente alzada en cúpula, cual frente de letrado, azotada a menudo por un guedejo de cabellos lacios, signo seguro de hombre indómito. Limpio de barba llevaba el rostro; ceñía a su talle, grave casaca de elevado cuello, de entre cuyas solapas anchurosas rebosaba, sobre el chaleco de enhiestos costados, la rizada pechera, aquí y allí prendida con perlas lujosas.

Bullía en las aulas, en la primera década del siglo, señalado por su palabra risueña y flagelante, y expedientes fáciles, y ciencia de Ordenanzas y Novísimas, el que había de fatigar caballos, defender murallas, vestir disfraces, conmover congresos, apasionar ciudades, desatar y enfrenar iras y presidir a hombres ilustres. Gastados, más que por los propios pesares, por los ajenos; hijos de casas donde, con los vaivenes de los tiempos, son huéspedes de turno el fausto y la penuria, y ora se bebe en copa de Bohemia, ora no hay licor de que llenar la copa; nacidos en el lomo de un corcel frenético; mecidos, más que en cuna, en olas de la mar, son los hombres ahora a los veinticinco años, gigantillos cansados, jefes tal vez de familia numerosa, pálidos de alma y pálidos de cuerpo. Mas por entonces causó asombro que a los veintiséis de sus años agitados, fuera Peña, con merma de sus fuerzas, por lo excesivo del trabajo, Abogado Relator de la Excma. Audiencia Española.

¡Tal freno era preciso, duro freno de leyes, a un hombre en quien la misteriosa Naturaleza parecía haber dado carne al odio sagrado y la cólera batalladora de América ofendida! Pasiones numerosas le agitaron, y más que de perdón, supo de ira; pero no hubo entre ellas alguna que moviese su voluntad a más hazañas ni su elocuencia a más esfuerzos, que la independencia de su América. Su mano buscaba instintivamente el bribón y las armas, cuando, ya echado el señor, se le hablaba de reesclavitud. Anhelo de milicia le posee; y, como en carta suya a Flemming, su pluma, que se divierte en los primeros trozos en discurrir cual venadillo suelto, por entre los razonamientos de sus domésticos enemigos, truécase de súbito, no bien sabe que se trata de invasión probable, en lanza trémula, inquieta en el estribo, cuya asta azota impaciente el banderín de guerra.

Era su modo de hablar, como su modo de escribir, igual en lo alto. Las frases que decía, como los renglones que con mano firme trazaba, eran rectas y netas; sus letras, como sus pensamientos, aceradas, y como su imaginación, rematadas por rasgos airosos, de amplio vuelo. Corría su palabra sin esfuerzo, y sin movimientos convulsivos, ni desigualdad ni arrebato, ni fulgor boliviano, aquí segando y allí tajando, como de quien no quiere ver lo que taja ni siega. Nunca fue locuaz; por lo que fue siempre elocuente. Ni rehuía, combate, ni gustaba de provocarlo. Ni dejó nunca de adivinar el pensamiento de los otros, ni fue nunca posible adivinar enteramente el suyo. Vestidos de cristal estaban los demás para él: y él para ellos, de sombra. Hecho al ruido de las armas, no le movía a miedo el de los parlamentos; y habituado a oír fieras, parecíanle pequeñas las pasiones. Serenamente hablaba, sin cuidar de ser galano ni correcto. No esquivaba, antes buscaba, un chiste oportuno, y con la gracia

de la aplicación, redimía la vulgaridad del chiste. A sucesos grandes reservaba las palabras grandes,—y era fuerte, porque en su odio y en su amor, era constante y sincero.—Cuando ya no el anhelo de desconcertar a sus contrarios le movía, si no el riesgo de la independencia de la patria o de la propia honra, henchíase su natural caudal, como río que recibiese inesperadamente aguas de montes, y con el sonar y atropellar de los torrentes caía sobre los absortos enemigos:—aunque en lo tonante, no era abundoso. Saltábanle al encuentro imágenes gráficas y osadas, y aquellas palabras precisas y nervudas que hallaban tan fácilmente nuestros padres, hechos a batir a Encélado y a templar hierro en la fragua de Vulcano. Su discurso, a las veces, flamea: "¡Lo que debemos hacer es tocar a punto de reunión!"—"¡Si vienen, suspenderemos nuestra contienda hasta que los hayamos acabado de enterrar, y sobre sus despojos cantaremos himnos a la Patria, y con su sangre escribiremos nuestros derechos a la Independencia, y continuaremos después la obra de la Libertad!"—Era su discurso como invisible constrictor que atraía, con hábiles artes, a sus víctimas a su dominio peligroso: y oíase a poco el crujir de los contrarios argumentos, deshuesados y estrujados por el boa. Venía, en lo común, sobre sus contrarios, como la ola de pacífico mar sobre la playa: se extendía con manso ruido y se hacía señora de la arena. Su réplica vivaz igualaba a su dialéctica contundente. La historia de otros tiempos, y el espectáculo de los suyos, daban a su estilo aquella singular elevación, que pareciera entre nosotros hipérbole ridícula, y era entonces único propio y natural lenguaje. Volvió a saberse entonces cómo hablaban los cíclopes.

Con ellos estaba siempre en faena el Dr. Peña. Con él nace, y por él muere, Colombia. De él teme Bolívar, que lo acaricia. Él da pensamiento a la lanza de Páez. A Miranda, lo acusa. Con Santander, combate. A los jefes del Llano, los convence. Burla a Monteverde. Burla a Boves. Y cuando las almas fuertes, fatigadas de su grandeza excesiva, o de la ajena pequeñez, desmayan,—él, sobre el héroe dormido, alza al abogado. Luego de Cúcuta, Valencia.

Él preside en todas partes, donde Bolívar no preside: en San Diego de Cabruta, donde acerca y confunde, en flamígera masa, las guerrillas del Llano Oriental; en el Congreso de Cúcuta, donde firma, en 1821 la primera Constitución de la República de Colombia; en la Alta Corte de Bogotá, donde salva, si no la vida de Leonardo Infante, su honor de magistrado; en el Ministerio de Páez, y en su ánimo; en el Congreso famoso de Valencia; en el Senado inquieto de 1831.—Con él van siempre su tono personal, su voluntad precisa, su ánima batallante, su facilidad venturosa de ofrecer en sentencias

breves ideas graves. A los suyos organiza: a los adversos, desbanda. Severo en los primeros años de su vida, cuando la severidad es fácil, truécase en indulgente cuando tiene que serlo consigo propio: que no hay como vivir para aprender a tener compasión de los que viven. Fue tan hábil, que su habilidad mató su grandeza. La habilidad es la cualidad de los pequeños.

Así se sentaba él en la áspera silla del caballo llanero, como en aquellas de cordobán pespunteado de seda de colores, ornamento preciado de las salas en aquellas épocas modestas. ¡Qué activo en todas partes! ¡Qué brioso en la Sociedad Patriótica! ¡Qué buen republicano, en los primeros años difíciles de la República! ¡qué bravo, cuando acusa a Miranda! ¡Qué injusto, cuando lo prende! ¡qué útil en los Llanos! En Cúcuta, ¡qué asiduo! En Bogotá, ¡qué fiero! ¡qué pequeño en lo de los dineros de la agricultura! ¡qué laborioso en su Ministerio! ¡qué imponente en el Congreso de Valencia! Y en el Senado, ¡cuán discreto!

Hierve la Sociedad Patriótica en encontradas opiniones: Miranda es prudente, Bolívar es grande; Peña es osado: ni a Bolívar ni a Miranda cede. Con pujante discurso echa por tierra pareceres menguados. Desnuda su carácter. Arranca de Bolívar aquel clamor famoso, hijo de siglos que ha de durar siglos, sin que sea parte a su duración y fama justa esa opinión irreverente que como ave de noche, suele enfriar el aire en torno nuestro, por cuanto es ley moral que las virtudes sean menos estimadas por aquellos que viven en constante contacto con los virtuosos,—y en pueblos como en ríos, es fuerza, para juzgar del beneficio de las aguas, esperar a que se sequen, al sol del tiempo, los residuos limosos que la corriente deja en su camino. Su lengua, aquella noche, se hizo azote. Peña va a repetir su discurso, tonante como un monte que revienta, al seno del Congreso. Esto es el día 4. El día 5, el Congreso declara independiente a Venezuela, independiente a América!—¡Ah! es que hay sucesos tales, que exigen tanta grandeza en los que han de soportarlos como en los que los realizan!

Asesor de Miranda es ya el conspicuo Peña. De sí arranca, y en Trinidad, donde le envió la Colonia a asesorar a un abogado inglés, había fortalecido, el instinto del gobierno propio. Opónese con brío a toda exigencia de órdenes sociales. Ve en el sacudimiento un cambio de esencia, y no de forma. Enamórase de esta palabra hermosa: ciudadano. Las plazas griegas y las juntas francesas lo hubieran reconocido como suyo. Miranda ha enfrenado en Valencia la soberbia realista: en su obra severa, júzgase alcanzado—en la persona de su padre—Peña. Ni ama al compañero, ni teme al jefe, ni quiere distinguir qué es valor, qué es cólera. Acusa a Miranda ante el Congreso. Velo inferior a sí, porque lo

ve menos enérgico. Y ¡cuán bello, eso de acusar con voz segura a un jefe poderoso que el pueblo ama! Respétalo la Cámara: el pueblo airado ruge: vese de su acusación, que no halla curso, lo imprudente, no lo valeroso.

¡Ah! ¿por qué firma Peña la orden de prisión de aquel anciano, de quien tenía el gobierno del puerto de La Guaira, en que lo prendía? ¿Qué es la grandeza, sino el poder de embridar las pasiones, y el deber de ser justo y de prever? Miranda, que en su capitulación con Monteverde desconoció el vigor continental e inextinguible de las fuerzas que estaban en su mano, no cometió más falta que esta. Era él anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos: quebraron al fin el freno que de mal grado habían tascado, y creyeron que castigaban a un traidor, allí donde no hacían más que ofender a un grande hombre.

Cierra Casas, el compañero de Peña en el Gobierno, el puerto a los emigrados, de orden de Monteverde, a quien acata; queda Miranda preso; huye Peña; ampárale Caracas; surge de nuevo, acaudillando bravos, en los Valles de Aragua. Él resiste, él dirige, él mantiene. Boves, que algún nombre han de tener las fieras, cerca a Valencia. Mientras la espada tiene punta, esgrímenla los valencianos: rota ya hasta el pomo, cejan. A Peña, su hijo ilustre, acuden. Él se encara al terrible; recábale franquicias; arráncale promesa de respeto a clero y seglares, a gentes de armas y gentes pacíficas; tómale de ello juramento por su vida, honra y Dios. Mas tal como los ríos, que han amontonado con ruido sordo nuevas aguas ante la enérgica represa, sáltanla al cabo y quiébranla, y se echan por el cauce y por lo bordes, en crespas ondas roncas, así la ola de sangre pasó sobre la mísera Valencia. Fueron horas frenéticas de bestia.

De casa de la dama valerosa, Vicenta Rodríguez de Escorihuela, salió, protegido de un disfraz, el defensor del cerco. Acá se finge clérigo, y leñador allá, y allá demente. No olvida lo que ve, ni lo que oye. Vencer le es preciso, puesto que le acaban de vencer. El lamento es de ruines cuando está enfrente la obra!—Llega por fin, al campo de Zaraza, el jefe de los laureados de Rompelínea, el que en Maturín desaloja a Morales, en La Hogaza hiere a La Torre, en Quebrada Honda combate contra Quero, y remata luego a Boves en Urica. ¿Qué importa a Peña que el agua le venga ahora, no ya de la porosa piedra, ornada de frondosa yerbecilla, sino de la rústica tapara? ¿Que sea su lecho el colgante chinchorro, o el áspero cuero, y troncos de árboles su asiento, y cráneos de caballos? Con su palabra calurosa, y la autoridad que en sí llevaba, crea rápidamente y sin auxilio, sobre las menudas rivalidades

de caudillos, un Congreso en el Llano. Acá monta; allí riñe; seduce a este; a aquel convence. Él hace de los rivales, apretados amigos; y de las guerrillas, un ejército. Reúne un haz de rayos, y pónelo en las manos de Monagas. Aquella obra está hecha, juntos aquellos miembros de gigante, creada la República en el bosque. Allí arreciaba la persecución de los realistas: allí puso su esfuerzo encima del peligro.

Sale en busca de Bolívar, y atájanle las fiebres: que suelen mezquinas causas domar a hombres egregios. Se acoge en Trinidad, donde le quieren, y pronto cura. Aún le huelgan las carnes enfermizas, cuando vuelve a Guayana: que en tiempos de peligro, el pesar mayor es estar lejos de él. Su austeridad en los comienzos; su fortaleza en las adversidades; su prontitud en el consejo, le valen a su vuelta, un puesto en Cúcuta. Hecho a las prácticas republicanas, por lo que admiraba y conocía las de la América del Norte; templado en sus ardores de convencional por sus tres años de Relatoría; encendido en amor vehemente por la independencia americana, que sus sufrimientos recientes acrecientan,—combate con ligereza y sin fatiga, maravilla por la oportunidad de sus recursos, la madurez de sus juicios, la robustez y desenvoltura de su palabra. El Congreso le lleva a su Presidencia; y desde ella anuncia a la tierra habitada que Colombia ha nacido: ¡Ah, padre ingrato!

Envíale el Congreso a la ciudad histórica, donde a los cuatro vientos, retando a duelo singular a hombres y a dioses, regó el polvo que le cupo en el puño el altivo Jiménez de Quesada. De leyes sabe mucho, y lleva un cargo de leyes. Hay Alta Corte, que por ser alta es suya.—Que la preside, dicho se está, con verlo en ella.—¡Qué hervir el de su casa, en Bogotá! ¡Qué apretarse contra los dueños naturales de la Tierra, y qué mirarse en ella como perseguidos y expatriados! ¡Cuán poco puede el genio generoso contra la obra de discordia de los hombres! Todavía se alzan entre pueblo y pueblo, aquellos muros que los españoles astutos levantaron! Sí hubo falta en Bolívar: la de medir el corazón de todos los hombres por el suyo. Sí hubo iniquidad en los conquistadores: la de amontonar obstáculos gigantes, de vientre de sangre, a la existencia de sus hijos. De ladridos de gozques fue aturdido,—y de mordeduras de gozques, muerto, el formidable americano. Murió de amor de padre,—de ver morir a su hija.

Agitábanse en casa de Peña todos aquellos rencores que la colonia había animado, y los que de la guerra y del Congreso de Cúcuta habían nacido, con la elección de Bogotá para capital, y el nombramiento de Santander para vicepresidente. Tales eran los muros, que no pudo fundirlos aquel fecundo sol de gloria. Arrebato de amor había sido el levantado pensamiento colombiano: lo que

alcanzó el prestigio del héroe, lo destruyeron las vanidades e intereses de los hombres. Oh! qué dolor! ver claramente en las entrañas de los siglos futuros, y vivir enclavado en su siglo!—Por entonces, ni los venezolanos gustaban de ser mandados por los granadinos, ni estos de ver a aquellos en su casa, ni importaba al Vicepresidente de Colombia tanto ser teniente en un pueblo dilatado, como capitán en pueblo propio. De Caracas se quejaba Santander, y de Peña; y Peña, de Bogotá y de Santander. De la primacía de los bogotanos sufrían los de Venezuela, y los de Bogotá de la mayor gloria, inquietos talentos e incómoda presencia de los venezolanos. Ni al Vicepresidente gustaban la importancia y destreza del Presidente de la Alta Corte, ni a este verse relegado a aquella condición oscura e ingloriosa, donde su férvida palabra,—que es la palabra águila que no consiente tener plegadas las alas largo tiempo,—pugnaba en vano por alzar el vuelo de aquel cerco menguado de procesos. El batallador quería batalla: húbola, al fin, siniestra.

Tenía monarca venezolano el barrio de San Victoriano. Gastaba lujosísimo uniforme, sombrero de gala y sable sonador; y era lo cierto que no había bravo sin miedo, ni zagala en calma, desde que estaba en Bogotá Leonardo Infante. Como a tierra conquistada miraba él, más apuesto de cuerpo que rico de cultura, el barrio en que vivía; y como a dolorosa humillación tenían la presencia del arrogante negro en la ciudad los bogotanos. No se veían en la ciudad sus increíbles hazañas, sino sus desordenados apetitos. Burlaba a uno, ponía espanto al otro, reía de todos, codiciaba a casadas, pagaba a celestinas y vivía en poblado con aquel desembarazo primitivo, brusco donaire, y altiveza salvaje del llanero. Tamaño heroico tenía el negro bizarro, y era de los que hizo Naturaleza para dar cima a cosas grandes.

De un caso de conflicto andaban en busca aquellas iras mal sujetas, de que eran muy principales teatros la casa de Santander y la de Peña. Ossio, Pérez y Arvelo eran tenientes de este: de Santander, Azuero y Soto. Colmo hallaron las iras por Infante. Muere un Perdomo; dícese, sin razón suficiente, que Infante lo había muerto. Los rencores bullentes se desatan; "¡San Victorino libre!" claman los pasquines que los barrianos fijan en las calles; alégranse los bogotanos de tener por reo a aquel héroe importuno; prepáranse los de Venezuela a su defensa. De un lado se decide la mala ventura de la víctima,—y del otro ampararlo de ella bravamente.

No fue, por cierto, entonces cuando el Dr. Peña cambió por otro más flexible y sombrío el carácter austero y poderoso de los primeros años de su vida. A cóleras populares, y a más temibles cóleras, hizo frente. Las manos trémulas del apasionado defensor, no alteraron los pliegues majestuosos de la toga

viril del magistrado. Salvando urgentes trámites con extraña premura, sentencian a Infante dos jueces a muerte, uno a presidio: libre le quieren dos restantes. Llámase un conjuez, que vota a muerte. Pues entre tres votos a vida, y tres a muerte, no hay sentencia de muerte: "¡No firmo esa sentencia!"—A que firme le conmina el Vicepresidente. Que no puede conminarle arguye Peña. El Congreso le acusa ante el Senado: ¡arrogantísima pieza de oratoria, su defensa! Las indómitas iras que azotaban el pecho del lastimado venezolano, no salieron a su rostro, ni a su lenguaje, sino con una amarga frase, preñada de dolor y de amenaza: "Yo abrigo la esperanza de ser el último colombiano juzgado por tribunales tan parciales!" Es una pieza esbelta y sólida, de oratoria de buena ley, ricamente engranada, donde la ciencia llega al lujo, la disposición a la amenidad, y el desprendimiento a la grandeza. ¡Con qué respeto debió oírsela, y qué respetuosa es toda ella! ¡Cómo ponía su orgullo herido por debajo del interés que la vida de Infante le inspiraba! Sus frases, como aquellos dardos celtas, partían robustas y aceradas, a clavarse en el trémulo escudo, que se doblaba a su gran peso.

"Inútil sería que un magistrado conociera la verdad y amase la justicia, si no tuviera la firmeza necesaria para defender la verdad que conoce y combatir y sufrir por la justicia que ama."—Decíase que el Dr. Soto, encarnizado enemigo de Infante, deseaba la toga de Peña:—"No he traído la toga para dejarla en este salón sagrado, y que la levante el que la pretenda o la haya pretendido, porque no fuese este acto mío tachado de soberbia."—Que la voz pública acusaba a Infante:—"¡La voz pública, esa estatua risueña que con voz sonora habla a cada uno el lenguaje que le agrada!"—¿Será crimen ese vigor con que defiende a un hombre infortunado?:—"¡Mi crimen es mi gloria!"—Óyesele esta sentencia admirable:—"El pueblo, dice, amigo de novedades, previene el celo de la justicia y anticipa las decisiones de los jueces."—"¡Condenadme!" acaba: "no hay poder humano sobre la Tierra que pueda hacer desgraciado a un hombre de bien!"

Argúyele el fiscal, a quien burla fieramente. Defiéndele con fraternal calor, "porque así lo haría ante un tirano," el severo Mosquera. Rebollo quiere que su desobediencia se le excuse. No lo quiere Hoyos. Con frío empeño y extemporánea destreza, atácale Soto. Y Gómez.—"Es modelo de buenos magistrados!" prorrumpe Arosemena.—"¡Ha retardado el golpe de la justicia sobre un criminal que ha ensangrentado en las venas de un hombre indefenso la espada que la República le había dado para defender sus leyes!" clama con fogoso ímpetu Narváez. Con grave continente y corteses frases, levántase a acusarle Méndez. Malo añade a la acusación dilatada plática.—"Su desobediencia al

Tribunal Superior que declaró que había sentencia, es falta leve," dice el Vicepresidente del Senado. Se oye entonces a Briceño:—"Por error o capricho procede, mas no debe afligirse a hombre tan digno y a patriota tan constante con la máxima pena."—"Cierto," refuerza Márquez.—"Máxima la merece!"—clama airado, Larrea: "Harto nos ha costado la República, para que miremos como falta leve un hecho que tiende a subvertirla." Con desenvuelto modo, presidencial estilo y común frase, alístase entre los acusadores don Luis Andrés Baralt, que presidía.—"¿Es culpable de una conducta manifiestamente contraria al bien de la República?"—"¡No!" claman de entre veinticinco senadores, veintitrés.—"Pero es culpable de una conducta manifiestamente contraria a los deberes de su empleo"—declaran veintiún votos. Retacéanle la pena, como si no hallaran manera de imponérsela; y luego de diversas votaciones, viene a quedar en un año de suspensión de su empleo, y en que de su sueldo se pague a su suplente.

Suplica Peña de la sentencia ante el Senado, y es aquel documento vigoroso, más que súplica, defensa previa de actos posteriores.—Como su resolución está tomada, su tono es tranquilo; desdeñoso, no airado; amenazador, con amenaza sorda. No es bueno despertar a los colosos, ni moverlos imprudentemente a ira.—"A los grandes vencidos," dice, seguro de su alteza, "se les mata o se les perdona!"—"¿Qué fuera si así juzgarais a Santander o a Bolívar? Sería más digno de su grandeza caer y morir, que someterse a las observaciones que un ministro haría a un alcalde!"—"¡Un año me imponéis de suspensión: cumpliré vuestro decreto, senadores, aun más allá del tiempo señalado!"—Como que quiere hallar un freno para su rencor, y se denuncia:—"Ved que esta sentencia vuestra puede ser origen de facciones que lleguen algún día a turbar la paz pública."—Lastímale que como pena le hayan impuesto la de privación de unos dineros:—"Por fortuna me habéis impuesto una pena pecuniaria, en lo que he sido bastante disipado." Quiere dejar en Bogotá más de lo que en ella ha recibido:—"Muchos saben que en cada año de permanencia en esta ciudad he gastado más de un doble de lo que valen mis sueldos."—"¡Reconoced que no podéis juzgarme, por mi bien y por el de la República!"

Y murió Infante, diciendo cosas épicas a los senadores que lo condenaban y al pueblo que le oía; con lo que quedaron manchadas de sangre las cruces de Libertador de Venezuela, y de Boyacá, que le colgaban del pecho; y rota la lanza que abrió paso por la tropa enemiga en Pantano de Vargas; y Peña, airado; sepultada la prudencia; empañada la justicia, y traspasado de nueva y honda herida el pecho de la pálida Colombia.

Peña vuelve a Valencia. Reconocido de antemano, por pláticas y cartas, y por su bravura en lo de Infante, como vehemente adversario de Colombia, y penetrado de la necesidad política de dar con ella en tierra, y en Venezuela con un gobierno independiente,—no bien llega a Valencia, que seguía sus pasos con amor, y en él tenía confianza y orgullo, encabeza las no disimuladas cóleras que, sobre los celos de Bogotá, y su dependencia de ella, encendían entre los venezolanos las disposiciones de Santander y sus amigos. Y aquí se confundieron de tal modo el hervor del rencor público, y el del personal de Peña, que fuera injusto decir que movió exclusivamente su resentimiento a aquellas rebeldías, y fuera nimio desconocer que sin él no hubieran sido tan rápidas ni tan pujantes.

Aquel público hablar; aquel caliente escribir; aquel humilde depender de un pueblo siempre tenido por menor; aquel haber de moverse conforme a la ajena voluntad y no a la propia, y aquel recibir leyes donde se las había dictado de continuo, puesto todo a bullir por el agravio potente de Miguel Peña, y su vivísimo amor al solar patrio,—no habían menester de tanto para alzarse en rebelión, como de aquellas justicias excesivas, que más parecieron voluntarias provocaciones, de la Cámara bogotana, con las que fueron, Páez, acusado de mal cumplidor de leyes, Carabaño y Pedro Díaz multados en mucho, y notados feamente Tovar y Mariño.—De Páez fueron entonces los actos visibles; pero los invisibles y determinantes fueron de Peña. Ni halla, ni quiere hallar, manera de suspender el cumplimiento de la orden que separa a Páez del mando. Por él se alza Valencia, y con Valencia, Venezuela. Él flagela, con su pluma temida, a su rival y enemigo Santander. De este se sacude. A Bolívar, se ofrece. No es, no, contra aquel hombre, "en quien él más que en su patria ve su patria,"—contra quien alza armas, sino contra aquellas "leyes de circunstancias" de Cúcuta nacidas, y el que a su juicio las violenta y hace menos amables. Cuanto se escribe, es suyo; cuanto se mueve, por él se mueve; él estuvo de pie de abril a diciembre de aquel año. De diversos factores se compuso aquella que, por quedar en poco, fue llamada la Cosiata; mas fue de él el arte de agruparlos y hacerlos producir. Sin lo de Infante, lo habría hecho, mas lo precipitó por lo de Infante.

Y por aquel desdichadísimo negocio, que le valió nueva sentencia del Senado, que consistió en tomar de la Tesorería de Cartagena $200 000 en onzas de oro, que a Venezuela tocaban en el repartimiento del empréstito agrícola de entonces, contaba cada onza por $16, y entregar $200 000 en la Tesorería de Caracas, como si cada onza valiese $18. Hallan los hombres excusa a los actos censurables en la frecuencia con que estos acontecen, y en la impunidad en que queda el delito; de tal

modo que llega a causar asombro que se llame al crimen, crimen,—por el hábito de verlo cometido. Créase una especie de honradez relativa, que no satisface a los espíritus viriles, pero atenúa y excusa la falta que durante su reinado se comete. Ni vale que no parezca delito legal el que es delito moral,—que si a la justicia ajena escapamos, no a la propia. Por esto, desde entonces,—y por el necesario alejamiento en que su carácter, temido de Bolívar, y sus enérgicas gestiones en daño de las ideas más caras de este, le tenían de aquella excelsa criatura, roída por el diente interior de su grandeza y por el agudo de los hombres,—no vuelven ya a notarse en obras ni en palabras en el Dr. Peña, aquella altivez sana y áspera fiereza con que dejó asombro en el Senado bogotano, para sacarlas luego mal heridas de la Tesorería de Cartagena.

Contra la voluntad de sus secuaces alarmados, y de sus émulos envidiosos, vuelve Bolívar a Venezuela alzada, poniendo silencio con la extensión de su grandeza a cuantas palabras intenten celebrársela, a pedir cuenta a la rebelde hija de aquel sacudimiento y devaneo. Él, más fuerte que todos, fue más fuerte que las ansias de Páez y las iras de Peña. Ve en este carácter bravío, ambición defraudada, rencor que no ceja; mas gozaba su fúlgida mente, en la elevada del valenciano, desusado prestigio; y, aunque acusado Peña de émulos, y no reñido tal vez completamente—cuidando más de ser cauto político que irreprochable amigo—con sus malogrados propósitos ni con el glorioso llanero que lo aseguraba, no parece que perdiera, a pesar de su prisión transitoria en Barquisimeto, la confianza de Bolívar, ni que él se la negara: pues sobre confesar en carta suya que tenía del Padre de Colombia misión, y la cumplía,—es el tono de sus cartas a él de servidor humildísimo y apasionado; y por venirle de Bolívar, que quería gallardamente redimirlo del cargo de las onzas, acata el nombramiento que le envía a la apartada Ocaña, como miembro de aquella Convención precipitada para acallar las impaciencias de los venezolanos, y dar nueva y más sólida base a la unión de las secciones descontentas de la Gran República. Ni Peña sabía olvidar, ni Santander. En vano, con marcado esfuerzo, que llegó hasta invocar en excusa de la falta de su diputado, faltas iguales y mayores de otros que ya tenían asiento en los establos de Ocaña, escribió sus llameantes frases el Libertador, en la admisión de Peña muy viva y principalmente interesado. Con todas sus artes se revuelve Santander contra su temidísimo adversario, y lo echan—rechazado de la Convención, porque no debe entrar en ella hombre acusado de comercio impuro con los dineros nacionales,—a llorar, con impotentes iras, su inesperada y pública vergüenza, al Puerto Nacional de Ocaña, donde inútilmente espera que el crédito

del Libertador le vuelva el suyo, y donde, abrumado al fin, piensa en esquivar el rostro ruboroso de la patria que lo ve humillado.

Fortalece en Cartagena ánima y cuerpo, y vuelve de nuevo los ojos, que un instante tuvo fijos en Bolívar y en Ocaña, al ensayo del año 1826, y a Páez. No dice a Bolívar, a quien en agosto felicita por el término súbito de la Gran Convención, y asegura que por él y sus hazañas de paz, más difíciles que las de la guerra, vuelven a abrazarse venezolanos y granadinos,—cómo en julio, con la primera pluma que en tierra de Venezuela hubo en sus manos, escribió a Páez, en carta batalladora, que de grandes cambios era la época, por la que todos suspiraban, y de Páez la fuerza de mover aquella revolución unánime e indispensable que tenía consigo a los hombres que pensaban y a los que batallaban.

Ya, con la rara fuerza de acometimiento que debía a la naturaleza, a todo acude y prepáralo todo para la cercana resistencia, porque él tenía las capacidades de ir poniendo en orden los elementos mismos que airaba y encrespaba, la cual es dote grandísima en tiempos de revoluciones; ya, con fulmíneo arranque, pide a Bolívar que extermine a los malvados que a su vida atentan; ya, como para impedir a Bolívar que mancille su gloria, o para obligar a Páez a que se la respete, o para volver a ser él grande, halla en aquel suceso memorable, y en aquel amor de compañero que a tanto hermoso guía, y en su ardiente sentimiento americano, el alto tono histórico que realza el manifiesto que suscribe Páez el 7 de febrero, en encomio de las glorias del Libertador, que enumera y agrupa:—manifiesto que brilla y que batalla! No quería él, como tantos otros, celosos de glorias ajenas, o atormentados de no poseer el valor necesario para lograrlas, fundar, con exclusión de su sublime hijo, la independencia de la patria. Estremece y conmueve aquella página vibrante en que, por entre las pasiones de vulgar orden que empujaban la mente del diestro valenciano, asoma aquel elemento grandioso que le dio brío en la Sociedad Patriótica, y que se fue en mala hora mermando, con la común merma de los hombres y los tiempos. Que los que se conservaron a su natural altura, como los hombres no perdonan nunca a los que les son reconocidamente superiores, perecieron.—Ni en Temístocles, ni en Pisístrato, ni en César, ni en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington, halla alguno a Bolívar semejante. En su paseo por la historia, ha recogido los elementos útiles. Con su ojo penetrante, reduce lo grandioso pasado a sus proporciones naturales; y como con igual seguridad ve lo que fue que lo que va siendo, compárales sin miedo, y unge grande al más grande. ¡Qué modo de decir aquel, para acabar un admirable párrafo:

—"Ha tenido que lidiar con los cielos y con la tierra; con los hombres y con las fieras: lo diré de una vez, con españoles y con anarquistas!"

Poblábanse por entonces los círculos políticos, grandemente animados a la separación de Venezuela, de los recién venidos a la vida pública, o de los que no habían ganado en ella gran prestigio, los cuales andaban temerosos de la importancia de los que habían sobre sus hombros alzado la Patria. Érales fácil achacar a deslealtad el natural vaivén de los ilustres de Colombia, que, como Peña a veces, entreveían, enardecidos por la palabra fervorosa de Bolívar, mejora pública sin sacudimiento y sin artes de guerra. Es más fácil apoderarse de los ánimos moviendo sus pasiones que enfrenándolas. No a celos parricidas enderezaba el ánimo de Páez nuestro abogado; ni sacó nunca criminal partido de aquellas amarguras del Padre de Colombia, ciego ya de dolor, que, con convulsivos movimientos quería aún retener entre sus brazos a su rebelde y cara hija. Es fama que antes de la batalla quedan los alrededores libres de curiosos; y luego del peligro y del triunfo, aparecen de súbito acrecidos los ejércitos con gran número de combatientes ignorados, que temerosos de no gozar la fama que de fijo no merecen, la decantan y pregonan con altísimas voces, en tanto que los vencedores verdaderos, contentos de sí mismos, se sientan en los bordes del camino a enjugarse la frente y las heridas.

Fue en 1829 de los voceros el triunfo, y de la deslealtad se hizo atributo, y la mayor ingratitud fue el mayor mérito. A defender el nombre de Bolívar guía Peña la mano de Páez, aun en aquellos días de juntas, y actas, y clamores, y desconocimiento tempestuoso de la unión de Colombia, y de su magnánimo jefe: no lo guía a atacarlo. A declarar le lleva que mueve guerra al pensamiento político que en Nueva Granada tiene asiento, no a Nueva Granada: y al tender a sus adversarios despedazada la gloriosa acta de Cúcuta, tiéndeles aún en blanco el acta generosa de la paz. Páez, astuto, déjase empujar por los voceros que lo exaltan; mas, bien seguro de la previsión extremada y eficacísimos recursos de aquel hombre incansable, que a su culpa de haber contribuido al desmembramiento de Colombia, reúne el mérito alto de haber preparado a Venezuela para su establecimiento, y enfrenado las cóleras primeras de sus hijos,—asesórase de Peña. Que Peña, en tanto, por lo que estima su influjo, no cede en el propósito de ejercerlo: y por lo que ama a la patria, y al humano derecho, no consiente que el jefe ande sin brida. ¡Leal fue a la Libertad, el que ya no lo era a Colombia, ni a su magnánimo jefe!

Así, con aquella palabra diestra y lisa, semejante a extendida llanura, cercada de altos montes, de los cuales cayera sobre el llano inesperadamente la hueste enemiga, el batallante Peña,—que trueca por la labor desembarazada del Congreso, ya en 1830, la sujeta y oscura de su ministerio,—confunde, con grande honra suya, que ha de tenérsele en cuenta, a los que quieren hurtar a aquella Nueva Granada que él no ama un retazo de tierra que de derecho a Nueva Granada pertenece: como si en aquel pecho agitado no debiera extinguirse por completo aquella alma fecunda, en Vulcano templada, y hecha a Encélado! Niégase a la ignominia de imponer al Gobierno bogotano la expulsión de Bolívar de tierra de Colombia. Alza fusta crujiente sobre los que pretenden dar carta de ciudad en el nuevo pueblo a los que intentaron manchar con su sangre ilustre el pueblo vecino. Siéntase como Presidente, al lado de Picón, que aún vive. Cerca de él bullen, Vargas, que lo auxilia; Yanes, que observa; Gallegos, que calcula; Ayala, que condena; Ossio, a quien intrigas de gobierno arrebataron el palio arzobispal; Ángel Quintero, ávido de adueñarse del ánimo de Páez, y voceador famoso; Manuel Quintero, que había de amparar más tarde el honor de la República; Mariño, arrebatado y desprendido; y Tovar, respetado, y Michelena, íntegro. Y firma luego, como en Cúcuta, la primera Constitución de Colombia, la primera de Venezuela en Valencia. ¡Y también firma, rompiendo así el que venía siendo hermoso título suyo al póstumo respeto,—a trueque de un influjo que no vale jamás el decoro a cuya costa se le adquiere comúnmente,—la proscripción de Bolívar de Colombia, y la clausura de sus hogares para sus servidores,—aquellos dos decretos que él flageló con su palabra hermosa, y que suscribe ahora con tranquila mano, sacrificando al propio encumbramiento el placer fiero de amar a la desgracia y respetar a los vencidos! Oh! qué airosa figura, clavando entonces en el papel rebelde la pluma avergonzada: o en su pecho aquel elegante puñalillo, de cabo y contera de bruñida plata, que fue siempre, en aquellos días de lidia y susto, su compañero en el Senado!

Así se va extinguiendo, con su capacidad para la grandeza, aquella vida que comienza en monte y termina en llano. Para amoldarse a los tiempos tuvo siempre aptitud maravillosa, y era de aquellas raras naturalezas que tenían en igual suma la dote de destruir y la de cimentar. Ya para 1831, él es el Presidente del Senado, que no sabe como entenderse con la vecina Nueva Granada; esquiva a Páez, que de él se esquiva; declarada, después de formidable lucha con Ángel Quintero, capital a Caracas, acompaña a su jefe hasta las puertas de aquella Valencia que entrañablemente ama; y no va más allá, y Páez lo dice, "porque él es como el gato, que acompaña a su amo hasta la puerta de su casa." Nuevos

dueños va a tener Caracas; de Valencia, él es dueño. En su casa, allá en el barrio viejo de la Candelaria, al caer de la tarde, al amor de aquellas copiosas enredaderas que dan sombra a su comedor elegante y afamado, bosquéjanse ternas para puestos públicos, viértense noticias, recíbense inspiraciones, escúchansele cuentos incisivos, detiénense sus oyentes asombrados de la profundidad de su juicio, de la gracia de su frase, de su ciencia de los hombres, y de la energía de su infatigable pensamiento. Vese en él cómo el vivir de prisa, y no rehuir los halagos de la vida, ni ordenar sus hábitos, merman presto el cuerpo. Del trabajo, su reposo es el trabajo. De hacer la historia, descansa en leerla. Era de verle en aquellas conventuales noches, cercado de veneradores contertulios, habituados a hallar en él en casos arduos remedio a los achaques públicos; sentado, en su cuarto de escribir, ante aquella amplia mesa, sobre la cual, en orden riguroso, y en imagen fiel de su cerebro vasto, casa extensa de tanta idea precisa, campeaban entre escasos libros, abundantes papeles,—y acá un voto, y allá un manifiesto, y allá una carta, y por entre todo, esperando el tajo diestro de su mano firme, un haz de blancas plumas, esponjadas y como orgullosas de quien había de manejarlas. Era de ver cómo leía, con claridad extrema, y con su voz reposada y distinta, encumbramientos y derrumbes de hombres y de pueblos, y mudanzas y lides de naciones, y sucesos enormes y pequeños; en lo que habían placer muy grande sus oyentes, y mayor cuando dejaba el libro de las manos, y fijando en ellos su mirada ahondadora, y sacando de la tumultuosa época en que había vivido, y de la misma en que vivía, enseñanzas y símiles —vestía, con animado comentario, el relato huesoso; o esclarecía, con deslumbrante crítica, el viejo caso oscuro.

Era dado al fausto, y en su mesa espléndido; y no había en las casas valencianas, ni más muelle sofá de negra cerda, ni sillas más costosas, ni más robusta mesa de su fanal colgante coronada; ni cuadros más valiosos que aquellos de la independencia norteamericana, que en sus trabajados marcos de oro eran adorno de su hermosa sala.

De sus adversarios muy temido; de los valencianos muy amado; de los amigos de las cosas viejas, visto como un atleta de las nuevas; dotado de áspera entereza en el carácter, y de blandura sorprendente en el talento; nacido a dirigir, por ingénita valía,—y a gobernar, porque sabía plegarse; grande primero, pequeño algunas veces, hábil, apasionado y elocuente siempre,—murió al cabo, en el crepúsculo de aquella guerra fúlgida, que habrá de ser perpetua admiración de los humanos, aquel

letrado brioso que se había rebelado contra un trono, dado vida y muerte a una República, y cercenado de sus ruinas otra.

Libros Nuevos

Muestra de un *Ensayo de Diccionario de Vocablos Indígenas,* por Arístides Rojas.—Caracas.—Imprenta de *La Opinión Nacional*.—

Arístides Rojas agota cuanto toca. Sale ahora al encuentro del etimólogo de España, Roque Barcia, en quien las malaventuras políticas y quehaceres republicanos no merman la profunda ciencia de cosas arianas, ni la ingénita dote para hallar la causa lejana de voces y sucesos:—y vence con suave modo y fuerte razón a Roque Barcia. Tala y devasta por la mies enemiga: demuestra, con riqueza de datos fastuosa, que no son las palabras de Indias tan deslustradas como Barcia en su *Diccionario etimológico* las presenta. Elige, como campeón leal y seguro de su fuerza, la arena enemiga para librar combate. Y vuelve de ella alzada la visera, sin herida el corcel, enastada la lanza.

Y ¡qué ciencia le ha sido necesaria para la liza! ¡Qué saber de cosas geográficas, y físicas, y literarias, y vulgares! ¡Qué andarse, como por casa propia, entre el pic-huun, el libro de los mayas, y el quippu, el libro quechua! ¡Qué tomar la palabra en su huevo, y juguetear con ella y desfibrarla, y recorporarla, y mostrarla al que la lee absorto en toda su hermosura y poderío! Él sabe de lo suyo y de lo ajeno: explica y desmenuza el vocablo de los chaimas como el de los aztecas, y el de los tupíes como el de los muiscas, y el de los guaraníes como el de los cumanagotos. Si de cosas de México habla, manéjalas como pudieran don Francisco Pimentel, que mereció lauros de Francia, y Orozco y Berra, a quien toda loa es debida por su extremada ciencia mexicana. Y si de cosas de Cuba escribe Rojas, en nada le aventaja don Esteban Pichardo, el etnólogo insigne, que midió a palmos la tierra siboneya, y supo profundamente de bajareques y bohíos. Y de palabras y costumbres quechuas, tanto sabe como un quipucamáyae. Van en Rojas unidas, con muy rara presteza, la idea y su ejecución: ni en idear se le saca delantera, ni en ejecutar se le gana hora. No bien llega a sus manos la abultada obra de Barcia, busca con anhelo cuanto en ella hace relación a esta tierra de América, por cuya gloria, gracia ingenua y valer desconocido vive, y cuyo genio posee; duélele hallar la verdad desfigurada, y las lenguas de los buenos indios empequeñecidas;—y ganoso a un tiempo de abrir, con mano segura, vía

que en silencio venía hollando,— y de pagar tributo digno de él, a quien en tan sabrosa lengua ha honrado al gran poeta de México,—compara los vocablos que Barcia trae errados con ellos mismos, tales como los recataba de publicación temprana en su *Ensayo de un diccionario de vocablos indígenas*, extraordinaria obra, a juzgar por la enseña,—y la pone reverentemente en manos del generoso y discreto Guerra y Orbe, que ha de darse de fijo con deleite a las lectura del gustosísimo regalo. Y he aquí, cómo Rojas, calladamente y sin ayuda, toma a pecho y alza triunfante en hombros, la tarea para la cual ha buscado, con tan desafortunado empeño, la Academia de la lengua colaboradores. A honor marcado tiene La *Revista* la publicación de esta muy rica muestra filológica, que, para que sea adición a su segundo número del 15 venidero, pasa de las manos de su laureado autor, a quien el caballero don Fausto Teodoro de Aldrey regala la obra impresa, a las nuestras, que estrechan las del discreto filólogo en alabanza del mérito y en reconocimiento del presente.

Venezuela Heroica.—por Eduardo Blanco—Caracas.—Imprenta Sanz.

Cuando se deja este libro de la mano, parece que se ha ganado una batalla. Se está a lo menos dispuesto a ganarla:—y a perdonar después a los vencidos. Es patriótico, sin vulgaridad; grande, sin hinchazón; correcto, sin alarde. Es un viaje al Olimpo, del que se vuelve fuerte para las lides de la tierra, templado en altos yunques, hecho a dioses. Sirve a los hombres quien así les habla. Séale loado.

Cinco batallas describe el libro: La Victoria, llena toda de Ribas; San Mateo, que de tumba se hizo cuna; las Queseras, que oscurecen a Troya; Boyacá, por donde se entra a Colombia; Carabobo, donde muere Hernán Cortés. Con grandes palabras dice estos grandísimos hechos. Cada combate tiene sus héroes y sus formas, y, con urdimbre artística, lo menudo y humano de la lidia, como distribución de tropas y lugares, está hábilmente mezclado a lo divino. Así se desataron las legiones; así pujaron; así se deshicieron, tambalearon, rugieron y vencieron. Cada casa venezolana tiene allí sus dioses lares: los Cedeño, los Jugo, los Montilla, los del hermoso Anzoátegui, los Ibarra, los Silva, los Urdaneta: toda la nobleza de la libertad tiene allí cuna: no tuvo pueblo jamás mejor nobleza!—Y los bravos ingleses son loados. Y a los españoles, luego de vencidos, no se les injuria.—Precede a cada empeño de armas notable ensayo histórico, sobre los elementos, condiciones y significación de la época en que acontecen, con variedad tan rica aderezado, y tan meduloso, y tan brioso, que en este libro la página

última está al lado de la página primera. Todo palpita en *Venezuela heroica*, todo inflama, se desborda, se rompe en chispas, humea, relampaguea. Es como una tempestad de gloria: luego de ella, queda la tierra cubierta de polvo de oro. Es un ir y venir de caballos, un tremolar de banderas, un resplandecer de arneses, un lucir de colores, un golpear de batalla, un morir sonriendo, que ni vileza ni quejumbres caben, luego de leer el libro fulgurante. Y parece, como en los cuadros de Fortuny, un campo de batalla en que no hay sangre: ¿cómo ha hecho este historiador para ser fiel sin ser frío, y pintar el horror sin ser horrible? Y ¿no hay que admirar tanto las hazañas que inspiran, como el corazón que se enciende en ellas y las canta? Se es capaz de toda gloria que se canta bien. Se tendría en sus estribos Eduardo Blanco sobre el caballo de Bolívar.

Propiedad más estricta cabría en alguna imagen; pie más robusto para un vibrante párrafo; forma más concisa para alguna idea profunda. Y más seguridad en el lenguaje cabe, no por cierto cuando batalla y resplandece, como arrebatado de la gloria, sino cuando, sin mermar la excelencia de su juicio ni la moderación de su energía, juzga en sus breves instantes de reposo los hombres y sucesos. Pero este libro es una llama; y su calor conforta y gusta. He ahí el libro de lectura de los colegios americanos: *Venezuela heroica*: he ahí el premio natural del maestro a su discípulo; del padre a su hijo. Todo hombre debe escribirlo: todo niño debe leerlo; todo corazón honrado, amarlo. De ver los tamaños de los hombres, nos entran deseos irresistibles de imitarlos.

La Venezoliada.—Poema, por J. Núñez de Cáceres.—Caracas.—Imprenta Sanz.—

Gozo, y no fatiga de las prensas, ha venido siendo durante el último mes, este libro singular, no porque sea su asunto extravagante, ni su forma caprichosa, sino por su extensión, originalidad, abundancia y empuje.

Esta obra es un acto de bravura. No paga su autor con ella tributo al tiempo corriente, que vive—en cosas de letras,—bien por desconfianza de sí propio, bien por falta de objetos invariables de amor hondo, bien porque las urgencias de la acción no le den espacio a los entretenimientos de la expresión, muy dado a lo pequeño. Ni para meditar, ni para escribir, ni para leer lo extenso hay tiempo. Ni ¿cómo un poema, cuando—en esta edad tumultuosa de derrumbe y renuevo—no es raro que al mediar ya la faena, hayan sufrido cambio esencial, o merma grande, las ideas que nos hicieron concebirlo? ¡De

cuánto provecho para nuestros hijos, pero de cuánto tormento para nosotros, es vivir en este siglo ardiente!

De grande dote de abstracción, que acusa universalidad de espíritu, se ha menester para sacudirse esos racimos de canes que nacen prendidos de los miembros del hombre de valía, y hacer obra de unidad extensa en una época tachada justamente de falta de unidad.

De estos libros se lamenta la escasez, y es fuerza celebrarlos cuando vienen. Esa es buena manera de servir a la patria: grabar lo que se desvanece: dar molde nuevo al recuerdo viejo: reconstruirla. Y eso es *La Venezoliada*: una pintura exuberante, rebosante, fresca, risueña, húmeda, de aquellos días de paz menguada, en que eran los cuerpos, regocijados aposentos de espíritus en cuna: los días de la Colonia. Van los cuadros, vistos de tal manera que parece que el poeta ha suprimido con ojo avaricioso la distancia, rodando mansamente y sin violencia, de silva en silva amena, que recuerdan por cierto, aquellas agraciadas en que escribió Vicente Salias su *Médicomaquia* burladora. Aparejadas van en el poema la portentosa riqueza del intento, y la inagotable, audaz y sorprendente de la rima. A las veces, aguijado del excesivo pensamiento, aglomera asonantes, y salta por un verso que no le ocurre pronto y acaba flojamente, o con un giro oscuro, para admirar al punto con una estrofa seductora y nítida, que pone, por lo donairosa, regocijo, y por lo revuelta y atrevida, asombro. Él, como los cristales del histólogo, ha encontrado palacios en el átomo. Nadie como él conoce la fibración y composición de lo pequeño; ni nadie halla colores más enérgicos para pintar naturaleza grande. Ha limpiado de sombras el espacio. Ve, con hondos ojeos de miniador, en el magnífico paisaje, el cielo ricamente enfaldado, que lo corona; y el monte que le da fondo macizo, y la maraña selvosa que lo viste, y el báratro que suele interrumpirla, y el insecto volante que lo cruza, y el polvillo de iris que coloca las alas revoltosas del insecto. Así, luego de caprichoso y melancólico principio, empapado a menudo de invisibles lágrimas, nos lleva, asiéndonos con su impaciente mano, a aquellos llanos plácidos que a la falda del Ávila se tienden, y a la sombra de los javillos en la llanura, y a la de los granados en el patio de las casas, y a la sala de estas, y a todas sus habitaciones interiores, y a los hábitos y curiosidades de sus dueños, ya mantuanos lujosos, que se sientan en butacones de cordobán claveteados, ya personas humildes, que viven en su casa de encomienda, esmaltada de imágenes de santos, que dan lance al poeta para lucir su magistral dominio del detalle. Y a las octavas, con sus fiestas locas; y a los toros, cerrados en las calles, y vistos de balcones; y a la Semana Mayor, ocasión de fausto y competencia,

antaño como hogaño; y al bautizo, al matrimonio, a la famosa ceremonia, con bailes celebrada, y con sangrías, chorote y bizcochuelo, de quitar por primera vez la barba al primogénito; y a oír, y a ver, rodeados de llaneros,—que nos cuentan de sus caneyes y chinchorros, y de la que les borda sus camisas y adereza sus *uñas de pavo*,—el zambe revueltísimo, el alegre joropo, y la llora monótona, y la extraordinaria bamba-buena. En un canto celebra al afamado García, al lamentado Solano, a Aveledo virtuoso, a D. Elías Rodríguez. En otro ¡oh cosa extrema! Analiza con imaginaciones estupendas, los componentes varios y revueltos que han originado nuestras razas. Tiene allá y acá, cual cosa colosal, irregularidades de coloso. Y encarnizamientos de imaginación. Y excesos de desembarazo:—nunca desmayo, nunca vulgaridad, nunca pobreza.—Entraña de mar parece el libro.

A FAUSTO TEODORO DE ALDREY

Señor Fausto Teodoro de Aldrey.

Amigo mío:

Mi *Revista Venezolana* está concluida, y pronta a aparecer el día 15, como lo tiene ofrecido al cariñoso público.

Pero como deseo vivamente, porque así se desea lo que ha de honrarnos, que la acompañe esa arrogante muestra del *Ensayo de diccionario de vocablos indígenas*, de Arístides Rojas que U. y él generosamente me regalan, —agradecería a U. que anunciase que la *Revista* demora dos o tres días la publicación de su segundo número, para poder salir a luz con el trascendental trabajo de Rojas cuya impresión ya se termina. —Que la *Revista* teme de sí, y quiere ir bien asistida.

De este modo, obligará U. aún más mi agradecimiento, y quedan respondidas las numerosas preguntas que acerca de la aparición del segundo número se me hacen.

Es su amigo afectísimo,

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional, 15 de julio de 1881.

REVISTA VENEZOLANA

Número 2

Caracas, 15 de julio de 1881

[NOTA]

Engalanada aparece hoy la *Revista Venezolana.*—La han favorecido con un valiosísimo regalo los señores Arístides Rojas, y Fausto Teodoro de Aldrey: es de tal valía la obra que ofrecemos hoy, reproducción muy aumentada y pulida del trabajo que vio la luz ha poco en *La Opinión Nacional*, que ella sola, entre gentes pensadoras y benévolas, bastaría para acreditar la empresa a que se uniese.

Apenas empiezan los pueblos de América a dar paz a sus angustias, y a descansar de su indispensable trabajo revolucionario, más ocasionado a la explosión vehemente de los afectos personales, que a los trabajos detenidos de investigación y examen,—se dan sin demora, con generosa prisa y singular acierto, a la creación de grandes obras: esta es una.—No sabe qué hacer la *Revista Venezolana* para agradecer el honor que recibe de una manera digna de él.—El trabajo es trascendental; y abre vías nuevas: la edición es elegante y esmerada, y publica el mérito de las prensas que la han dado a luz. Con haber merecido este obsequio se siente compensado de las amarguras que una empresa de este género y alcance había de producir, el obligado y reconocido Director de la *Revista Venezolana*.

EL CARÁCTER DE LA *REVISTA VENEZOLANA*

He aquí el segundo número de la *Revista Venezolana.* Fervorosas palabras de simpatía por una parte y naturales muestras de extrañeza por la otra, saludaron la aparición del número primero: todo nuevo viajero halla pródigo sol que lo caliente, y ramas que le azoten el rostro en el camino.—Débense al público, no aquellas explicaciones que tengan por objeto cortejar gustos vulgares, ni ceder a los apetitos de lo frívolo; sino aquellas que tiendan a asegurar el éxito de una obra sana y vigorosa, encaminada, por vías de amor y de labor, a sacar a luz con vehemencia filial cuanto interese a la ventura de estos pueblos.

No citaremos, sino agradeceremos en silencio, las demostraciones de ardoroso afecto que la *Revista Venezolana* ha recibido: mas, ni debe intentarse lo mezquino, aunque de ello venga provecho mayor que de intentar lo grande, ni debe dejarse sin respuesta, por lo que al logro de lo grande importa, cuanto a desfigurarlo o a estorbarlo se dirige. Seguro de sí mismo, por enamorado, por trabajador, y por sincero, ni con las alabanzas se ofusca, ni ante interesados juicios ceja, el director de la *Revista Venezolana*. La obra de amor ha hallado siempre muchos enemigos.

Unos hallan la *Revista Venezolana* muy puesta en lugar, y muy precisa, como que encamina sus esfuerzos a elaborar, con los restos del derrumbe, la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa; y se regocijan del establecimiento de una empresa que no tiene por objeto entretener ocios, sino aprovecharse de ellos para mantener en alto los espíritus, en el culto de lo extraordinario y de lo propio; y nos aseguran que la tarea de hablar a los venezolanos calurosamente de su grandeza y beneficio, y los de la América, será estimada y favorecida en esta tierra buena, en su provecho interesada, y encendida en el fogoso amor de sus proezas: ¡quién se fatiga de tener padres gloriosos! ¡ni de oír hablar del modo de hacer casa a sus hijos!—Pero hallan otros que la *Revista Venezolana* no es bastante variada, ni amena, y no conciben empresa de este género, sin su fardo obligado de cuentecillos de Andersen, y de imitaciones de Uhland, y de novelas traducidas, y de trabajos hojosos, y de devaneos y fragilidades de la imaginación, y de toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga a provechoso esfuerzo a los que la producen ni a saludable meditación a los que leen, ni trae aparejadas utilidad y trascendencia.—Pues la *Revista Venezolana* hace honor de esta censura, y la levanta y pasea al viento a guisa de bandera.

¿Cómo? Cuando se tallan sobre las ásperas y calientes ruinas de la época pasada, los tiempos admirables y gloriosos que los enérgicos ingenios y elementos robustos de este pueblo anuncian; cuando es fuerza ir haciendo con mano segura atrás todo lo que estorba, y adelante a todo lo brioso y nuevo que urge; cuando vivimos en una época de incubación y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos; cuando es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque virgen, y fundar; cuando, poseedores de la excesiva introducción literaria que heredamos de la colonia perezosa, se vive en gran manera como extraño enfrente de esos mares que nos hablan de poder y de fama venideros, de esas selvas, guardadoras clementes de nuestra fortuna abandonada, y de esos montes de oro, que descuajados en fuego se estremecen coléricos bajo nuestras plantas, como con cansancio de su obligada pereza, y con enojo del desamor con que los vemos; cuando los árboles están de pie en los bosques, como guerreros dispuestos a la lidia, en espera de estos gallardos desdeñosos de los pueblos, que no acuden a desatarlos y a recoger el fruto de ese magnífico combate de los humanos y la naturaleza; cuando pueblan florestas suntuosas, naciones ignoradas, y se hablan raras lenguas por sendas escondidas, a cuyos bordes son abono de la tierra los frutos que podrían ir más adelante en nave nuestra a ser gala y señuelo en los mercados; cuando vagan por entre nosotros, a modo de visiones protectoras, grandes muertos erguidos que demandan a cada hijo que vive su golpe de martillo en la faena de la patria nueva; cuando hay tres siglos que hacer rodar por tierra, que entorpecen aún nuestro andar con sus raíces, y una nación pujante y envidiable que alzar, a ser sustento y pasmo de hombres: ¿será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de indagaciones de otros mundos, el canto lánguido de los comunes dolorcillos, el cuento hueco en que se fingen pasiones perturbadoras y malsanas, la contemplación peligrosa y exclusiva de las nimias torturas personales, la obra brillante y pasajera de la imaginación estéril y engañosa?—No: no es esta la obra. Es la imaginación ala de fuego, mas no tórax robusto de la inteligencia humana. Es la facilidad, sirena de los débiles; pero motivo de desdén para los fuertes, y para los pueblos causa de aflojamiento y grandes daños. De honda raíz ha de venir, y a grande espacio ha de tender toda obra de la mente. Deben sofocarse las lágrimas propias en provecho de las grandezas nacionales. Es fuerza andar a pasos firmes,—apoyada la mano en el arado que quiebra, descuaja, desortiga y avienta la tierra,—camino de lo que viene, con la frente en lo alto.

Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar. Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y del brazo del estudio, que es padre prolífico, y esposo sincero, y amante dadivoso. Es fuerza, en suma, ante la obra gigantesca, ahogar el personal hervor, y hacer la obra.

Cierto que, pasajeros de la nave humana, somos, a par del resto de los hombres, revueltos y empujados por las grandes olas; cierto que, venidos a la vida en época que escruta, vocea y disloca, ni los clamores, ni los provechos, ni las faenas del universo batallador nos son extrañas; cierto también que por nacer humanos, singulares dolores nos aquejan, como de águila forzada a vivir presa en un menguado huevecillo de paloma. Mas ni el fecundo estudio del maravilloso movimiento universal nos da provecho,—antes nos es causa de amargos celos y dolores,—si no nos enciende en ansias de combatir por ponernos con nuestras singulares aptitudes a la par de los que adelantan y batallan; ni hemos de mirar con ojos de hijo lo ajeno, y con ojos de apóstata lo propio; ni hemos de ceder a esta voz de fatiga y agonía que viene de nuestro espíritu espantado del ruido de los hombres. De llorar, tiempo se tiene en la callada alcoba, frente a sí mismo, en la solemne noche: durante el día, la universal faena, el bienestar de nuestros hijos y la elaboración de nuestra patria nos reclaman.

Animada de estos pensamientos, y anhelos de hacer la obra más útil, la *Revista Venezolana* viene a luz, no para dar salida a producciones meramente literarias, de las que vive sin embargo tan pagado y a las que con doloroso amor secreto se abandona el que esto escribe y comienza por alejar con mano resuelta de estas páginas, sus propias hijas nacidas en pañales de Europa, o en pañal de lágrimas; no para alimentar sus ediciones de trabajos varios, sin orden ni concierto, ni gran traba entre sí, ni fin común, ni más analogía que la que viene de la imaginación que las engendra; no a ser casa de composiciones aisladas, sin plan fijo, sin objeto determinado, sin engranaje íntimo, sin marcado fin patrio:—viene a dar aposento a toda obra de letras que haga relación visible, directa y saludable con la historia, poesía, arte, costumbres, familias, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos e industrias venezolanas. Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos calienta el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México al apache indómito, y el que en tierra del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco. Como balcón por donde asome a nuestro mundo feraz el mundo antiguo, y porque es elemento útil de nuestra vida, estará el movimiento universal representado por el extracto sucinto y

provechoso de los grandes libros que en toda parte del mundo se publiquen. Y como dan medida justa de este sano pueblo el sentimiento ingenuo, el dolor casto y la pasión caballeresca de sus poetas, con rimas suyas irán siempre esmaltadas estas páginas humildes, soberbias solo en el vigor con que han de defender la obra que intentan. Más vale estar en ocio que emplearse en lo mezquino. Y callar, que no hablar verdad. Pero enfrente a la faena, es deber el trabajo, prueba la injusticia y el silencio culpa.—Determinado así nuestro propósito, excusado es decir lo que está fuera de él, o cabe en él.

De esmerado y de pulcro han motejado algunos el estilo de alguna de las sencillas producciones que vieron la luz en nuestro número anterior. No es defensa, sino aclaración, la que aquí hacemos. Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía. Distintos goces nos produce, y diferentes estilos ocasiona, el deleite de crepúsculo que viene de contemplar cuidadosamente lo pasado, y el deleite de alba que origina el penetrar anhelante y trémulo en lo por venir. Aquel es ocasionado a regocijos de frase, donaire y discreto: este a carrera fulgurosa y vívida, donde la frase suene como escudo, taje como espada y arremeta como lanza. De lo uno son condiciones esenciales el reposo, la paciencia: de lo otro, el ansia y el empuje. De aquí que un mismo hombre hable distinta lengua cuando vuelve los ojos ahondadores a las épocas muertas, y cuando, con las angustias y las iras del soldado en batalla, esgrime el arma nueva en la colérica lid de la presente. Está además cada época en el lenguaje en que ella hablaba como en los hechos que en ella acontecieron, y ni debe poner mano en una época quien no la conozca como a cosa propia, ni conociéndola de esta manera es dable esquivar el encanto y unidad artística que lleva a decir las cosas en el que fue su natural lenguaje. Este es el color, y el ambiente, y la gracia, y la riqueza del estilo. No se ha de pintar cielo de Egipto con brumas de Londres; ni el verdor juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia, o verde lúgubre de Erin. La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Solo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que excluya del traje un elegante adorno. De arcaico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al director de la *Revista Venezolana*; y se le tachará en otras de neólogo: usará de lo

antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sea necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.

Queda con esto, agradecido tiernamente el amoroso concepto que a muchos merecemos, respondida sin vacilación la extrañeza que a otros hemos causado, y determinado con fijeza el carácter de la *Revista Venezolana*. La sinceridad: he aquí su fuerza. El estudio: he aquí su medio. Y un derecho solo recaba para sí: su derecho a lo grande.

CECILIO ACOSTA

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconsuelo, ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fue casa; su patria aposento; la historia, madre; y los hombres hermanos, y sus dolores, cosas de familia, que le piden llanto. Él lo dio a mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen: y se le tenía a mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: "oprimir a agasajos." Él, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da a los hombres, es devorado por ellos, y él se dio entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que solo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa en bien de los demás la nuestra. Negó muchas veces su defensa a los poderosos: no a los tristes. A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado, era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo: y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del estado pasa como de otro, y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que estos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio,

ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!

Él no era como los que leen un libro, entrevén por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda, y lo dejan que vuele, para hacer lugar a otro, como si no hubiesen a la vez en su cerebro capacidad más que para una sola ave. Cecilio devolvía el libro al amigo, y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojeaba luego diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes, veíanse en su torno: ni se veían, ni las tenía. Allá en un rincón de su alcoba húmeda, se enseñaban, como auxiliadores de memoria, voluminosos diccionarios: mas todo estaba en él. Era su mente como ordenada y vasta librería, donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y a la mano la página precisa: por lo que podía decir su hermano, el fiel don Pablo, que no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro, y recogiese de ellos lo que hacía al sujeto, y luego, a modo de caudaloso río de ciencia, vertiese con asombro del concurso límpidas e inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá, y quedará cautivo y afligido, viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado a pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno, como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor a los hombres, y habla como padre. Su tono es familiar, aun cuando trate de los más altos asuntos en los senados más altos.—Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan, y como los soldados de la inteligencia: y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan, y como los legisladores de la mente. Él desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscara el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor a las leyes generales, y su perspicacia asombrosa para asirlas, no mermaron su potencia de escrutación de los sucesos, que son como las raíces de las leyes, sin conocer las cuales no se ha de entrar a legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tanta pesadumbre que, por no tener raíz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae, y nada le ciega. La antigüedad lo enamora, y él se da a ella como a madre, y como padre de familia nueva al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo: sino que, para hacer mejor el vino, lo echa a bullir con la sustancia de la vieja copa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño

del pasado; ni nadie ¡singular energía, a muy pocos dada! ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. “La antigüedad es un monumento, no una regla: estudia mal quien no estudia el porvenir.” Suyo es el arte, en que a ninguno cede, de las concreciones rigurosas. Él exprime un reinado en una frase, y es su esencia: él resume una época en palabras, y es su epitafio: él desentraña un libro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una sola frase: “en pueblos como los nuestros, que todavía más que dan, reciben los impulsos ajenos.” Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. Él conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunían, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razón de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es a la par historiador y apóstol, con lo que templa el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fe en lo que ha de ser la narración de lo que ha sido. Da aire de presente, como estaba todo en su espíritu, a lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal, y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos, cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aniano como del Código Napoleónico; y por qué ardió Safo, y por qué consoló Bello. Chindasvinto le fue tan familiar como Cambacérès: en su mente andaban a la par el Código Hermogeniano, los Espejos de Suabia y el Proyecto de Goyena. Subía con Moratín aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortaleza: y de tal modo conocía las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda e hijos. Ideas: ¿que mejores criaturas? Ciencia: ¿qué dama más leal, ni más prolífica? Si le encendían anhelos amorosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía a ellos con ahínco, porque le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en trece años, y ya había comentado, en numerosos cuadernillos, una obra en boga entonces: *Los eruditos a la violeta*. Seminarista luego, cuatro años más tarde, estableció entre sus compañeros clases de Gramática, de Literatura, de Poética, de Métrica. Se aplicaba a las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cagigal le da sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física, y logra un título de agrimensor.—La Iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luego

perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez: bebe vida espiritual a grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas o peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para la vejez, por más que aquí la limpieza sufra, y más allá la vergüenza se oscurezca: y hay otro, de más alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás, no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta, ¡quién lo dijera, que lo vio vivir y morir! Un grande hombre práctico. Se dio, por tanto, al estudio del Derecho, que asegura a los pueblos y refrena a los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fue la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pie de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos, mal hallados con ser tantos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y la daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. El *Teatro de la Elocuencia* de Capmany le servía muchas veces de almohada.—Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratín, como él encogido de carácter, y como él terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja en sus artes de vida, y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no le dejaba de la mano, le vence en castidad y galanura, y en lo profundo y vario de su ciencia. Lee ávido a Mariana, enardecido a Hernán Pérez, respetuoso a Hurtado de Mendoza. Ante Calderón, se postra. No halla rival para Gallegos, y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenuo y el divino hechizo de los dos mansos Luises, tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Coridón, y Acates: él supo la manera con que Horacio llama a Telefo, o celebra a Lidia, o invita a Leuconoe a beber de su mejor vino y a encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propercio, por elegante; huía de Séneca, por frío; le arrebataba y le henchía de entusiasmo Cicerón. Hablaba un latín puro, y agraciado: no el del Foro del Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas. Huele a mirra y a leche aquel lenguaje, y a tomillo y verbena.

Si dejaba las *Empresas* de Saavedra, o las *Obras y días*, o *El sí de las niñas*, era para hojear a Vattel, releer el libro de Segur, reposar en *Los tristes* de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente

alta, en las verdades de Kepler, y asistir al desenvolvimiento de las leyes, de Carlomagno a Thibadiau, de Papiniano a Heineccio, de Nájera a las Indias.

Las edades llegaron a estar de pie, y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro: así, él miraba en sí, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puesto, y no confundidas, como confunde el saber ligero, con las otras,—hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso a las épocas, y fallan en justicia. Él ve a los siglos como los ve Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni dominios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en su sucesos de guerra y de paz, de poesía y de ciencia, de artes y costumbres: él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente: él estudia a Alejandro y Aristóteles, a Pericles y a Sócrates, a Vespasiano y a Plinio, a Vercingetorix y a Velleda, a Augusto y a Horacio, a Julio II y a Buonarroti, a Elizabeth y a Bacon, a Luis XI y a Frollo, a Felipe y a Quevedo, al Rey Sol y a Lebrun, a Luis XVI y a Necker, a Washington y a Franklin, a Hayes y a Edison. Lee de mañana las Ripuarias, y escribe de tarde los estatutos de un Montepio: deja las Capitulares de Carlomagno, hace un epitafio en latín a su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente a la memoria de Ochoa, a Campoamor y a Cueto, y antes de que cierre la noche, que él no consagró nunca a lecturas, echa las bases de un banco, o busca el modo de dar rieles a un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y oscuros labriegos: y después vienen grandes segadores, que miden todo el campo de una ojeada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo la mies rica, y la ofrecen en bandejas de libros a los que afilan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. Él fue un abarcador, y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, a alguno de entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa, y mire hacia atrás, para decirles cómo han de ir hacia adelante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, a dar juicio: mas ¡ay! que a estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy lejos, cuando aquel a quien encargaron de su beneficio, y dejaron atrás en el camino, les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta manera a los herreros, que asordados por el ruido de sus yunques, no oyen las tempestades de la villa: ni los

humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo por venir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera, y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva: en Aristóteles,—Huxley; en Ulpiano,—Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, "lo práctico y tangible": las reglas internacionales, que son la paz, "la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos": la Economía Política, que tiende a abaratar frutos de afuera, y a enviar afuera en buenas condiciones los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno: "el progreso es una ley individual, no ley de los Gobiernos": "la vida es obra". Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábitos de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse, he aquí la faena: "el principio liberal, es el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja". Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo: "la conciencia humana es tribuna: la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina". Simplifica, por eso ahonda: "La historia es el ser interior representado". Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil, y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres, y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia: él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo: él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes solo aprovecha a sí mismo: "Los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar como la lluvia a humedecer todos los campos". "La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde."—Quiere a los americanos enteros: "La república no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud". Mas no quiere que se hable con aspereza a los que sufren: "Hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben tratarse con blandura". De América nadie ha dicho más: "pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos". Ni de Bolívar: "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas". Ni del cristianismo: "el cristianismo es grande, porque es una preparación para la muerte". Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble: "Y si han de sobrevenir decires,

hablillas y calificaciones, más consolador es que le pongan a uno del lado de la electricidad y el fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morrón.

Más que del Derecho Civil, personal y sencillo, gustaba del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asíduo del Derecho Penal, para hacer bien. Suavizar: he aquí para él modo de regir. Filangieri le agrada: con Roeder medita. Lee en latín a Leibnitz, en alemán a Seesbohm, en inglés a Wheaton, en francés a Chevalier, a Carnazza Amari en italiano, a Pinheiro Ferreyra en portugués. Asiste a las lecciones de Blüntschli en Heidelberg, y en Basilea a las de Feichmann. Con Heffter busca causas; con Wheaton junta hechos; con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores; con Bello acendra su juicio; con todos, suspira por el sosiego y paz del universo. Aplaude con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el Derecho de Gentes. Dondequiera que se pida la paz, está él pidiendo. El pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Cósmica de Roma, y la de Paz y Libertad de Ginebra, y el Comité de Amigos de la Paz, donde habla Stürm. Él piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que esta no sea vertida, sino guardada,—a darnos fuerza para ir descubriéndonos a nosotros mismos, lo que urge, y contra lo cual nos empeñamos,—buenos fueran los Congresos anuales de Lorimer, o el superior de Hegel, o el Areópago de Blüntschli. En 1873, escucha ansioso las solemnes voces de Calvo, Pierantoni, Lorimer, Mancini, juntos para pensar en la manera de ir arrancando cantidad de fiera al hombre: ¡cuán bien hubiera estado Cecilio Acosta entre ellos! De estos problemas, todos los cuenta como suyos, y se mueve en ellos, y en sus menores detalles, con singular holgura. De telégrafos, de correos, de sistema métrico, de ambulancias, de propiedad privada: de tanto sabe, y en todo da atinado parecer y voto propio. En espíritu asiste a los congresos donde tales asuntos, de universal provecho, se debaten: y en el de Zurich, palpitante y celoso está él en mente con el Instituto de Derecho Internacional, nacido a quebrar fusiles, amparar derechos y hacer paces. Bien puede Cecilio hacer sus versos, de aquellos muy galanos, y muy honrados, y muy sentidos que él hacía: que luego de pergeñar un madrigal, recortar una lira o atildar un serventesio, abre a Lastarria, relee a Bello, estudia a Arosemena. La belleza es su premio y su reposo: mas la fuerza, su empleo.

Y ¡cómo alternaba Acosta estas tareas, y de lo sencillo sacaba vigor para lo enérgico! ¡cómo, en vez de darse al culto seco de un aspecto del hombre, ni agigantaba su razón a expensas del sentimiento,

ni hinchaba este con peligro de aquella, sino que con las lágrimas generosas que las desventuras de los poetas o de sus seres ficticios le arrancaban, suavizaba los recios pergaminos en que escribe el derecho sus anales! Ya se erguía con Esquilo y braceaba como Prometeo para estrujar al buitre; ya lloraba con Shakespeare, y veía su alcoba sembrada de las flores de la triste Ofelia; ya se veía cubierto de lepra como Job, y se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla; ya le exalta y acalora Víctor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y terrible que habló Jehová al hijo de Edom.

Esta lectura varia y copiosísima; aquel mirar de frente, y con ojos propios, en la naturaleza, que todo lo enseña; aquel rehuir el juicio ajeno, en cuanto no estuviere confirmado en la comparación del objeto juzgado con el juicio; aquella independencia provechosa, que no le hacía siervo, sino dueño; aquel beber la lengua en sus fuentes, y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos, y aquella ingénita dulzura que daba a su estilo móvil y tajante todas las gracias femeniles,—fueron juntos los elementos de la lengua rica que habló Acosta, que parecía bálsamo, por lo que consolaba; luz, por lo que esclarecía; plegaria, por lo que se humillaba; y ora arroyo, ora río, ora mar desbordado y opulento, reflejador de fuegos celestiales. No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resumen, opinión que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo; y asombra aquella naturalísima manera de dar casa a lo absoluto, y forma visible a lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande. Las palabras vulgares se embellecían en sus labios, por el modo de emplearlas. Trozos suyos enteros parecen, sin embargo, como flotantes, y no escritos, en el papel en que se leen, o como escritos en las nubes, porque es fuerza subir a ellas para entenderlos: y allí, están claros. Y es, que quien desde ellas ve, entre ellas tiene que hablar: hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, a una legítima superioridad. Pero ¡qué modo de vindicar, con su sencillo y amplio modo, aquellas elementales cuestiones que, por sabidas de ellos, aunque ignoradas del vulgo que debe saberlas, tienen ya a menos tratar los publicistas! Otros van por la vida a caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela: y él iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no lo vean. Su modestia no es hipócrita, sino

pudorosa: no es mucho decir que fue de virgen su decoro, y se erguía, cuando lo creía en riesgo, cual virgen ofendida: "Lo que yo digo, perdura." "Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fe."—Su frente era una bóveda; sus ojos, luz ingenua; su boca, una sonrisa. Era en vano revolverle: no se veían manchas de lodo. Descuidaba el traje externo, porque daba todo su celo al interior: y el calor, abundancia y lujo de alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia a costa de su fortuna: si se es honrado, y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! y cuánto decoro perdido! y cuántas tristezas de la virtud, y triunfos del mal genio! y como, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra: deseaba la holgura, mas por cauces claros: se placía en los combates, mas no en esos de vanidades ruines o intereses sólidos, que espantan el alma; sino en esos torneos de inteligencia, en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, y se la rinde, trémulo de júbilo, debajo de los balcones de la patria! Él era "hombre de discusión, no de polémica estéril y deshonrosa con quien no ama la verdad, ni lleva puesto el manto del decoro." Cuando imaginador ¡qué vario y fácil!: como que no abusaba de las imaginaciones, y las tomaba de la naturaleza, le salían vivas y sólidas. Cuando enojado ¡qué expresivo!: Su enojo es dantesco; sano, pero fiero: no es el áspero de la ira, sino el magnánimo de la indignación. Cuando decía en su desagravio llevaba señalado su candor: que parecía, cuando se enojaba, como que pidiese excusa de su enojo.—Y en calma como en batalla ¡qué abundancia! ¡qué desborde de ideas, robustas todas! ¡qué riqueza de palabras galanas y macizas! ¡qué rebose de verbos! Todo el proceso de la acción está en la serie de ellos, en que siempre el que sigue magnifica y auxilia al que antecede. En su estilo se ve cómo desnuda la armazón de los sucesos, y a los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la íntima causa de cada estremecimiento! A mil ascienden las voces castizas, no contadas en los diccionarios de la Academia, que envió a esta como en cumplimiento de sus deberes, y en pago de los que él tenía por favores. Verdad que él había leído en sus letras góticas *La Danza de la Muerte*, y huroneado en los desvanes de Villena, y decía de coro las *Rosas* de Juan de Timoneda, o el entremés de los olivos. Nunca premio fue más justo, ni al obsequiado más grato, que ese nombramiento de Académico con que se agasajó a Cecilio Acosta. Para él era la Academia como novia, y ponía en tenerla alegre su gozo y esmero: y no que, como otros, estimase que para no desmerecer de su concepto es fuerza cohonestar los males que a la Península debemos y aún nos roen,

y hacer enormes, para agradarla, beneficios efímeros; sino que sin sacrificarle fervor americano ni verdad, quería darle lo mejor de lo suyo, porque juzgaba que ella le había dado más de lo que él merecía, y andaba como amante casto y fino, a quien nada parece bien para su dama. ¡Cuán justo fue aquel homenaje que le tributó, con ocasión del nombramiento, la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas! ¡cuán acertadas cosas dijo en su habla excelente del recipiendario, el profundo Rafael Seijas! ¡cuántos lloraron en aquella justa y ternísima fiesta! ¡Y aquel discurso de Cecilio, que es como un vuelo de águila por cumbres! ¡y la procesión de elevadas gentes que le llevó, coreando su nombre, hasta su angosta casa! ¡y aquella madrecita, llena toda de lágrimas, que salió a los umbrales a abrazarlo, y le dijo con voces jubilosas:—"Hijo mío: he tenido quemados los santos para que te sacasen en bien de esta amargura!" Murió al fin la buena anciana, dejando, más que huérfano, viudo al casto hijo, que en sus horas de plática o estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, sus dedos impacientes, hablaba de altas cosas, a la margen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronando el conjunto, a este lado y aquel de las paredes, de estampas de Jesús y de María, que fueron regocijo, fe y empleo de la noble señora, a cuya muerte, en carta que pone pasmo por lo profunda, y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo, en respuesta a otras conmovedoras que le escribió en son de pésame Riera Aguinagalde.

No concibió cosa pequeña, ni comparación mezquina, ni oficio bajo de la mente, ni se encelaba del ajeno mérito, antes se daba prisa a enaltecerlo y publicarlo. Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid; un orador, un Demóstenes; un buen prelado, un San Ambrosio. Su timidez era igual a su generosidad: era él un Padre de la Iglesia, por lo que entrañaba en ella, sabía de sus leyes y aconsejaba a sus prohombres; y parecía cordero atribulado, sorprendido en la paz de la majada por voz que hiere y truena, cuando entraba por sus puertas—,y rozaba los libros de su patio con la fulgente túnica de seda, un anciano Arzobispo.

Visto de cerca ¡era tan humilde!: sus palabras, que—con ser tantas que se rompían unas contra otras como aguas de torrente—eran menos abundantes que sus ideas, daban a su habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso, y hacía tartamudez la sobra de dicción. Aun visto de lejos, ¡era tan imponente!: su desenvoltura y donaire cautivaban y su visión de lo futuro entusiasmaba y encendía.

Consolaba el espíritu su pureza: seducía el oído su lenguaje: ¡qué fortuna, ser niño siendo viejo!: esa es la corona y la sanidad de la vejez. Él tenía la precisión de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la majestad de la española. Republicano, fue justo con los monarcas; americano vehementísimo, al punto de enojarse cuando se le hablaba de partir glorias con tierras que no fuesen esta suya de Venezuela, dibujaba con un vuelo arrogante de la pluma el paseo imperial de Bonaparte, y vivía en la admiración ardorosa del extraordinario Garibaldi, que sobre ser héroe, tiene un merecimiento singular: serlo en su siglo. Él era querido en todas partes, que es más que conocido, y más difícil. Colombia, esa tierra de pensadores, de Acosta tan amada, lo veía con entrañable afecto, como viera al más glorioso de sus hijos: Perú, cuya desventura le movió a cólera santa, le leyó ansiosamente: de Buenos Aires le venían abrumadoras alabanzas. En España, como hechos a estas galas, saboreaban con deleite su risueño estilo, y celebraban con pomposo elogio su fecunda ciencia: el premio de Francia le venía ya por los mares: en Italia era presidente de la Sociedad Filohelénica, que llamó estupenda a su carta última: el Congreso de Literatos le tenía en su seno, el de Americanistas se engalanaba con su nombre: "acongojado hasta la muerte" le escribe Torres Caicedo, porque sabe de sus males: luto previo, como por enfermedad de padre, vistieron por Acosta los pueblos que le conocían. Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él, que preveía la solución de los problemas confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en época y límites estrechos, ni sujetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó o cegó su juicio, ni estimuló el colosal oleaje humano, por el especial y concreto de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita oscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba a la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoroso, gala del valle, de la naturaleza, y de su casta vida. Lo vio todo en sí, de grande que era!

Este fue el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vio por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro: pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la tierra y amó al cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se hermanó con los

pueblos, y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo: y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron, y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse: profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma, siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran: los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo: grande ha sido la amargura de los extraños, grande ha de ser la suya. Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

JOSÉ MARTÍ

ANEXO

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

La *Revista Venezolana* se publicará los días 1ro y 15 de cada mes: será repartida por el correo de Caracas el mismo día de su publicación y enviada sin demora a los Estados, donde cuenta con respetables y activos agentes.

El precio de suscripción mensual es el de cinco bolívares, adelantados.

La correspondencia que el periódico ocasione, en todo sentido, debe ser dirigida a José Martí, Avenida Este, número 96.

Está abierta la suscripción en la Librería Española, de L. Puig y Ros, entre las esquinas de la Plaza de Guzmán Blanco y Sociedad.

Por indicación benévola de respetables amigos del Director de la Revista, se ha enviado el periódico a varias personas de la ciudad.—De estos, se tendrán por suscriptores, y se pasará recibo a aquellos que no hayan manifestado, en aviso por correo, su intención de no quedar suscritos.

A FAUSTO TEODORO DE ALDREY

Caracas, 27 de julio de 1881

Señor Fausto Teodoro de Aldrey

Amigo mío:

Mañana dejo a Venezuela y me vuelvo camino de Nueva York. Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza a estrechar antes de irme las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido, ni me es dable responder con la largueza y reconocimiento que quisiera, las generosas cartas, honrosas dedicatorias y tiernas muestras de afecto que he recibido estos días últimos. Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

Por de contado cesa de publicarse la *Revista Venezolana*: vean en estas frases su respuesta las cartas y atenciones que, a propósito de ella he recibido, y queden excedidas por mi gratitud las alabanzas que, más que por esas paginillas de mi obra, por su tendencia, he merecido de la prensa del país, y de gran suma de sus hombres notables. Queda también, por tanto, suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella; la suma recaudada ha sido hoy o será mañana, devuelta a las personas que la satisfacieron; obra a este objeto en manos respetables. Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos a los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa; y más si, cuando se piensa, se ama.

A este noble país, urna de glorias; a sus hijos, que me han agasajado como a hermano; a U., lujoso de bondades para conmigo, envía, con agradecimiento y con tristeza, su humilde adiós.

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 7, pp. 267-268]

1881-1882

Letras Hispánicas

EL CENTENARIO DE CALDERÓN

Primeras Nuevas

Honrar a los muertos es vigorizar a los vivos. Ya nos llegan noticias de la celebración del centenario del más alto poeta que ha rimado en romance. Madrid ha hervido en fiestas; las iglesias, en luces; los periódicos, en ingenio; las calles, en soldados y estudiantes: han vuelto a cortar el aire con sus arrogantes giros, los manteos, y a golpear el suelo las luengas bayosas, y a taconear por las calles de la corte aquellos elegantísimos chapines, presos en fortunadas virillas de lustrosa plata.—Que así como los hijos cobran fuerza con el ejemplo honesto y vida preclara de los padres, así los pueblos,—y con razón mayor cuando se sienten desmayados y confusos,—acuden a reanimar su espíritu turbado en la gloria serena de sus grandes hombres.

No ha mucho erigieron los madrileños estatua valiosa, frente al hogar de la comedia española, al que hizo sesudos a los galanes discretos de Lope, y enfrenó con sus sentencias a los reyes, y con la osada humanización de abstracciones soberbias redimió de sus públicas y grandes vergüenzas aquellos tiempos menguados en que España, como cuerpo podrido, fue perdiendo, con lúgubre presteza, sus comarcas mejores; aquellos tiempos híbridos en que de cabellos de sus damas hacían trenzas para sus sombreros los galanes, y en vivo añil teñían sus cartonados cuellos, y en cárceles de perfumados untos mantenían de noche, para que lanceasen así mejor al día siguiente corazones de damas, los rebeldes bigotes, dosel espeso de teñidos labios. Y el sol, al quebrar su luz sobre la frente de mármol de la estatua, parece enviar desde ella rayos de oro a aquel teatro del Príncipe, casa de tantas glorias, hoy henchida de las voces osadas y tonantes de un poeta ingeniero.

Lindo es Madrid en todo el mes de mayo, y en sus rubias mañanas. Amanecen con el día, faenas y amores: cuadrillas revoltosas ríen sin miedo de los chistes del don Juan de cuartel que, cesta al brazo, que es por cierto arma indigna de un soldado, las celebra y persigue; burrillas próvidas ofrecen al transeúnte su excelente leche; ábrense por manos perezosas de horteras soñolientos, las casas de prendas de la carrera de

San Jerónimo, con sus estantes llenos de las menudas maravillas de los herreros de Eibar; las de paraguas y bastones, resto único de las afamadas covachuelas; y las casas de libros, donde en fraternal mezcla campean este cuento sabroso de Alarcón, aquel ceñudo poema de Núñez de Arce, cuál panegírico inquisitorial del batallador Menéndez, el donairoso libro de Varela, la crítica traviesa de Palacio. Y discurren por las calles espaciosas, camino del Retiro, placer antes de reyes y hoy popular dominio, grupos de esbeltas niñas casaderas, escoltados del cesante pensativo, de la madre provecta, del galanteador tenaz en aquella misma mañana recogido, mariposilla de verano, que dejará en el corazón su polvo de oro, y morirá con las primeras nieblas autumnales.

No bien asomó esta vez el alba del 25, la saludaron ruidosamente los cañones: agitación extraordinaria, como de colosal familia en huelga, respondió a aquel glorioso clamoreo: pobláronse de súbito las anchas vías centrales de la villa, y las moriscas y cerrosas de los barrios bajos: el aire, más que de los saludables elementos que en la mañana lo perfuman, cargose de armonías: catorce bandas militares, reunidas bajo los colosales balcones de granito, saludaron al Rey, y, como poseídas de júbilo amoroso, echáronse contentas, dando al viento sus más alegres notas, por plazas y callejas; lucientes batallones, cuyas bayonetas relampagueaban al sol plácido como si quisieran ser lenguas de fama, tendiéronse en fila brillantísima, desde la vieja iglesia de San José, sobre cuya antigua puerta arde perpetuamente una luz piadosa, hasta el convento humilde, donde, como veneranda reliquia, guárdanse en pared espesa los restos mudos que fueron un día cárcel de aquella alma elocuente. Las gentes andan de prisa. Como que revive el pueblo cansado. No pesan a los soldados los fusiles. Ondean en los balcones, acariciadas por el aire fresco, lujosas banderas: cuelgan de las vetustas casas de los nobles, admirables y pálidos tapices: muros enteros de estos solares añosos, o palacios novísimos, están ornados de muy ricas telas.

La iglesia se ha ataviado con sus galas mejores para honrar a su grande hijo. Noche del trópico, seno de estrellas, ramillete de luces parece el tenebroso San José. De terciopelo negro, con doradas franjas, están cubiertas hasta las ventanas las paredes, los altares, las columnas. Cegador catafalco álzase en medio, blanco como el mármol, vestido de cirios, coronado del hábito noble de Santiago que mejoró, con llevarlo sobre sí, el famoso don Pedro—y los vestidos del canónigo,—y el birrete de sus órdenes. Un pueblo de sacerdotes reza: el Rey y las infantas están arrodillados: siete obispos ayudan al Primado, que levanta con manos trémulas la hostia, cercado de los canónigos reales, de los párrocos de la villa, de 500 hombres de iglesia con vestiduras suntuosas, cargados con pesadas cruces, con ciriales macizos, con morados y blancos

estandartes. Nubes de incienso, como nubes de gloria, dan tinte de ámbar a la ardiente nave. Himnos solemnes, como de hijo a padre, como de creyente a numen, robustecen el aire.

Y vieron luego las absortas calles procesión extraña, que parecía, más que de asendereada corte española, de fastuosa corte persa. No ha visto Madrid, ni en aquellos días de boda de Alfonso con la princesa de Austria, en que exhumó la casa regia sus enfermas glorias, y pajecillos de blanca peluca, y corceles de rojos penachos, y carrozas que, más que ruedan, gimen,—séquito tan brillante como este con que se celebraban bodas póstumas de un pueblo agradecido y su poeta. Bien que en esta fiesta, por parte de los que la iniciaron, hay tanto de interés monárquico, como de filial justicia y patriótico ardimiento. Deslumbrado hubiera el séquito los ojos, hechos a la luz arábiga, del magnífico Fortuny; y de su pincel, y no del de otro, era digno el extraño espectáculo. Tras el Rey joven, y las Reales gentes, iban, en deslumbradora mezcla, junto a pechos encorvados bajo el peso de las sobrepellices, pechos recamados de lumbrosas joyas. De oro, más que de paño, parecían los uniformes. Allí el frac negro y el sable sonador. Allí la placa de diamantes y el bastón con borlas. Allí el Cuerpo diplomático, las Cortes bulliciosas, el Senado grave, la Diputación de la provincia, el dócil Municipio, la altiva Grandeza, los Tribunales juzgadores, y las corporaciones, y los gremios, y los grupos literarios de España, y comisiones incontables de cuerpos de letras extranjeros. Alfombra de cabezas son las calles, masas humanas las aceras, sol verdadero el sol, y todos aquellos espíritus, en honra del creador de Segismundo,—un solo espíritu. Jubileo de las almas, saldo de deudas de odio, savia nueva para carnes viejas, fuerza que se recibe en pago de la justicia que se hace, apretamiento y rejuvenecimiento: he aquí los centenarios.

Las calles se estrechan: la procesión entra en los barrios bajos: luego de andar tres millas, menguada parte de ella, de que continúa siendo cerco vivo el pueblo ávido, penetra en la nave del Convento de los Presbíteros. La procesión dobla de nuevo las rodillas: a la derecha del altar está en el muro el retrato de aquel hombre de su tiempo y de todos los tiempos, filósofo rebelde y siervo manso, rey de suyo y soldado de reyes, gran meditabundo, gran esperador, gran triste, sacerdote más que por creencia en lo divino, por desdén en lo humano: Calderón de la Barca. Y cántase el responso. La procesión, como caja de joyas que se quiebra y esparce en hilos fúlgidos, dispérsase. En palacio volverá a reunirse por la noche.

Del 25 fue la procesión pomposa: del 26, la alegre fiesta humilde. ¡Qué muchedumbre! ¡qué júbilo en las calles! ¡qué grupos de hombres canosos, alegres como donceles! ¡qué especial sonrisa en los labios de los militares viejos! ¡qué andar y bullir de las mujeres, con sus vestidos de colores, como rosas humanas!

¡qué homenaje tan puro! Vanguardia de hombres montados abre el paso: de Salamanca parecen fugitivos ese centenar de estudiantes que les siguen, ataviados a la usanza antigua, arrobando con sus guitarras cautivadoras los oídos suspensos de esa hermosa marcha que para ellos ha compuesto el maestro Arrieta. Olas de gasa vienen luego, con su espuma de flores;—y son niñas de las escuelas de Madrid, 500 pequeñuelas vestidas de blanco, envueltas en velos, coronadas de rosas. Gusanillos innúmeros alados les suceden;—y son los flameantes banderines que cargan rapaces incontables, alumnos de las escuelas madrileñas. Tras ellos, los que se educan en altos colegios. Tras estos, portando ufanos lujosos estandartes, los matriculados en Facultad Mayor. Y los maestros, en su severo traje, con su bata de seda, y su birrete negro, con su mota y colgantes azules los de Filosofía, y blancos los de Teología, y los de Medicina, amarillos, y rojos los de Derecho.

Deja la generación naciente el Paraninfo luminoso, donde han hablado tantas veces Sanz del Río, Castelar, Salmerón y Moreno Nieto; las anchas escaleras, presididas por la blanca estatua del cardenal Jiménez de Cisneros; los espaciosos y nunca solitarios corredores. Atraviesa las calles rebosantes; oye murmullos y aplausos lisonjeros; y llega al pie de la estatua de Calderón, y la cubre de rosas.

No hay mano, en tanto, que esté desocupada. Desde la mañanita del 25, como en París en aquella mañana crudísima de invierno que sucedió a la abigarrada y extraordinaria fiesta en bien de los inundados de Murcia,—no hay madrileño elegante, ni forastero tosco, que no lea con ademanes de asombro un singular periódico. Es *El Día*, este diario de Madrid notable, que ha publicado con tipos del siglo XVII, y estampas de antaño, un ejemplar que lleva esta fecha: 25 de mayo de 1681.—Tiempos eran aquellos en que parecían las eses efes, y por b se ponía v, y a la margen de cada párrafo se sacaba su extracto, y por "tiranos" se escribía "tyranos", y por "Quevedo" "Quebedo"; y en que olía aún a tinta fresca un cierto folleto que adornado con la cruz de su hábito, había enderezado a Luis XIII de Francia el mordaz don Francisco, "señor de la villa de la Torre de San Juan Abad"; y en que se imprimían los libros con eclesiástica licencia, y se tasaban antes de su venta, para que no pudieran ser vendidos en más de la tasa, como este escrito del satírico, que se tasó en seis maravedises el pliego.

Tal parece este número de *El Día* salido de las prensas elegantes de María de Quiñones, o de las más correctas de Francisco Martínez, o de las trabajadas de la Imprenta Real. Abren el número curioso, a modo de programa, todas aquellas máximas monárquicas que aún andan, por extravagantes que parezcan, luchando tercamente con las nuevas fórmulas. Hoy reina el pechero, hasta en la casa Real. Y entonces, por

el placer de su rey moría el pechero, frente a Montjuich, de bala catalana; en Villaviciosa, de bala portuguesa; en la airada Flandes, en la despedazada Italia, a la voz del afamado Espínola. De las rebeldías y pujos liberales de los nobles; de los pueblos fronterizos y extraños, que andaban de solar en solar real, como bola de goma cambiada con estrépito, y con manchas de sangre, en los vaivenes de la guerra; de la saña contra Francia, elevada a dogma; de la supremacía eclesiástica, que era tal que más que el cetro, dictaba leyes la enérgica sotana; de la palabra del monarca, tenido como sol y como manto del miserable pueblo; de todo aquello habla como de cosa presente y corriente el número de *El Día*. Autoriza la publicación la licencia de la Iglesia. Diserta, en habla sabrosa, con su esmerada ciencia histórica, y su pasmoso conocimiento de los conflictos de la casa real de España, Cánovas del Castillo sobre las infortunadas guerras de la época, y la penuria de las arcas, y el retaceo incesante e inglorioso del territorio nacional, sinuosidades visibles del gran combate interno entre el derecho a pensar, y la costumbre de manejar, como a fiera ciega, el pensamiento. Talero, de pluma fecunda, escribe sobre aquel Consejo de Indias, tan poderoso y tan solicitado, y aquel de Castilla, tan encendido y turbulento; y sobre la guerra en la Holanda, consagrado refugio de las libertades perseguidas, y las de Italia, teatro en aquellos tiempos de hazañas de virreyes, o de la genial grandeza y gloria popular de Osuna el mísero. De los conflictos de Flandes, en donde andaban más que por sobre caminos, por entre lagos de sangre, los caballos españoles; de Turquía, caída desde el trono de Solimán soberbio a los pies de Mustafá, *el Imbécil*; de las deliberaciones de la casa de la villa; así llamada porque en su ayuntamiento tiene el pueblo casa; de la rebelión de los Mendoza, Almeida y Melo, que quitó de la cabeza de Felipe y puso en la de Juan de Braganza la corona real del Portugal; de la traslación de los restos del poeta de San Francisco a las Descalzas, y menudencias, composición y orden del séquito; de las novedades de las colonias, de las corridas últimas, del cambio de aires y dineros; de tanto escribe, con infatigable pluma, el asiduo Talero. Con pomposo lenguaje que porque no deje de ser suyo, no ha querido, como los demás que en *El Día* escriben, amoldar al habla vieja gallardísima,—estudia Castelar la obra del poeta, que con serlo, y ser soldado, y fraile, y caballero, fue expresión viva y acabada de aquel siglo español, sin que, a juicio del estudiador, haya por encima del genio de don Pedro, más genio que el de Shakespeare. De Londres escribe a Calderón don Alfonso de Cárdenas, y firma la misiva el Conde de Casa-Valencia. De Cataluña viene otra, en que se narran desastres de guerra, y cosas dolorosas, nacidas de la osada y descompuesta política del Conde-duque de Olivares: y fírmala Vidal i Valenciano. Otra hay de París, suscrita por I. B., en que se

cuenta la conspiración del Conde de Soissons. Cayetano Rosell esboza con su pluma académica, la brava y noble vida de Don Pedro, y con su erudición señaladísima, apunta datos y acumula nuevas acerca de la edición segunda de sus altas obras. Don Pedro de Madrazo dice, con su elegante y sobrio estilo, cosas buenas de los pintores singulares de aquel tiempo, poetas de la tierra, como Velázquez, y como Murillo, de la tierra y del cielo. Manuel Cañete nos lleva de la mano—que él está hecho a esos paseos—al estreno de aquella floridísima comedia, olorosa a bodas y a tomillo: *Mañanas de abril y mayo.* Tubino, este español que escribe como Taine, discurre sobre cosas de escultura en aquella, para este arte, ingrata época. El joven Menéndez da ese color de biblioteca que tiene cuanto escribe a un estudio sobre el falsificador famoso, con escándalo grande procesado, Miguel de Molina.—Como vaso árabe de metálicos reflejos resplandece la ingeniosísima charla cortesana, de amoríos y de fiestas, y de riñas famosas, y de choques, enredos y comedias de baldeos y basquiñas, que firma ese mudéjar renegado, de pluma de colores, Alarcón.

A tanto texto rico, une este ejemplar donoso del diario madrileño estampas de valía. Ya es el frontispicio, con su cabeza enorme y caudas mitológicas; ya un retrato de Calderón, grabado por Entenhard. O el retrato del altanero Conde-duque, de Pontius celebrado,—o el de Quevedo, tan grande como el que más, de los que lo fueron en su tiempo,—o más que todos, por Juan de Noort. En esta página se admira, surgiendo de ropaje complicado, la efigie de la duquesa de Braganza, nombre a España funesto, y a su desventurado rey Felipe; aquel otro retrato es el del marqués de Vélez. Si se desdobla por aquí el periódico, vese el Palacio Real, que parece, más que casa de reyes, casa de la monarquía: si por allí se desdobla se ve el hermoso Alcázar. Sarabia ofrece escenas de batallas; Valdés Leal escenas de balcones. De un álbum alemán están sacados estos rechonchos frailes, y aquellos caballeros, prestos a entrar en liza.

No hay mano, en suma, que no ostente su número de *El Día*; ni mesa de café, en torno de la cual no se trate y discuta, con comentario ardorosísimo, la significación real del Centenario; ni monárquico sesudo a quien engañe, sobre duración de la monarquía, esta exhumación de añejas pompas; ni republicano pensador a quien alarme este deslumbramiento fugitivo. Pero es lo cierto que cuando el Centenario pase, España tendrá una gloria más, por haber celebrado bien sus glorias.—Que no merece tenerlas el pueblo que no sabe respetarlas.

Esperemos, para decir más, completas nuevas.

La Opinión Nacional. Caracas, 15 de junio de 1881.
[Mf. en CEM]

EL CENTENARIO DE CALDERÓN
ÚLTIMAS NUEVAS

En Madrid no ha cesado la gorja. Cestas de rubios vinos han cambiado de aposento en las fiestas alegres del Hipódromo, y de motivo de deseo en sus mohosos envases han venido a ser regocijo de la sangre en las calientes venas. Sobre certámenes, carreras de caballos. Y a par de estas, las de toros; no ya con duques y marqueses como arrogantes rejoneros y diestros lidiadores, con sus cohortes de pajes vestidos a la turca, con sus penachos de cristal en hilos, y en sus turbantes encajada la media luna de plata reluciente, y sobre sus hábitos rojos, matizados de viva argentería, golpeando el corvo alfanje; no ya con aquel robusto señor de Medina Sidonia, que en las bodas del rey de los hechizos con la francesa Luisa, de dos embestidas de su rejón dio en tierra con dos toros; ni con aquel don Córdoba, que de la manera de caer hacía triunfo y fue aplaudido,—al alzarse del polvo entre sus cien verdes moriscos, enlindados con cintas muy rojas,—por palmas de duquesas; ni son aquellos atrevidos marqués de Camarasa y conde de Rivadavia, que se entraron en liza, con séquito de negros muy galanamente puestos de tela pajiza, y esterilla de plata, apretados de argollas los tobillos y de esposas las manos, en signo del poderío y riqueza de sus dueños; sino con estos matadores de oficio, reyes de plebe, favoritos de damas locas, amigos predilectos de nobletes menguados, que tienen el ojo hecho a la sangre, el oído a la injuria popular, y la mano a la muerte por la paga. Mas no han sido estas competencias de caballos, ocasionadas a que suenen los nombres de sus dueños vanidosos, como Aladro, y Villamejor, y Vega de Armijo, notable por sus artes en política y la entereza de su esposa, que fue de las que puso a aquella reina pálida, Victoria prudentísima, porque se colgaba los hijos de su pecho, y las llaves de palacio de su cintura, aquel apodo de *ventera*, que a otras mejor que a la apodada venía muy propiamente: no han sido estos regocijos importados, ni los toros mismos muertos de la espada del frenético Frascuelo o el torvo Lagartijo, cuyos retratos, entre insignias de toreo, lucen en los aparadores de las tiendas a par de los del joven rey Alfonso, cercado de insignias reales: ¡más vacila el trono del rey que el del torero!:—ni han sido siquiera los esfuerzos loables de la Institución Libre de Enseñanza, donde se explican, sin traba de escuela antigua, letras y ciencias; ni la fiesta de música en la casa que la enseña, donde los que en las mañanitas de frío van allí, galancetes y damiselas, desafiando cierzos y pobrezas, que son como otros cierzos, a dar empleo y vía a su anhelo de fama, levantaron, en número de cuatrocientos, sus voces juveniles en loor del poeta de los autos:—ni el congreso de Arquitectura, que con ocasión del

Centenario se inauguró; ni las sesiones de academias; ni el haber buscado cuna en el primer poeta dramático vasto y humano de los españoles esta cruzada que debiera tener una lanza en cada hombre, la cruzada de Madrid contra la ignorancia; ni tanto galán de lira e hidalgo de péñola que fueron,—en el suntuoso y ahora churrigueresco, Teatro de Oriente, en que la sociedad de escritores de una parte y el Ateneo de otra, tuvieron fiestas graves,—como mariposas de antenas y alas negras en torno a aquellas damas, de alto donaire y bajo seno, mariposillas de alas de colores; ni exhibición de glorias de nobleza, ni recompensas a la virtud, ni declamaciones generosas de la sociedad antiesclavista, ni batalladoras asambleas de jóvenes católicos, que suelen echar a golpes de cirio de las iglesias a los que ven en calma y respeto sus vehementes ceremonias, las que lograron en esos días de holganza justa y patriótico bullicio, encender en pasión a las gentes, como aquella lucida cabalgata, colmo y corona del anheloso esfuerzo madrileño, que arrancó de la calle espaciosa de Serrano, en el barrio de Salamanca, que ha su nombre del rico venturoso que compró timbres de nobleza, justamente de aquella facilísima manera que Calderón censura en el alcalde bravío de Zalamea.

Descuajáronse las casas, y quedáronse desiertas, y echaron sus deslumbrados habitantes a las aceras y balcones que daban a las calles de la fiesta. Por la abigarrada procesión del 27, que fue, como redoma de alquimista en busca de oro, hervidero de intentos incompletos en solicitud de fama durable no lograda,—salieron de sus cuevas del cerrillo de San Blas los míseros *goripas*, que hay chicuelos vendedores de arena por Madrid que viven con sus madres y hermanillos, desnudos en invierno, en agujeros rotos en el cerro; y las bailarinas dejaron sus balcones de la montuosa calle de la Primavera; y las modistillas hambrientas y elegantes lucieron su vestido meritorio, que ya cuenta tres luengos veranos, y para revolotear en el Centenario fue repintado, a cambio de un peso fuerte, en Barcelona. Y los tristes cesantes, que aún llevan capa limpia, por ser cosa reciente la cesantía, olvidan la marcial gloria de Cánovas, y la de Sagasta, colérica y mefistofélica; y los empleados novísimos ostentan, bajo el rizado bigote que huele a dinero nuevo, perfumado cigarro; y la familia madrileña, con su tipo confuso y andar suelto, y traje de Francia y habla de Castilla, y aire de Andalucía, acá corre, y allí empuja, y por aquí abre brecha, y compra flores a la chulilla de ojos rasgados que se las ofrece; o los programas de la fiesta, que hubiesen salido mejor de las prensas de Rasco o la de Arámburu, al chistoso granuja, de remendada chaqueta y vieja gorra, que suele tomar visiblemente la *mota* que el programa vale, y, cuando no le vean, las demás que huelguen descuidadas en el bolsillo de su dueño. ¡Qué pregonar de folletos! ¡Qué vocear de discursos! ¡Qué

revolver de los granujas vendedores, que, cruzando en velocísima carrera de un lado a otro de la vedada calle, fatigan a los guardias enojados, y semejan, envueltos en el periódico que venden, colosales insectos, que llevan alas que suenan, y nido de carcajadas en el vientre! ¡Qué esperar con impaciencia, qué comentar con gracia, qué hacer muro de cuerpos, y apretar contra la pared de argamasa y repello, viva pared humana! —Ya viene la cabalgata numerosa; ya se alivia Madrid de su gran peso, porque, en raza latina, no hay pesadumbre mayor que un deseo pueril no satisfecho; la onda viva, cual mar en que entrase de súbito agua nueva, hínchase, precipítase, oscila, apriétase. Ya aparecen, caballeros en negros caballos, cincuenta guardias apuestos, a la usanza de hoy, cruzado el pecho de bandas amarillas, apretado a la pierna el calzón blanco, luciendo en los pies la negra bota, el triangular sombrero en la rapada testa, el ancho sable en la enguantada mano.—Los heraldos les siguen, ocho heraldos, en recios corceles, vestidos de azul paño, como en el siglo XVII; colgante a espalda y pecho la amarilla dalmática, realzada en ambos lados con las armas austriacas; tocados de lujosísimo chambergo; afirmando en los fuertes estribos el banderín tirante, ricamente bordado, con su nema y sus flecos, o el flexible oriflama, de asta de oro.—Vienen luego aquellas armazones colosales, con que los burgaleses de otro tiempo, y los zaragozanos, y los del viejo Valladolid, y Santander inquieto, celebraban, vistiéndolas de gigantes chinos, o quijotes escuálidos, o togados enanos, las alegrías de la ciudad.—Cien pajecillos, que la muchedumbre aclama, luciendo al sol sereno de Madrid trajes crujientes, varios y vistosos; bellos como ninfas, flotando como alas de colores a sus espaldas las vueltas de los mantos, pasan como visión dichosa, portando en sus cien altos estandartes tantos nombres de dramas del poeta.—No ven con ojos buenos los curiosos a esos caballeros que ahora vienen, y que con sus casacas de diputado, o de comisionado de ayuntamiento de provincia, que disuenan con los maceros, de rojos y amarillos aderezos, y los afelipados alguaciles que les preceden,—como que les hacen caer inopinadamente de sus sueños de gloria fulgorosos a las realidades domésticas presentes. Aquí llegan ahora, con trabajados estandartes, los que venden vino, y trabajan en tabla, y trafican en telas, y otros tráficos.—¡Ah! qué pesada, la carroza que han construido los buenos vecinos del barrio apartado de Chamberí! Ocho caballos tiran de ella, que es la apoteosis de Calderón, ahogado entre tributos: y lo cerca corona ondeante de motes y banderas.—No va mala la carroza del Círculo de la Unión Mercantil, ese que ofrece frecuentemente con tan buen acuerdo prácticas y elocuentes conferencias de asiduos oradores: bien que no tengan mucho que hacer tan juntos, ni color lógico, ni de época, ese templo del arte de la Grecia, simbolizado en columnas graves dóricas, sobre esos barrilillos, y pacas, y anclas, que lucen bajo el

templo.—Gusta, y lo merece,—por los autos sacramentales que, al par que anda, imprime en prensa de madera, como entonces se usaba, y con gran lidia y bullicio de la gente de las aceras echa al aire, como don gracioso,—esa otra armazón de ruedas que ha construido el Fomento de las Artes. Esa que ahora viene, muy lujosa y muy grave, sentadas en la delantera las armas de España, con su diadema real y sus leones; y simulando en esta punta la coronación del poeta famoso, y en aquella la imprenta glorificadora, con una estatua de Gutenberg, es el carruaje rico de la prensa: y van en estandartes los nombres de los periódicos que lo hicieron, y números de ellos sin tasa se reparten. ¡Hermoso es el estandarte de Manila!—Murmullos, y ondeos de la muchedumbre, y voces de alabanza, que al fin rompen en vítores, arranca ese movible barco, esa popa arrogante de galera, como las que en Lepanto dieron gloria a Juan de Austria y a España, con sus remos robustos a los lados, y su baranda al frente, presidida por silenciosa y grande lira; que es el regalo que la Marina suntuosa ofrece al séquito. Estrújanse las gentes agitadas: ¡qué marinos, aquellos de D. Juan! ¡Y estos van como aquellos! Las aceras, mal contenidas, se desbordan: las músicas de marina, en toda España excelentes, celebran esta, que a las pasadas deben, bulliciosa victoria.—Y ecos de estos aplausos férvidos resuenan cuando pasa, no ya triste y avergonzada como debiera, por los actuales vivos dolores coloniales, sino regocijada y olorosa, y monumental y artística, sonando a palmas y excitándolas, la carroza de las provincias ultramarinas,—con sus indias, de manto rico y plumaje animado, en son de América, bajo dosel que lleva el nombre de acongojadísima isla, coronada de escudos que le pesan, todo al fondo, y en el frente arrogante, en que ramos de laurel hacen corona a la efigie del poeta famoso, las columnas del estrecho le dan lados, y entre ellas, señalándolas altivo, está el feliz geógrafo, que en procesiones se celebra, pero que llevó en vida vestido de cadenas.—Bien viene ¡ay! por lo que la sujeta, y la escolta, y la cerca, detrás de ese carruaje de las colonias, la alta torre, fabricada de cañones, que una estatua de Marte remata fieramente, como que envía este edificio bélico el cuerpo de ingenieros.—Atronador ruido sucede: ¡la artillería que pasa! ¡allá obuses, cureñas, ruedas, mulas!—Y luego sigue, con clásico atavío, la Sociedad de Escritores y de Artistas, que bien pudo, para ocasión tan grande, hallar cosa más propia que esa que, en vasta plaza, con sus columnas rematadas de retazos dóricos sobre trozos sin gracia y pulimento, en sustento de ardientes pebeteros, que echan al viento durador perfume, representa el teatro de oro, alzándose sobre aquel que se alimentaba de paráfrasis míseras de Séneca, y glorias de Alejandro, y burdas gracejadas de plebeyo.—La muchedumbre, atenta, mira: mas, como llevada del femenil espíritu que se halla en lo que viene, y quiere verse, agítase y se empuja para ver pasar esa ingeniosa fábrica ligera, si sostenida por

hombres invisibles, al parecer tirada por palomas, que sustenta al genio: esta la hicieron los Maestros de Obras.—Mas esta sí que es oportuna y grave, y acusa que un poeta anda entre los cerrajeros de Madrid, o un cerrajero entre los poetas. Vibra el martillo; resplandece la fragua; saltan chispas del yunque; percíbense, entre el hervor del entusiasmo, el buen clamor y buen olor del hierro: esta fue la carroza de las cerrajerías.—Ese macizo carruaje que lleva una alegoría de la gloria del poeta-sacerdote, es del Ayuntamiento. Esta, tirada de doce frisones, que ahora sigue, es de la Diputación de Madrid: Y ¡qué suntuosa! ¡Vedle, sus maceros, tocados de sombrero de riquísimas plumas, con sus muy grandes mazas; y ese estandarte de terciopelo, y oro en realce, con todas las cabezas de partido; y esa guardia amarilla, tan famosa en tiempo de Olivares y de Valenzuela!—De Valencia, cuyas húmedas vegas rinden juntos el higo fresco, la naranja dorada y las crecidas rosas, han venido las flores que de ese carro que pasa ahora vierten sobre las gentes apretadas. Súbito murmullo, como predecesor de maravilla que se acerca, extingue el de la vocinglera competencia que por hacerse de azucenas y lirios se había alzado: y es que a las ancas de doce gruesos bridones, orgullosos de la carga real que portan, semejando, con sus blancos penachos, ambulantes palmeros, y paseando al sol escamas de oro en los vívidos arneses y echado al ancho lomo mantos muy ricos de tejidos blancos,—viene, como nación que pasa, y como grupo de andaluzas nubes sorprendido y atado, y como monte en que el pincel y los colores hubiesen hecho poderosa fábrica, el suntuosísimo edificio andante con que España celebra a su poeta, y en cuya voluminosa maquinaria, realzada de amarillo terciopelo y grana alegre, aparece aquella nación de los Felipes, ciñendo de magnífica corona las sienes de su muerto muy amado. ¡Oh, sí! la muchedumbre, como que sentía temblar sus manos, y encogérsele el corazón, y secársele las fauces, de amor y ardor de gloria. Y pasó la carroza, y mucho tiempo hacía que era pasada, y el aire estaba aún lleno de vítores.

Y cerraba al fin la marcha, como cortejo de respeto:—porque es ley que honren y acaten a los poetas que no pasan, reyes que pasan,—aquel carruaje de ébano, gala preciada de las caballerizas de Palacio, y ya chillante y mate, como si la madera monárquica careciese de buena savia viva, y las ruedas reales estuvieran cansadas de rodar,—en que, mortificando a su hermoso y áspero Felipe con tristísimos celos, paseó tantas veces a su lado la mísera Juana *la Loca* enamorada. Y palafreneros de aquel tiempo, en que eran para la librea de los custodios de los reales palafrenes, el raso de Florencia, de color de llama, y el oro de Milán para avivarlo, y la escarlata para la cómoda capilla. Y autoridades, y comisiones, e innumerables grupos, pasaron tras de ellos. Y Barcelona, que ha enviado un macero de los suyos, armado y fornido, y

bello y grave, a levantar en medio de la fiesta, en lujosa montura, el escudo pujante de las barras. Y los maceros del Ayuntamiento y unos tristes munícipes, de frac y guante blanco. Y unos cuantos caballos, y en ellos seis soldados caballeros. Y la ola de colores pasa y rueda, del Madrid nuevo que tributa la honra, al Madrid viejo de quien la honra viene, por la calle Mayor, de que el poeta, que hoy pasea muerto en ella, huyó espantado cuando vivo, por no oír los clamores de las víctimas que, por dar placer y avivar el celo religioso al menguado D. Carlos, iban maniatadas y argolladas, ardiendo ya, antes de arder en llamas de leña, en las de espanto, a morir en la plaza de los Autos, guiados del estandarte carmesí de los soldados de la Fe, y de la cruz verde, la espada tajante y la rama de olivo de los inquisidores. Y por la Armería sigue el cortejo, donde reposan hoy las armas que entonces batallaban. Y por la Plaza de Oriente, antes lugar de pláticas de nobles, y hoy de desocupados, rapaces y criadillas. Y por el esplendidísimo palacio, por donde corre hoy viento de muerte. Y por la calle ancha de Bailén, morada de cansados y de pobres, y por calles tortuosas, de nombres ignorados, y va a dar, rendidos a la par, y fatiga el séquito y de alumbrarlo el trabajado sol, en la histórica casa de soldados que llaman la Princesa.

Allá en la noche, en que los teatros hierven, y aquí es un auto, allá una comedia de reír, allá de celos, y una tragedia en este, y en aquel un poema hablado, día parece la nocturna sombra. De Calderón es cuanto se representa; de sus dramas, con sobra de crítica alemana y escasez visible de profundidad, habla, en edición doblada, un periódico de jóvenes: *El Demócrata*. De las cosas del tiempo, y de cómo casó Carlos, y qué sucedió cuando Felipe, y cómo se quemaban herejes, y se humillaban toros, habla por boca de un bachiller Alonso de Riaña, que pone en plática corriente las del tiempo, el lujoso *Estandarte*.—Y *El Espejo*, enamorado de Cánovas, luce, en número excesivo, efigies de magna gente, de Montalbán benévolo; de Teresa, de amores consumida; de Cano, vencedor del mármol con su San Francisco, y del lienzo con su Jesús crucificado, mas no de su desgracia; de Alarcón, que no alcanzó un buen puesto en Indias, y sí máxima gloria; de Quevedo, que ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos, con su lengua hablamos; de Zurbarán famoso, que ató a la humanidad visible, y robó al cielo falso, la pintura; de Murillo, que fijó el cielo; de Cervantes, que pasmó la tierra; del padre Gabriel Téllez, dueño de la lengua y de la escena, mas no de las iras a que le mueven las traviesas damas; de fray Lope, en cuya frente cabían todos sus dramas; del blando Garcilaso; de Alemán el profundo; del sencillo Iriarte; de aquel Solís, que embelleció y mintió la historia; del generoso Ercilla, que nos tiene obligados y atónitos con la grandeza de su Caupolicán y de su Glaura.—Mas ni en la abigarrada procesión del 27, que bien pudo ser copia

excelentísima de aquellos reales tiempos de Mentidero y Buen Retiro; y galanes de veste noguerada, gregüesco de rizo y recogido fieltro; y damas de guardainfante, porque de ellos le guardaba, y lechuguillo, que daba amparo al blanco seno: ni en los retazos breves de época, que alabanza tan grande recabaron, con lo que se mide cuanto no hubiese la época completa conseguido; ni en las letras mismas impresas, salvo—en lo que ha venido—las de *El Día*, que es maravilla de arte y gracia,—halla la mente inquieta, enamorada por humana de aquel poeta potente que dio tipo al ansia de libertad, con Segismundo, y a la de dignidad con El Alcalde, cosa tal que responda a lo que de sus hijos bien merece aquel que lo fue glorioso de la humanidad, de España, del teatro y del claustro, y que, si fue torturado de hondos celos, por cuanto no hay dolor más vivo para el ánima alta que el de desestimar a la mujer que ha amado, los dio a sus émulos vencidos con la grandeza de su mente altiva, tantas veces celebrada por el blando ruido de tiernos guantes de ámbar,—y por la que, caminito del teatro, arena entonces encendida de burlones chorizos y alborotadores polacos, acariciaron las calles tortuosas tantos breves chapines, y se revolvieron al viento madrileño tantos suaves y diestros mantos de humo. Esperemos más nuevas.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 28 de junio de 1881.

CENTENARIO DE ANDRÉS BELLO

Tengo delante de mí un cuaderno hermoso, de vastas páginas, de limpios márgenes, de clara letra.—En eso se conoce el espíritu de los editores de libros: el de ánima ruin los imprimirá en letra pequeña, con borde estrecho, en líneas apretadas: el de ánima caballeresca y generosa será pródigo en el papel, como de beneficios, tenderá los pensamientos en páginas amplias, como sus propósitos, y dará a las ideas de poetas y letrados palacio, y no cárcel.—Este es el libro que el caballero Fausto Teodoro de Aldrey, director de *La Opinión Nacional* de Caracas, da en ofrenda a la América en el día centenario de Andrés Bello.

Apenas lo hojeo, hallo nombres famosos. No sé qué tienen los ancianos fuertes que con mirarlos se alegra el alma, y cobra fe y pujanza; aún mantiene en alto la pluma batalladora don Antonio Leocadio Guzmán, que va a par de su tiempo, y, como movido de interna fuerza, perpetuamente se renueva.—Ahí Arístides Rojas, en quien el hábito de mirar los insectillos que manchan las rosas de su patio, o devoran las hojas de sus ricos libros, no ha hurtado a los ojos la fuerza de ver águilas. Ahí el señor Vicente Coronado, que dice que habla propias cosas justas. Ahí Eduardo Blanco, gallardo e impaciente como los históricos paladines. Ahí Tejera, de rima acicalada; Jugo Ramírez, que como manojo de fustas sacude sus enérgicas estrofas sobre la faz de los malvados o de los ignominiosos; Heraclio de la Guardia, cuyos versos no se arrastran por la tierra, como cansados peatones, sino que ostentan como escogidos guerreros, la armadura sonante y reluciente. Y hallo nombres de españoles preclaros, y que todos ellos dan fe de la verdad que uno de ellos, que es dramaturgo insigne, dijo por boca de un hermoso capitán en uno de sus dramas: "El que honra a los demás se honra a sí propio."

¡Cuán bien merece el poeta egregio el homenaje que le tributan agradecidas las letras, que él fundó, y la imprenta, que él enriqueció, en su patria! Ya me parece verle con su frente espaciosa, con sus ojos azules, con su cuerpo magro, con sus manos finas, hojeando a todas horas libros útiles, y haciéndolos, y mejorando los ajenos, y acompañándose de ellos, como de amigos tiernos y fieles, en la mesa, en el paseo, en el sueño. Ya le veo entrarse, como infantil Teócrito, por el fragante patio sembrado de naranjos y granados, y mirar con ternura las hojas amarillas, y alzar del suelo con piedad las flores mustias, o ensayar con recogimiento religioso, como de quien dice palabras divinas, aquella escena del Segismundo de Calderón en que el hombre rebelde, desnudo de social arreo, se yergue, dislocado como corcel arrebatador, como río hinchado, ante los pálidos hombrecillos de la Corte; o aquellas otras escenas discretísimas en que se manda que no

haya burlas con el amor. Ya lo alcanzo, sentado a la margen del risueño Anauco, viendo correr al par, en el riachuelo el agua, y en el libro que lee los tiempos de la historia. Ya le oigo departir humildemente con su maestro Cristóbal de Quesada, y con el latín que aprendió de él, mejorado por su excelso juicio, vencer en las aulas animadas a condiscípulos y a dómines. Ya le miro, como quien doma águila, enseñar a Bolívar; y como quien oye a profeta, aprender de Humboldt; y le veo pasar del brazo del buen Ustáriz, con él como con todos bondadoso, y escucho las palmas regocijadas con que celebran sus amigos los sueltos y galanos versos con que los pasma y enajena. Y al elegir, de entre los grandes de América, los fundadores,—le elijo a él.

Abre la rica ofrenda de *La Opinión Nacional* una página hermosa, en que el cariño va hermanado con el respeto, y la admiración con la ternura, y en que el tributo vale más por quien lo paga: y lucen en esta página arrogante, donde parece que ha ido la pluma como plegando manto majestuoso, aquella tersura y realeza de la buena lengua de otros tiempos, que se va perdiendo en estos, ya porque la prisa de vivir no da espacio al estudio, ni tiempo de sazón al pensamiento; ya porque entre la suma excesiva de brillantes patrones, andamos deslumbrados, y no damos con el bueno; ya porque ahora escribimos con la angustia sentada a nuestra mesa, y de un lado a Voltaire, y de otro a Goethe.

Tras el homenaje de don Antonio Leocadio Guzmán pone el suyo, que parece haz de mieses doradas, Arístides Rojas. Corren los ojos contentos por sobre esas páginas dramáticas y abundosas. Diferénciase Rojas de los poetas en que la poesía se le escapa del ritmo. Lo que vuela, lo que palpita, lo que ilumina, está en su estilo. Encadena, porque enseña. No se nota en Arístides Rojas la labor del esfuerzo, el encarnizamiento de la idea que lucha por darse molde propio: desbórdase su lenguaje; y rueda fácil, ameno, coloreado. Ve de una vez muchas cosas y de una vez las dice. Si copia el mar azul, su estilo, como playa normanda, resplandece: si evoca caballeros vencidos, que van por sendas lóbregas sobre rocín cansado, el yelmo roto, la mano flaca, el rostro enjuto, la evocación parece cuadro, y no página. Ve lo que hace ver. Despierta, echa a andar, empuja, enaltece, despeña a sus personajes: toma a este: deja a aquel: los apareja. Presenta los sucesos como en ramas. Tiene los caracteres de la naturaleza que pinta. Luego de haberlo leído, queda la impresión de un paseo brillante.—En este tributo a Bello, de un lado pone al sabio Viracocha, y de otro al creador Amalivacá; allá acumula las hazañas de San Martín, acá las de Bolívar; realza a Caracas, que meció la cuna y engalanó la fantasía del poeta, y a Chile, que le dio premio y sepulcro. Con inquietud febril, y animado desorden, pone en junto, al nacer el ilustre caraqueño, el mundo

que se derrumba y el mundo que alborea; ve bullir a los caballeros hazañosos de la independencia; los canta y los consagra; estudia a Bello en el destierro triste, engendrador de fuerzas; acompáñale amante cuando dueño de ciencias y maestro de letras, va, camino de la gloria, a la apartada Chile.—Se va como por sobre alas, leyendo ese valioso tributo.

El señor Vicente Coronado apunta, con juicio seguro y habla pulida, las magistrales bellezas del estilo y armazón poética de las odas de Andrés Bello. Es la frase de Coronado—bruñida y medulosa. Estudia, no rebusca, lo que dice. Su período es amplio y numeroso. Ve con ojos seguros y ahondadores. No es solo para él el poeta de Caracas bardo eximio y rimador perfecto, sino que le halla en el espíritu profundo aquellas innatas dotes de singular valía y rebelde genio que le llevaron a ser de colono humilde, maestro de Repúblicas; y de discípulo de adocenados enseñadores, señor y legislador de su majestuosa lengua.

Eduardo Blanco encierra en espacio breve, cuadro bello. Ve al guerrero que pasa, triunfante y asolador; y al poeta que llora sobre las ruinas, como evocando las sombras de los infortunados que las poblaron; y como rogando a las piedras derruidas que se animen a su voz, y se junten de nuevo, y vuelvan a ser casa y palacio! El canto del poeta, como paloma blanca, se cierne sobre la guerra.

Tiene don José María de Rojas merecido bien de Venezuela, por la lealtad filial con que mueve a los extraños al reconocimiento y alabanza de los patrios méritos. Y envía de España al caballero Aldrey atentas cartas, amorosas frases y versos de prohombres, escritos en honor de aquel que fue en su tiempo el más erudito hablista y el más profundo pensador de la tierra en que se hablaba lengua castellana. Escribe don Manuel Tamayo carta cordial y culta, en honra del celebrado, al solícito Rojas: salúdale con atenta frase Cánovas: dirígele galana misiva don Pedro Alarcón, que une a la fiereza gótica en el pensar, tales donaires y centelleos en el decir que perece su estilo, como los palacios de Granada, obra de artífice árabe, realzada de mosaicos de colores, y de calados y trasparentes ajimeces. Don Aureliano Fernández Guerra, que es máximo prosista, y ánima benévola, habla de Bello cariñosamente en carta agraciada como suya, y cual su carácter, risueña y abierta. Y don Manuel del Palacio, poeta hábil, ofrece a la memoria del poeta de la América un elegantísimo soneto.

Cierran rimas valiosas este libro que abrió prosa selecta: a una vez cantan Heraclio Guardia, Felipe Tejera, Diego Jugo. Son siempre de fina labor y esmerado remate las rimas de Tejera, y esta gracia en el ajuste y mérito artístico realzan el entusiasta efecto con que en castizas décimas celebra el bardo joven al

que ha dado en América con la pureza de su vida y la belleza inmaculada de sus estrofas, ley y ejemplo a los bardos.

En Colombia van aparejados el fervor americano y la excelencia literaria, y a Colombia, que ha celebrado con un certamen de bellas letras el centenario del poeta de Caracas, envió Jugo Ramírez la levantada y valerosa poesía a que *La Opinión Nacional* da casa en su libro. La musa de Jugo es austera. Ha hecho de su pluma, no látigo de satírico, sino espada de caballero. Vésele en sus versos, como si con mano nerviosa e impaciente señalara a los pueblos el porvenir honrado, y como si a su corazón fuesen enderezadas las armas que desata la malicia humana. Le place la virtud, y le enoja lo que oscurece o vilipendia. Ve los tiempos futuros en que ha de embotarse en la pluma que crea, la espada que mata; ve, en lira felicísima, trocarse a la turba revuelta en la muchedumbre atenta y útil, y llamar con grandes voces de trabajo a la roca, el surco, a la entraña del monte. Ve cómo, ayudada de las artes, se salva la tierra. Vuelve los ojos a nuestra América maravillosa. Alaba, en versos esmerados, aquel amor del sosiego y aquel deleitoso lenguaje del pacífico Virgilio de los americanos. La calumnia mordió a Bello, y flagela a la calumnia. Y ruega al poeta, con enérgica plegaria, que de nuevo taña la lira, y mueva a paz y a concordia a los pueblos que con su desacuerdo y su rudeza ofenden sus manes. Por honrada y artística merece loa especial la obra de Jugo.

¿Y estos versos de Heraclio de la Guardia, que ponen broche al elegante libro? Parecen amoldados en copa áurea y sonora. Hay como brillo de estrellas, y como aire tibio y aromado en esos versos melodiosos. A no menor homenaje tenía derecho el que puso la razón a la par de la imaginación, y a ambas mantuvo en desusada altura; el que dio canto a la naturaleza de América, y leyes a sus hijos; el que halló en el viejo hogar de la colonia una lira de alambres resonantes, colgada de azucenas de los valles, y de cándidas ofrendas de pastores. Y de tales bardos y de tales encomiadores merecía ir acompañado el publicador de este libro memorable que, como prueba de sí mismo, y prenda de su excepcional largueza y respeto a lo glorioso, ha salido a honrar a unos de los padres de los americanos, y ha recabado para sí la gloria que tributa.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, 23 de diciembre de 1881

La Opinión Nacional, Caracas, 6 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

OLEGARIO ANDRADE

El hombre es bueno. Toda gloria humana le cautiva, y así como repele al cabo toda grandeza falsa, así acata sumiso, aunque la haya mortificado con su duda, o lacerado con su abandono, toda grandeza verdadera. Y hay además en nuestra naturaleza como un amor vehemente y callado a la hermosura, y un impulso de tierno agradecimiento a quien realza, para hacernos reentrar en deseos de vida, esta tierra nuestra cuya majestad a veces olvidamos, como olvida el viandante, torturado por los guijarros del camino, los tesoros de luz que se aposentan en las alas brillantes de las aves, y los cielos solemnes, no más vastos que el espíritu de los hombres, que le aguardan para recibirlo en su seno, y acariciarlo, como en la magna fantasía homérica; besa en la frente Jove amorosísimo al bravo Sarpedón, que cruza el aire azul y silencioso, en alas del sueño amigo y de la hermosa muerte.

Ver grandeza, es entrar en deseos de revelarla. Y ver grandezas patrias, es sentir como que se la tiene propia. Hacer justicia, es hacérnosla. Y nacer en América, es haber nacido en tierra donde en el corazón, como fuera de él, lucen astros nuevos, arden fuegos vírgenes, corren ríos oceánicos. Tal pujanza, tal frescor, tal brillo tiene Olegario Andrade, el poeta joven bonaerense. Su mérito es tal, que su nombre no se olvida, una vez leído. Es de esos bardos magnos, que se sientan en la cima de los montes a cantar los dolores y las esperanzas de los hombres. No es la fuente de su poesía, una ánfora pulida llena de esencias ricas, como la fuente de la apacible poesía de Guido Spano, sino gran vaso de piedra, cargado de aguas de mar, que un hombre gigantesco lleva al hombro. Hace cantos poémicos, y hará poemas. Si algún defecto tienen su “Prometeo”, su canto “A Víctor Hugo”, su “Atlántida”, su “La noche de Mendoza”, es que no sabe el hombre de Carlomagno, hecho a la gran hacha de armas, qué hacer con la flechilla de los indios. Otros tendrán que esforzarse para hacer poemas: Olegario Andrade tendrá que esforzarse por no hacerlos. Mas hágalos sin miedo: no es que los hombres no sepan oírlos! es que los poetas no saben ya hacerlos! Ay! Ni pueden: no sale más entero del molino un grano de trigo que sale de la vida en estos tiempos un corazón humano: y ¿qué ha de hacer el bardo, desoído, pletórico de fuerzas no estimadas, habitante de tierras intranquilas, devoradas de furores primitivos, andador de una vía que no se acaba, soldado de una batalla que no tiene tregua, sino sentarse, durante el ligero sueño del enemigo, a llorar sobre las ruinas de sí propios.

La poesía de Andrade no es esa flor de pasión, que en unas mismas manos nace blanca, como el sueño de un niño, y se torna en roja, como si hubiese sido herida, y en lívida como lastimada de duros golpes, y en negra, como la sombra. No es esa miel rica y jugosa, que brota del alma conmovida, como a la presión de dedos suaves brota el jugo perfumado de los duraznos en sazón. Ni ese riillo de sangre, que corre silencioso, como el Guadiana bajo las tierras andaluzas, bajo nuestra amarga vida. No posa su lira al retirarse de la faena diaria, sobre su corazón, a que se arome y nutra, sino sobre un monte, a que se la perfume la naturaleza, y a que vibre con el himno de los hombres. No canta desde huerto florecido, o por veredas solitarias, sino ante la plaza de los griegos, donde los hombres se agitan como olas, o de pie sobre la roca de la playa, donde las olas hacen coro al canto, que va, como tritón pujante, en carroza de espumas. No nació su lira en el cáliz de una violeta, sino en el tronco de una ceiba. No canta afectos, sino mundos. No observa el curso de la pasión en las almas, sino el de los hombres en la vida. Sus personajes son los pueblos. Sus estaciones no son las del año sino las del universo. No llora amores que mueren, sino naciones que se derrumban y crujen. Ve el universo como torneo perpetuo, cuyos mantenedores son mares, tierras y cielos. Su espíritu no vive en la aldea patria, sino en toda la tierra, sus damas son Corinto que llora; Roma, elegida “por el destino misterioso” para su palenque permanente; y Cartago que es a sus ojos hoguera encendida para que batallasen a su luz las cohortes romanas. Para él, las Pirámides egipcias son colosales tiendas de campaña, abandonadas por gigantes que desaparecieron de la tierra; y el Coliseo es “centinela de piedra”; y Platón es el anciano que se sienta a ver hervir los mares, desde las rocas de Egina, y a coloquiar con el espacio vasto, como con natural amigo, y a vislumbrar en los lejanos siglos, surgiendo como de entre colosales brumas tibias, la Atlántida fragante. Para él, los continentes y las islas brotaron del mar frío, deshelado al primer beso del Sol en la faz rugosa de la Tierra; “como monstruos del mar, que van en rebaño confuso hacia la orilla”; y los montes, al compás de los acentos magníficos de la tormenta, despertaron entumecidos de su sueño, y asomaron entre las aguas marinas su abrupta cabeza, ceñida de líquenes; y son las montañas, gigantes de coraza y casco de granito, que aguardan de rodillas el supremo mandato, para “lanzarse a escalar”, con sus manos de piedra, los espacios inmensos; y las Antillas, son una bandada de aves fugitivas, que van gimiendo; y “se secan al sol las alas blancas para emprender el vuelo a otras riberas”. Como otro poeta se detendría a ver nacer un niño, Andrade se detiene a ver nacer un arroyo. En él, un rumor que se siente, no es una hoja que pasa, ni un beso que vuela, ni un sollozo que se extingue, sino una raza que nace. Y una mariposa de luz que surge de una larva parda, es la aurora, que surge fresca y

confiada “de la larva informe del abismo”. La idea grandiosa en él es como ola invasora que, hinchada por oculta fuerza, viene a morir en pliegues arrogantes, ora bañando de espuma fulgurosa los riscos de la playa, como beso de vida nueva que refresca a cadáveres, ora rompiéndose contra las crestas de las rocas en columnas de polvo menudísimo, que brillan, entre el fragor del oleaje, como partículas de sol. Su frase opulenta—como árbol de profundas raíces que extiende en la selva sus ramas poderosas y quiebra con su empuje incontrastable los menguados árboles vecinos,—avanza, a modo de río hinchado que va a dar en mar hondo, donde parece morar la paz eterna. Su frase no tropieza, ni rueda, sino que se despliega, como un manto real.—Y él cobija con ella a los pueblos que tienen frío, y a las razas que ya se desmigajan en las tumbas. Cuando se acaba de leer su descripción del nacimiento de la tierra, parece que vienen los ojos de ver luz oceánica, luz confortante y nueva, y que acabamos de sentarnos en la mesa de roca, a cuyo trono, encuchillados sobre su manto de pieles, debieron hundir los cíclopes, con hambre gigantesca, su cuchillo de piedra afilado en las entrañas humeantes de la res.—Es la poesía de “La leyenda de los siglos”, en que el noble elemento humano ha reemplazado a la pueril canturria mitológica. Es la nueva poesía, que anuncia el mundo nuevo. Es la poesía del reinado ideal, que han entrevisto ya los hombres. No es la poesía personal, que da de sí el corazón, como si fuera vaso melodioso, que al romperse canta, ni poesía nacional, que nace de un grande y prolongado dolor público o de un gran odio: es la poesía humana, que nació, como el trilobites, en su cueva de fango, e irá a dormir, como los ángeles, en el seno de la luz. Es, en suma, esa poesía majestuosa en que los volcanes son antorchas, las nubes cendales, las tormentas cunas, los pueblos soldados de la batalla perenne, que combaten y caen, y el poeta, espíritu profético, que se sienta en las nubes, a cantar la elaboración del universo permanente, en su lira de rudos troncos de árboles, a cuyas cuerdas, hechas de las cadenas de hombres, no alcanzan las tímidas brisas, sino los vientos poderosos de las tempestades.

¡Fortunado aquel en cuyo espíritu grandioso surja, como dote sobrehumana, la facultad colosal de cantar a compás de la armoniosa naturaleza! ¡E infortunado aquel que quiera, de su modesta lira de hombre sentidor, o de su guzla de amores, arrancar sonidos que solo es dado, producir a aquellos, que han podido hacer callar el corazón propio, de modo de oír sin disturbios ni oscuridades el ruido del corazón universal! Porque si el poeta vive en lucha permanente con los malos caballeros de la vida, que abunda en malos caballeros, y con las pasiones, que están sentadas en su espíritu, como fieras famélicas, en espera de presa; y si asiste, monarca y circo de sí mismo, combate perenne de que ha de ser el premio su ventura, ¿de dónde

sacarán fuerza los ojos espantados para mudarse del propio espectáculo sangriento, y posarse fuera de él, donde los hombres rugen y batallan? Mano férrea ha necesitado el poeta grandioso, para poder embridar a las pasiones que le roen las alas. O debió a la naturaleza singular ventura, casi sobrehumana. O naturaleza le dio como a hijo amado, porque padeciese menos, menos poder de sentir. O le dio tal poder de sentimiento, que no le nutre su corazón de hombre, y sale de sí en busca del corazón universal. Porque el poeta, ya cante las escenas de su alma, ya narre de la tierra, ha de ser como la estatua melodiosa, y como las hojas de los árboles, que vibran a todo rayo de sol y onda del aire. No durarán los poetas mentales!

Esa prescindencia de sí, y esa compenetración con lo hermoso eterno, distinguen a Andrade. Su imaginación, como fatigada, a las veces de producir hijos pasmosos, crea fantasías vagas y sonoras, que son como nubes hinchadas de aire pesado, que no pueden alzarse de la tierra. Sabe de historia de dioses, y de hombres, y de ciencia moderna, que es tan abundosa fuente de legítima poesía. Y esto que sabe, y sus anhelos políticos, que son en él generosos y amplios anhelos humanos, no alcanzan en uno y otro lugar de sus cantos poémicos, a sacar de sí todo lo que cada acto humano, por menguado y humilde que parezca, lleva en sí de poético. Y desposa a Víctor Hugo, que desciende al Mundo Nuevo como Orfeo, con la santa democracia; en lo que hay verdad de idea, pero no esa sana unidad pictórica que prohíbe que a cosa tan bella y actual como el gobierno del hombre por sí mismo, se junte cosa tan rancia, y poco análoga a ella, como el maravilloso músico mitológico. Y en odio a instituciones caducas, y que mueren de sí mismas, las flagela con dureza que le es ajena, porque sabe más de amar que de odiar, sin ver que es de cazadores bravos dejar morir, sobre su lecho de hojas secas, al león herido. Cuando está poseído del espíritu de las épocas que dibuja; y sus aficiones hinchan cual generoso viento, la vela de la historia, en cuya barca, vuela por sobre los tiempos, qué bien va la barca! Mas cuando no anda por mares poéticos, sino meramente históricos, no acierta siempre a realzarlos, o a prescindir de ellos y pierde en unidad lírica lo que gana en unidad lógica. Así como debe cercenarse la poesía excesiva de la historia, así debe excluirse de la poesía la historia excesiva. ¡Pero qué poder de realzar lo grandioso, por el modo sencillo de decirlo! ¡Qué manera de asir el espíritu de las edades, y darles forma! ¡Qué lujo de fuerzas, como si estuvieran a su merced para construir esos palacios poéticos, los muros de Troya, y las luces de las primeras albas de la vida! ¡Qué pintar el resurgir de España, como dama de Italia que despierta en brazos de caballero godo, en una estrofa trémula y ardiente! ¡Qué dar carácter en una veintena de versos a Roma, y a todas sus conquistas, de manera que de esa estrofa que asombra, podrían salir a andar todos aquellos pueblos con sus arreos de

batallar, sus altares y sus chozas! ¡Qué segar, como quien con hoz de oro siega mieses, todo lo que flota de poesía inmensa en el vapor de los mares, en el aliento de las tumbas, y en los himnos confusos de la tierra! ¡Qué hacer andar aparejados al Universo, que es hermoso, y al hombre que lo habita! ¡Qué hallar, en todo lo vivo, todo lo poético!—De la leyenda napoleónica da cuenta en una estrofa que parece, por lo relampagueante, veloz y potente, una jornada de robusto héroe, que murió en isla ruda, frente al mar alborotado, cual si fuesen aquellos sillón y alcoba de morir, dignos de aquel espíritu pasmoso! Ya ve al Perú, que es para él la Roma de los incas, cuando ha caído más por haber sido Capua que por ser Roma, sembrado el manto ensangrentado que hoy le ciñe, de ricas flores de oro, que serán las mieses que sus hijos, enseñados por la mala fortuna, siembren en sus campos.—imagínase ver un cuadro de Alma Tadema,—de aquellos cuadros en que pinta la recia tabla hendida en que los principillos se ensayaban en tirar sus dardos, y parecen pintados en ella, de puro llenos del alma de la época, cuando ve el generoso Andrade a Chile colgando, arrepentida de su labor sangrienta, las armas coléricas en el techo de su casa de labriego.

¿No ha de sernos querido el nombre de este poeta, que ya ha dado honra a nuestras tierras? Las manos de los poetas cierran siempre las heridas que abre la ira de los hombres. Por eso en poesía no puede cantarse el odio, ni más ira que aquella sagrada de la indignación, que es una virtud, y engendra otras. De que los poetas sean oídos, y se acerquen, y trabajen a la par, vendrá la paz humana: no poetillas de oficio, o de afición, sino esos que llevan en el alma como una luz que se consume, de tanto como irradia! El nombre de Olegario Andrade merece ser amado. Él es joven, como la poesía en que canta, el pueblo en que nació, y la nueva humanidad que le inspira. En certamen de poetas reunidos para ensalzar a Víctor Hugo, él fue el premiado. En certamen reciente, citado a alabar glorias de América, de él fue el premio, y de todos el asombro, ante su obra pujante. En España, no bien lo oyen, lo consagran altísimo bardo. ¡Bienvenido sea a la estima de los hombres, el que es capaz de amarlos y maravillarlos!

La Opinión Nacional. Caracas, 8 de febrero de 1882.
[Mf. en CEM]

EL POEMA DEL NIAGARA

Pasajero, detente! Este que traigo de la mano no es zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros,—que lo son porque a nadie repitieron,—ni decidor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio, como tantos que fuerzan a los hombres honrados a esconder sus pesares como culpas y sus sagrados lamentos como pueriles futilezas! Este que viene conmigo es grande, aunque no lo sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Pérez Bonalde, que ha escrito *El poema del Niágara*. Y si me preguntas más de él, curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro—porque este es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira,—y con algo como aureola del triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse a medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acometimiento, aunque este volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el oro afuera, no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el ejercicio de la grandeza! Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, o sublimadas en sonante prosa o en alados versos, mas luego que se han abrazado a la virtud, que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos!—no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que se ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables, reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella; para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacarse del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar,—como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol,—y sentarse, a par que con sonidos misteriosos acompañan en su lira a las viajeras, a ver volar las

águilas:—pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él a las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razón, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo que viene a suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas,—hombres magnos,—por la confusión que el cambio de estados, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, días y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe, y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve a las de su alma.—De aquí esos poetas pálidos y gemebundos; de aquí esa nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal, necesaria consecuencia de los tiempos, ingenua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas un sentidor flojo, dotado, como el pavón de plumaje brillante, del don del canto.

Hembras, hembras débiles parecerían ahora los hombres, si se dieran a apurar, coronados de guirnaldas de rosas, en brazos de Alejandro y de Cebete, el falerno meloso que sazonó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fue hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal del Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido y con tal ansia investigado,—que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la nubedad y transparencia de otros tiempos la aureola

luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso o predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra—y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas la cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite de alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes; vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas—y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos; alarmado a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que antes se reverenciaban; desconocidas aún las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, carácter definido, ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobrezas de la casa, y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribían pausadamente, año sobre año, en el reposo de la celda, en los ocios amenos del pretendiente en corte, o en el ancho sillón de cordobán de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponía en el espíritu la certidumbre de que el buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba la ley, y la madre Iglesia abrigo y sepultura. Solo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la producción de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras, pero el amor rebosa y se esparce; y este es tiempo de amor, aun para los que odian. El amor entona cantos

fugitivos, mas no produce,—por ser sentimiento culminante y vehemente cuya tensión fatiga y abruma,—obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de la vallas alzadas; este es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban a andar, daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo pervade todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos; no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como antes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos días y años luengos en la mente, fructificando y nutriéndose, acrecentándose con las impresiones y juicios análogos, que volaban a agruparse a la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, dejo natural de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habían de convertirse en sonajas de bufón de rey, o en badajo de campana de iglesia, o en manjar de patíbulo; y en que era forma única de la expresión del juicio humano el chismeo donairoso en una mala plaza de las comedias de amor trabadas entre las cazoletas de la espada y vuelos del guardainfante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto, y hábito, y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios, la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpagos, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de

baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen a la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente, como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran—¡oh hermoso sacrificio!—para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas, se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas; de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece también que con la gran labor común de los humanos, y el hábito saludable de examinarse, y pedirse mutuas cuentas de sus vidas, y la necesidad gloriosa de amasar por sí el pan que se ha de servir en los manteles, no estimula la época, ni permite acaso, la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y esta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba antes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo a cosechar los frutos de la naturaleza y a estimar sus flores, tocan los antiguos maestros a menos flor y fruto, y a más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asístese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placerá a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no se es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá a la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo hombre que se detiene a verse, anda enfermo del dulce mal del cielo, tienen los poetas hoy—auverneses

sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa—la nostalgia de la hazaña. La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza a ser crimen. La corte, antes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados a los bardos modernos, que, aunque a veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aun suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden a las breñas agrestes de Inglaterra, y de otro a la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones;—y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay occidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana. En este cambio de quicio a que asistimos, y en esta refacción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladradores; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses,—la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros a los labios sedientos de los poetas:—¡vacíen de sus copas de piedras preciosas el agrio vino viejo, y pónganlas a que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma,—y muevan con sus manos febriles, a los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los pies y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fue, en más o en menos, poeta personal,—y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza, aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales o sangrientas, poeta de epopeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo.—¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más o menos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía a su hijo; mas él, a sí propio: no hay ahora mendrugo más denteado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre.

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún, y harto confusas, las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí—porque a los pueblos viene el perfume, como al vino, con los años—elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbélica; la vida íntima febril, no bien enquiciada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Mas cuánto trabajo cuesta hallarse a sí mismo! El hombre, apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo, y arrogancia culpable—alimentada. No hay más difícil faena que esta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatural; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas los que antes de él han venido. So pretexto de completar al ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra cauta, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada: ¡he ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste, mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos: urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Solo lo genuino es fructífero. Solo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca a cada hombre reconstruir la

vida: a poco que mire en sí, la reconstruye. ¡Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio! Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre

¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el ponderoso justador, el caballero de la libertad humana—que es orden magna de caballería,—el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que movió al cielo las manos generosas, en tono de plegaria, y las sacó de la oración a modo de ánafora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos!—El poema está en el hombre, decidido a gustar todas las manzanas, a enjugar toda la savia del árbol del Paraíso y a trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios en otro tiempo la espada exterminadora! El poema está en la naturaleza, madre de senos próvidos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama! Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza.

El poema del Niágara!—lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido que pide a su madre muda el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un solo pecho; el tumulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y enala la frente del hombre a la faz de lo grandioso; la compenetración profética y suavísima del hombre rebelde e ignorador y la naturaleza fatal y reveladora, el tierno desposorio con lo Eterno, y el vertimiento deleitoso en la creación, del que vuelve a sí el hombre ebrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido correy de la naturaleza!

El poema del Niágara!—el halo de espíritu que sobrerrodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno, menos fragorosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va a parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que devasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sorbe de un hálito, como ogro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimañas de boca roja que le divierten, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al

cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y ruge; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar o en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: he ahí el poema imponente que este hombre de su tiempo vio en el Niágara.

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiración del genio cantor. Se presenta armado de todas armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estalos animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Bonalde, apenas puso los ojos sobre sí, y en su torno, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vio solo, catecúmeno enérgico de una religión no establecida, con el corazón necesitado de adorar, con la razón negada a la reverencia; creyente por instinto; incrédulo por reflexión. En vano buscó polvo digno de una frente varonil para postrarse a rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastrocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio, del análisis que las reprime, cuando no las prohíbe o ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora a gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la libertad,—que no debiera, por cierto, llevar jamás espada; en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la savia de un árbol en el cuerpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le batían las sienes; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado, ¡todo es castillo solitario y armadura vacía! lo presente, ¡todo es pregunta, negación, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo! lo venidero, ¡todo está oscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fue el poeta a saludar la hazaña de la naturaleza.

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta su gemido de dolor a la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios, como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heroicas. El poeta ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea, implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaría sin miedo el cetro de la sombra. Ase la niebla, rásgala, penétrala. Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa; enfriase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; canta el *hosanna!* La luz es el gozo supremo de los hombres.—Ya pinta el río sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata, evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de venti quero; ora columnas de fuego; ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Ícaro. Es nuestro tiempo, en frente de nuestra naturaleza. Ser eso, es dado a pocos. Contó a la naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fue pujante, porque fue sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fue impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, rapto súbito. Vese aún a trechos al estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma; pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero a poco pone bien el oído, y a despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla: el consonante magulla siempre;—allá las prolonga, con lo cual las daña; por lo común, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centellante. Todo el poeta se salió a estos versos; la majestad evoca y pone en pie todo lo majestuoso. Su estrofa fue esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empina, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y va a morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos a forma ni extensión; acá enseñoreándose de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de la idea. Pues el rayo ¿obedece a marcha precisa en su camino? ¿Cuándo

fue jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que una locomotora. Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura amplia; el lienzo extenso; los colores a prueba de sol. La frase llega a alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, o plegada con majestad, o fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, o concluido con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima Pérez Bonalde lo que escribe; pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por de contado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otros frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y desajar, a mellar aquí un extremo, a fortificar allí una juntura, a abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha ser un vaso de aromas. El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todas los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa, y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente, y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza, y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fue hecho de una pieza.

Oh! esa tarea de recorte, esa mutilación de nuestros hijos, ese trueque del plectro del poeta por el bisturí del disector! Así quedan los versos pulidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, como maltratada, de estos

golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paseo no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar a destiempo en cuanto a las causas reales de la unión. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso, en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente, ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aun con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieran rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrújulo osado; que a cual verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta junta de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Telmo en el cielo sembrado de astros, gemidos de contagio y desesperanzas aprendidas; ea! que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes, no se detiene a recoger las piedras del camino. Saluda el sol, y acata al monte. Estas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oído. Pues, ¿quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo? La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algún momento abatida y azorada de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada primera de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. Bonalde mismo no niega, sino que inquiere. No tiene fe absoluta en la vida próxima; pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado qué ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oído lo que no dice. Saca fe en lo Eterno de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el *Eco* que juega con las palabras,—porque la naturaleza parece, como el Creador mismo, celosa de

sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el juicio que les dio,—le responde que nada sobrevive a la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente. Ni hay torrente como nuestra alma. No! la vida humana no es toda la vida! La tumba es vía y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se da a los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, sementera de proezas, sino anuncio del país cierto en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la honda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; y nacerán las ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan a la imaginación de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra—y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado a tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? ¿Qué ha de ser del espíritu tierno y rebosante que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo, y sale íntegro y no empleado de la tierra?—Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante. Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que a veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta, sino alimento vivo de la llama con que alumbra? Echa su cuerpo a la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado que te alimentas de ti mismo.—He aquí una lira que vibra! He aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone a los aires vivos la arrogante frente! He aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta tierra de hombres! He aquí un vigoroso braceador que pone el pie seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afán siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno. —Él no persigue a la poesía, breve espuma de mar hondo, que solo sale a flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa a los importunos sus caprichos. Él aguardó la

hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y ve en él luces, y abismos bordados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema, abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida a las caricias aquietadoras de la sagrada naturaleza. Fue libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrogan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de sofocar la llama que enciende la naturaleza, de privar del ejercicio natural de sus facultades a criatura tan augusta como el ser humano? ¿Quiénes son esos búhos que vigilan la cuna de los recién nacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de la vida? ¿Quiénes son esos alcaides de la mente, que tienen en prisión de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrá blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender a Dios, se arroja a corregir la obra divina? Oh, Libertad! no manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido!—Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretenciosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres a la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, a ser esclavos de la Libertad! Bien hayas, cantor ilustre, y ve que sé que vale esta palabra que te digo! Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rapsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno a la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimiento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto.

JOSÉ MARTÍ.

Nueva York, 1882

Notas finales

Acosta, Cecilio (1818-1881). Escritor, periodista y humanista venezolano. Hijo de Ignacio Acosta y de Margarita Revete Martínez. Nació en San Diego de los Altos, actualmente estado de Miranda. De familia pobre, situación que caracterizó su vida estudiantil, profesional y pública, su primera formación estuvo a cargo del presbítero Mariano Fernández Fortique, posteriormente famoso como orador, escritor y prelado. Huérfano de padre en 1828, su madre se trasladó con sus otros tres hijos a Caracas en 1831. Ese mismo año comenzó a estudiar en el Seminario Tridentino de Santa Rosa, en donde inició la carrera sacerdotal, el conocimiento de los clásicos, el dominio de la lengua latina y una serie de lecturas decisivas en la gestación de su pensamiento. Al abandonar los estudios eclesiásticos en 1840, ingresó en la Universidad Central de Venezuela para cursar Filosofía y Derecho. Se graduó de agrimensor en la Academia de Matemáticas, en 1840; de Filosofía, en 1842, y de Derecho Civil, en 1848. Además del latín, dominó el inglés, el francés, el italiano, el portugués y el alemán. En 1846 salió a la palestra dando a conocer en los periódicos *La Época* y *El Federal* sus reflexiones sobre la tensa realidad de un país dividido en bandos aparentemente irreconciliables. Sus escritos abarcaron una amplia diversidad de temas: la industria, la propiedad, la emigración, la electricidad, la imprenta, el vapor, el telégrafo; publicó además trabajos de síntesis histórica y discernimiento jurídico, cuyos ejes fueron la meditación sobre el progreso y la civilización, así como el análisis de la instrucción que requería Venezuela para alcanzarlos. También escribió para *El Centinela de la Patria* durante 1846 y 1847. Fue secretario de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Caracas en 1848, allí dictó las cátedras de Economía Política y de Legislación Universal Civil y Criminal en 1853. Antes del año fue sustituido por orden del presidente José Tadeo Monagas. En 1856, publicó uno de sus más celebrados ensayos sobre la educación: “Cosas sabidas y cosas por saberse”. Al año siguiente sostuvo una polémica con Ildefonso Riera Aguinalde sobre la doctrina liberal. Por entonces, cristalizó su pensamiento estético en particular, así como su meditación sobre la lengua castellana y los géneros literarios. Mantuvo una nutrida correspondencia con personalidades de Latinoamérica, España y de su país, y, a la vez, ejerció una gran ascendencia sobre las nuevas generaciones. En 1862 fue secretario privado de monseñor Fernández Fortique, entonces consejero de José Antonio Páez. En 1868 recibió el encargo de su amigo Nicanor Bolet Peraza, en ese momento ministro del Interior y de Justicia, de revisar el Código Civil. Fue incorporado a la Real Academia de la Lengua como miembro correspondiente en 1869, y homenajeado el 8 de agosto de ese mismo año en el Salón del Senado por la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Artes de Caracas. Durante los años 70, en la época guzmancista, fue un norte para los jóvenes y un puente entre la tradición humanista de Andrés Bello y las nuevas estéticas en ebullición. En 1872 formó parte de la comisión redactora de los Códigos, creada por el presidente Antonio Guzmán Blanco. Murió en la pobreza y su entierro fue por caridad. En 1889 se publicaron sus *Poesías*, y en 1908 sus *Obras completas* en 5 tomos. Durante la estancia de José Martí en Caracas, visitó a Cecilio Acosta en varias ocasiones, y a la muerte de este, escribió un texto para la *Revista Venezolana* —incluido en el presente tomo—, que provocó su expulsión de Venezuela por orden del mandatario Antonio Guzmán Blanco.

ANDRADE, VÍCTOR OLEGARIO (1841-1882). Poeta y periodista argentino. Nació en Gualeguaychú, provincia de Entrerríos. Después de haber vivido con sus padres en la emigración durante el gobierno de Juan Manuel Rosas, a la caída de este regresó al país y se educó en Concepción del Uruguay. En 1857 abandonó los estudios y comenzó a escribir poesía. Fundó *El Porvenir* y otros periódicos en defensa de la causa del Congreso de Santa Fe contra Buenos Aires, y mantuvo semejante postura política en *La Tribuna Nacional* y otros órganos de prensa porteños; posteriormente recogió esos escritos en *Artículos históricos (1863-1868)*. Se opuso a la alianza con Brasil y combatió la política de Bartolomé Mitre. Vivió en varias localidades del litoral argentino como Concordia, Concepción, Paraná y Santa Fe, hasta que finalmente se radicó en Buenos Aires durante el gobierno de Nicolás de Avellaneda. Su nombre no tardó en ser muy conocido por su producción literaria, composiciones suyas ganaron varios certámenes, y se le consideró el poeta nacional por excelencia. Durante el período porteño escribió sus poemas más mencionados, entre ellos, *El nido del cóndor, Prometeo, A San Martín* y *La Atlántida,* que le valió la flor natural en los primeros Juegos Florales celebrados en la Argentina en 1881; otros poemas suyos son: *El arpa perdida, Los Andes, La noche de Mendoza, La libertad, El consejo maternal, Las flores del guayacán* y *La creación*. Fundó además los periódicos *El Pueblo Argentino* y *La América.* Ser le ha considerado un seguidor de Victor Hugo y José de Espronceda. Su amistad desde la escuela con el presidente Julio Roca, su ascendiente en la prensa y la popularidad de su poesía le permitieron alcanzar un escaño como diputado. Cuando murió se le puso su nombre a uno de los montes, derivación de los Andes, al oeste de la laguna Rica en la Pampa:

ARMAS Y CÉSPEDES, JUAN IGNACIO (1842-1889). Escritor y periodista cubano. Nació en La Habana. Era hijo del abogado y profesor universitario Ramón de Armas y Carmona, y hermano de Francisco, abogado y escritor; José, periodista y escritor, y Ramón, escritor. Estudió arquitectura en Madrid y viajó por Francia e Italia. A fines de 1868, dirigió *La Aurora,* periódico de Matanzas, y al año siguiente emigró a Estados Unidos y se radicó en Nueva York, donde se incorporó a la expedición del vapor *Lilliam,* dirigida por Domingo Goicuría, que fuera apresada por las autoridades británicas de Bahamas, y cuyas vicisitudes relató en *Expedición Goicuría: diario de un soldado* (1869), bajo el seudónimo de Un soldado. Regresó a Nueva York y, en esta ciudad, escribió para *El Almanaque Cubano para 1870* y en el de 1871. Dirigió el periódico *La América* y *El Correo de Nueva York,* ambos en 1871; fundó y dirigió *La América Ilustrada* (1872-1873), y el periódico literario *El Ateneo* (1874-1875). Marchó a Caracas, allí fue cronista teatral de la *Gaceta Oficial* y creó el semanario *El Renacimiento*. Volvió a La Habana, donde fundó y dirigió el semanario *El Museo* (1882-1884). Colaboró en *El Fígaro,* en la *Revista Cubana* y en *El Trunco,* en el que publicó 18 artículos con el título de "Bahía de Matanzas" (1884-1885). Se desempeñó como arquitecto provincial de la Diputación de La Habana. Fue miembro de la Real Academia de la Historia, de Madrid, y de la Sociedad Antropológica de Italia. Escribió *El carruaje cubano,* la oda "Al porvenir de América", el poema "La lira griega" y el libro *Fábula de los caribes,* además del trabajo de antropología titulado *Los cráneos llamados deformados* (1885). Otras de sus obras fueron: *Geometría para los niños* (1875), *Las cenizas de Cristóbal Colón sepultadas en la catedral de Santo Domingo* (1881), *Orígenes del lenguaje criollo* (2da edición, 1882), *Los gorritos de madera* (1884), *Las etimologías de la Academia. Estudio filológico* (1886), y *La zoología de Colón y de los primeros exploradores de América* (1888). Tradujo *Derecho federal* de John C. Calhoun (Caracas, 1879). Murió de pulmonía en Madrid.—Martí lo anunció entre sus colaboradores en el primer número de la *Revista Venezolana*, y en julio de 1884 alabó *Fábula de los caribes* en el mensuario *La América,* de Nueva York.

Blanco, Eduardo (1838-1912). Escritor y político venezolano. Nació en Caracas. Realizó sus primeros estudios en el colegio El Salvador del Mundo, dirigido por Juan Vicente González. Se inició en la carrera de las armas y alcanzó el grado de coronel. Entre 1861 y 1863, sirvió en el cuerpo del presidente José Antonio Páez y estuvo en las conferencias de paz celebradas con Juan Crisóstomo Falcón en las cercanías de Carabobo en 1861. En 1874, colaboró en el periódico caraqueño *La Tertulia,* y formó parte de la redacción de la *Entrega Literaria* en 1882, así como del periódico político *La Causa Nacional* en 1889. Sus primeras obras, la novela *Una noche en Ferrara* (1875) y *Lionford* (1879), drama en tres actos, lo identificaron con el romanticismo. En 1881 dio a conocer *Venezuela heroica,* libro donde narra varios episodios de la guerra de independencia, y que se convirtió en uno de los símbolos literarios del culto a la patria; ese mismo año publicó *Zárate,* considerada por algunos críticos como la primera novela auténticamente venezolana, y en la que se percibe la influencia de Victor Hugo. Fue miembro fundador y director de la Academia Nacional de la Historia en 1888; a partir de 1896, asumió las carteras de Relaciones Exteriores (1900-1901) y la de Instrucción Pública (1903-1904 y junio de 1906). Escribió

además las novelas: *Faucette; La casaca del buen tío Zenón* y *El cura de Santeluco.* Su obra en general lo convirtieron en una destacada figura de las letras de su país.

Guardia, Heraclio Martín de la (1829-1907). Escritor, periodista, militar, político y diplomático venezolano. Nació y murió en Caracas. Estudió en el colegio de La Paz, dirigido por José Ignacio Paz del Castillo, y en la Universidad Central de Venezuela; con posterioridad, cursó la Academia de Matemática como cadete. A partir de 1844 militó en el Partido Liberal e integró, con el grado de teniente, el Ejército Pacificador del Orituco de 1846 a 1848. Por esta fecha, ascendido a comandante, radicó en el servicio de Milicias de Caracas. Inició la carrera literaria escribiendo para el teatro, de su producción son los dramas: *Cosme II de Medicis* (1849), *Don Pedro de Portugal* (1851), *Luisa de Lavalliére* (1853), *Don Fadrique* (1856) y *Parisina* (1858), estrenados exitosamente en Caracas. En 1850, Francisco Aranda, secretario del Interior y Justicia, lo encargó de la Sección de Fomento en su despacho, y lo impulsó a escribir para la prensa política; en ese mismo año, fundó *El Almirante*, semanario liberal que apoyó la candidatura presidencial de José Gregorio Monagas. En 1854, junto a Ramón Ramírez, fundó *Los Obreros del Porvenir,* y con Ramón Alcalá Piña redactó *El Americano* (1855-1857), semanario liberal favorable a Monagas y a la creación de la Confederación Colombiana. Sus vinculaciones con el régimen de la llamada “oligarquía liberal” le ganó enemistades, y a la caída del gobierno de José Tadeo Monagas, en 1858, fue investigada su actuación frente a la sección de Fomento; para subsistir estableció una fábrica de velos. En 1859, su padre fue asesinado por la soldadesca. Fundó en 1860 una imprenta en Caracas, y al año siguiente fue encarcelado, acusado de escribir un decreto contra la dictadura de José Antonio Páez. Se exilió en Puerto Rico, donde permaneció desde 1861 a 1863. Tras el Pacto de Coche, que puso fin a la Guerra Federal, regresó a Venezuela y fue nombrado secretario de gobernación del Distrito Federal. Secretario particular del general Manuel Ezequiel Bruzual, participó en los combates contra la “Revolución Azul” en 1868. Fue senador por el Distrito Federal en el Congreso Constituyente de 1873. Asumió la redacción del diario *La Nación* en 1884, y en 1886 fue cónsul general en México. Desvinculado de la política se dedicó a la literatura, y su casa se convirtió en importante centro de tertulia. Fue miembro de la Academia Venezolana de la Lengua desde 1887, y correspondiente de la española. Se le considera el fundador del teatro nacional venezolano. Su poema “Una noche en La Habana” describe la vida encadenada y de falso lujo en la Cuba colonial. Sostuvo amistad con José Martí desde la estancia de este en Caracas, y le dedicó su poema “El centenario del Libertador”.

Miranda, Francisco de (1750-1816). Político y militar venezolano, llamado El Precursor de la Independencia; fue el creador de la bandera venezolana. Nació en Caracas, hijo de militar canario. Después de estudiar bachillerato en Artes en la Universidad de Caracas, viajó a España donde llevó a cabo estudios militares en España. En 1772 entró al servicio de las armas, y fue destacado en guarniciones y presidios. Sirvió en el norte de África, en La Habana y en la Luisiana, y participó en el sito de Pensacola, como parte del esfuerzo español a favor de los patriotas de las Trece colonias; también operó en Jamaica. Luego volvió a Estados Unidos y visitó varios países europeos para ampliar sus conocimientos militares; viajó por Inglaterra, Prusia, Holanda, Alemania, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Italia, Grecia, Rusia, entre otros

países. En Francia, donde ya había estallado la Revolución, se incorporó a ella. Estuvo bajo el mando de Dumouriez; fue jefe del ejército francés en Bélgica y logró la rendición de Amberes. No aceptó las intrigas de Dumouriez contra la revolución, y fue absuelto por la Convención de la responsabilidad por la derrota de Neerwinden. Alcanzó el grado de mariscal de campo y figuró destacadamente entre los girondinos, pero ante el ascenso de Napoleón salió de Francia hacia Londres para impulsar con apoyo británico sus proyectos de independencia hispanoamericana. En 1806 salió de Nueva York con una expedición que desembarcó en Venezuela, pero fue rechazado en Ocumare, y aunque posteriormente tomó Coro, tuvo que reembarcarse ante la falta de apoyo. Retornó a Londres, y regresó a Venezuela en diciembre de 1810 al conocer los sucesos del 19 de abril de ese año y la instalación de la Junta de Caracas. Participó como diputado en el Congreso de 1811, donde fue electo presidente, allí luchó ardientemente por la declaración de la independencia y fue la personalidad descollante de la Sociedad Patriótica, club político que promovía la declaración plena de la independencia. Venció en Valencia la sublevación realista de 1812, y ante el peligro de la reacción enemiga y el avance de las tropas españolas de Domingo de Monteverde, fue nombrado dictador con el titulo de generalísimo por el Congreso, en abril de 1812. Ante la caída de Valencia, de Puerto Cabello y de Calabozo, inició conversaciones con el jefe español y firmó la capitulación de San Mateo, el 25 de julio de ese año. Se retiró a Caracas y luego a La Guaira con la idea de preparar una expedición, pero fue apresado por el jefe de la plaza y entregado a los realistas, quienes lo enviaron a prisión en Cádiz, donde murió. Traducía del latín y del griego. Se le ha denominado “el primer criollo universal”.

Páez, José Antonio (1790-1873). Militar y político venezolano. Es uno de los héroes principales de la independencia y de los fundadores de la república. De origen muy humilde, se dedicó al comercio en la adolescencia y también trabajó como peón en los Llanos. Al iniciarse la guerra de independencia, fue apresado y condenado a muerte en Barinas, pero fue liberado, y combatió en Mérida, en la retirada de Rafael Urdaneta a Cúcuta en 1814, y en los llanos de Casanare. Se estableció en el Apure, donde obtuvo sus primeros triunfos y se convirtió en caudillo de los llaneros. En 1816 fue nombrado jefe único de los llaneros en Guasdalito por una Junta de oficiales neogranadinos y venezolanos. Reconoció en 1818 la autoridad de Bolívar, y con sus éxitos en las batallas de Mucuritas y Queseras del Medio transformó los Llanos, antiguo bastión realista bajo las órdenes de José Tomás Boves, en zona adicta a la república. Logró su mayor gloria en 1821, durante la campaña y segunda batalla de Carabobo, de la que fue su héroe principal, y con la que se aseguró la independencia venezolana. Allí mismo Bolívar lo ascendió a general en jefe. En 1823 tomó Puerto Cabello. Fue nombrado comandante militar de Venezuela y tuvo serias contradicciones con el vicepresidente Santander, encargado de la presidencia de Colombia, mientras Bolívar ejecutaba la liberación de Perú y Bolivia. En 1826, no aceptó la orden de comparecer ante el Senado en Bogotá en virtud de las acusaciones a que lo sometía el Intendente de Caracas, pero admitió retomar el mando militar de Valencia cuando se lo pidió la municipalidad de la ciudad, por influencia de Miguel Peña, quien ya era su consejero político; luego reasumió su jefatura en Caracas. No aceptó los razonamientos del edecán de Bolívar, Florencio O’Leary, y solo cejó en su insubordinación ante el

gobierno central de Colombia, al entrevistarse con El Libertador y durante la estancia de este por seis meses en Venezuela, en 1827. Apoyó la idea de una monarquía encabezada por Bolívar fue rechazada por este. En 1830 impulsó la Convención de Valencia, que decidió la separación venezolana de Colombia, y que lo eligió presidente interino, cargo que ocupó nuevamente de 1831 a 1835 por elección constitucional. Mediante una hábil política conciliadora, logró hacer frente sin mayores costos a varias sediciones, como la de los hermanos Monagas en el Oriente, para ello se apoyó especialmente en la oligarquía conservadora. En enero de 1839 fue electo presidente de nuevo hasta 1842. En 1848, se sublevó contra el gobierno de José Tadeo Monagas por lo que fue desterrado a Estados Unidos. Regresó en 1858 y fue ministro de la Guerra en 1860, bajo la presidencia de Tovar. Al año siguiente dio un golpe de Estado y asumió la dictadura en medio de la cruenta Guerra Federal entre liberales y conservadores, a la que renunció en 1863. Partió al extranjero y residió en Nueva York, Brasil, Uruguay y Argentina. Murió en Nueva York. Sus restos fueron repatriados a Venezuela en 1888.—José Martí le dedicó un penetrante retrato publicado en *El Porvenir,* en junio de 1890.

Peña, Miguel (1781-1833). Abogado y político venezolano. Nació en Valencia. Obtuvo el grado de Doctor en Jurisprudencia Civil en 1806, y a los 25 años pertenecía al Colegio de Abogados de Caracas. Fue relator de la Audiencia de Venezuela hasta 1809, año en que partió hacia la colonia inglesa de Trinidad enviado por la Audiencia. En 1811 retornó para participar activamente en las labores independentistas; se incorporó a la Sociedad Patriótica, y fue uno de los oradores que pidió la separación en nombre de aquel club político en la sesión del Congreso del 4 de abril de 1811. Fue sucesivamente diputado a la Cámara provincial de Caracas, asesor del general Francisco de Miranda durante la primera campaña de este en Valencia, y gobernador político de La Guaira. Luego de la capitulación de Miranda ante Monteverde, en 1812, y el fin de la Primera República, continuó la lucha en los valles de Aragua. Durante la Segunda República, resistió junto con Escalona el cerco de Boves a Valencia. Luego de la caída de esta ciudad en manos de los realistas y tras breve prisión, logró escapar. Presidió la asamblea de San Diego de Cabrutica, en 1816, que fijó la autoridad de José Tadeo Monagas como jefe superior para continuar la lucha en los Llanos centrales. Salió enfermo hacia Trinidad y regresó al país en 1820. Elegido diputado al Congreso de Cúcuta, firmó como presidente del cónclave la Constitución de la república colombiana el 30 de agosto de 1821. Ocupó la presidencia de la Alta Corte de Colombia de 1821 a 1825, cuando el Senado lo suspendió de ese empleo por un año dada su insistente negativa a firmar el fallo que condenaba a muerte al coronel venezolano Leonardo Infante. De regresó a Valencia, no compareció ante el juicio promovido en Bogotá por apropiarse de parte de los fondos destinados por el gobierno al fomento de la agricultura venezolana, y se convirtió en el asesor intelectual de José Antonio Páez al ser este destituido como comandante general de Venezuela, estimulándolo a la sedición ante los que estimaba agravios del vicepresidente Santander. En 1828 fue electo diputado a la Convención de Ocaña, y ocupó el cargo de secretario del Interior y Justicia del gobierno venezolano. Miembro del Congreso de Valencia de 1830, suscribió en su carácter de presidente la Constitución que rigió a Venezuela como estado independiente hasta 1857. Elegido senador

en 1831 para el primer Congreso constitucional venezolano, murió poco más de un año después en Valencia.

PÉREZ BONALDE JUAN ANTONIO (1846-1892). Poeta, periodista y traductor venezolano. Nació en Caracas, hijo de una familia de importancia en la política venezolana. Dos de sus hermanas se casaron con alemanes que tenían negocios en Venezuela, una de ellas con un miembro de una de las familias más importantes de Hamburgo, y otra con un holandés, todos vinculados entre sí por el comercio. Pasó algunos años de su adolescencia estudiando en Alemania, al parecer en casa de su hermana. Entre 1861 y 1864 vivió en Puerto Rico junto a su padre, quien había fundado allí una escuela luego de establecerse en 1858 a la caída de José Tadeo Monagas. Estudió dibujo y música, y fue considerado un pianista aceptable. Al parecer también se radicó un tiempo en la isla de St. Thomas trabajando como tenedor de libros e intérprete para varias casas de comercio alemanas y norteamericanas. Regresó a Caracas con su familia en 1864, y el padre abrió una escuela de niños y otra de niñas, aunque murió al poco tiempo. Trabajó en la administración del presidente Falcón. En 1868 comenzó a laborar en el periódico *El Porvenir* de Fausto Teodoro de Aldrey escribiendo sobre temas de política interior y literatura. Fue también autor de una sátira contra Antonio Guzmán Blanco, por lo que al llegar este al poder, se trasladó a Nueva York, donde residió durante muchos años y llegó a ser una de las personalidades más conocidas de la emigración hispanoamericana establecida en la urbe. Se casó en 1879 con la norteamericana Amanda Schoonmaker. Fue empleado y agente viajero de una firma germano-estadounidense, vinculada con sus parientes de Hamburgo, por lo que viajó mucho en labores de su empleo. En 1877 pasó por Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, y en 1880 estuvo en Europa y el Oriente. Era poliglota y dominaba el francés, el inglés, el alemán, el italiano y el latín. Tradujo del alemán "Los tres amores" de Uhland; varios poemas de Heine como el *Cancionero,* y del inglés "El cuervo" de Poe. Fue amigo íntimo de Nicanor Bolet Peraza, desterrado en Nueva York desde 1879 por su oposición a Guzmán Blanco, y a quien acompañó en sus múltiples empresas literarias, periodísticas y culturales. En 1890 volvió a Venezuela y murió en La Guaira. De su extensa producción poética publicada en periódicos venezolanos y neoyorquinos, se consideran sus obras principales los poemas "Flor", dedicado a la muerte de su hija en 1883; "La vuelta a la patria" y "El poema del Niágara", cuya segunda edición, en 1882, fuera prologada por José Martí, con quien sostuvo estrecha amistad durante la residencia neoyorquina de ambos; probablemente fuera él quien acercará a Martí al conocimiento de la lengua y la literatura alemanas.

Plácido Valdés, Gabriel de la Concepción (1809-1844). Poeta cubano. Nació en La Habana; hijo de un mulato peluquero y de una bailarina, fue depositado por la madre en la Casa de Beneficencia. Su padre lo sacó de ese hospicio para asumir su crianza. Vivió siempre en difíciles condiciones económicas, y a duras penas logró cursar estudios primarios. Escribió el primer poema a los doce años de edad, un soneto titulado "La hermosa". Ejerció numerosos oficios: carpintería, tipografía, fabricación de objetos de carey y platería. Quedó huérfano de padre al morir este en México, adonde se había trasladado en busca de mejor suerte. Hacia 1821 ingresó como alumno en el taller del retratista Vicente Escobar, y en 1823 se incorporó como aprendiz en la famosa tipografía de José Severino Boloña. Su habilidad como artesano del carey lo hizo

mudarse en 1826 a Matanzas, para trabajar en el taller de Nicolás de Bota; en esa ciudad acrecentó su fama de poeta. Regresó a La Habana para trabajar en la platería de Misa, donde conoció al poeta Ramón Vélez Herrera, quien lo relacionó con el mundo intelectual habanero. Estudió literatura con Ignacio Valdés Machuca, merced al apoyo económico del farmacéutico Francisco Prendes, y continuó ganándose la vida en la platería de Antonio Prats y como oficinista en una casa comercial. Sostuvo amores con una joven hija de esclava, que murió en 1833 durante la epidemia del cólera. En 1834, con su poema "La siempreviva" ganó el premio Aureola Poética en honor del entonces primer ministro de España. Francisco Martínez de la Rosa. Volvió a residir en Matanzas en 1836, y comenzó a trabajar en la platería de Dámaso García y en el periódico *La Aurora de Matanzas*. A fines de ese año, fue visitado por José María Heredia, quien lo invitó a trasladarse a México para mejorar su situación económica, lo cual rechazó. Colaboró también con *El Pasatiempo*. Viajaba a menudo a La Habana para visitar a su madre. En 1840 vivió varios meses en Santa Clara, donde trabajó en una platería y escribió para *El Eco de Villaclara*. Regresó a Matanzas en 1840, y se casó en esa ciudad dos años después. La vida social que realizaba y algunos de sus poemas picarescos o contra la tiranía, como "El juramento", suscitaron la desconfianza de las autoridades coloniales hispánicas. Después de varias prisiones, fue detenido nuevamente en 1844 y acusado de ser jefe de la conspiración de La Escalera para organizar un levantamiento de esclavos. Sin prueba alguna fue condenado a muerte por fusilamiento. Se dirigió al suplicio declamando un poema que había compuesto la víspera, titulado "Plegaria a Dios". Son muy apreciados sus dos romances indianistas *Cora* y *Jicotencal.*

ROJAS, ARÍSTIDES (1826-1894). Naturalista, médico, historiador y periodista venezolano. Hijo de padres dominicanos llegados a Venezuela en 1822. Su padre, José María Rojas Ramos, fue administrador de la aduana de La Guaira, concejal y diputado al Congreso Nacional. Asistió al Colegio Independencia, donde tuvo de compañeros a los hijos de José Antonio Páez y de Antonio Leocadio Guzmán, y de maestro a Fermín Toro. En su educación influyó la proximidad de Santos Michelena, Juan Manuel Cagigal y José María Vargas, los que frecuentaban las tertulias del Almacén Rojas, librería y centro editorial fundado en Caracas por su padre en 1838. A los 18 años comenzó los estudios de filosofía en la Universidad Central de Venezuela. Sus primeros artículos sobre costumbre y folclor, así como adaptaciones y traducciones del francés, aparecieron bajo un seudónimo. Estudió medicina y ejerció como médico rural. Regresó en 1855 a Caracas con motivo de la muerte de su padre, y se hizo cargo de la editorial. Junto a su hermano Marco Aurelio, comenzó a publicar una serie de estudios científicos sobre las ciencias de la naturaleza. En 1857 partió hacia Estados Unidos y Francia. Perfeccionó sus estudios de ciencias naturales en París, y se interesó por los de Alejandro de Humboldt. De regreso a América, se radicó en Puerto Rico debido a la Guerra Federal que convulsionaba a Venezuela, y en 1864 regresó a Caracas. Bajo la influencia de los escritores franceses, se produjeron sus intentos de armonizar y asociar ciencia y literatura. Publicó en 1868 el trabajo "El Rayo Azul en la Naturaleza y en la Historia", el cual es exponente de esta concepción. Rojas incorporó un lenguaje poético a los temas científicos, donde la imagen desempeña una función estética y espiritual. Fue miembro fundador y vicepresidente de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, presidida por Adolphe Ernest en 1867, y defensor de la tesis darwinista. En 1866 publicó, con Manuel

Díaz, “Apuntes para el repertorio de plantas útiles de Venezuela” en 1866. Orientó el estudio de las Ciencias Naturales hacia las aplicaciones productivas, y propugnó la creación de herbarios y jardines nacionales. Actualizó la *Geografía de Venezuela* de Agustín Codazzi y la adaptó para niños en 1870. Fundó la Sociedad de Bibliografía Americana. A mediados de la década del 70, a la muerte de su esposa Emilia Ugarte, abandonó el ejercicio de la medicina y se dedicó a escribir. De 1875 a 1882, dirigió las ediciones anuales del célebre *Almanaque para todos*, editado por su empresa Rojas Hermanos. En 1876 publicó *Miscelánea de Literatura, Ciencia e Historia,* libro en prosa prologado por el poeta José Antonio Calcaño. La Universidad Central de Venezuela le confirió medalla de oro en atención a su obra; la Academia de Ciencias Sociales premió en 1878 *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela,* texto en el que consideraba que el conocimiento científico de las civilizaciones indígenas era un preámbulo necesario de todo estudio histórico de la nacionalidad. En 1890 firmó un contrato con el gobierno para dedicarse, mediante el pago de una pensión, a ordenar sus libros de historia para que fueran editados por el Estado; al año siguiente, se publicó el primer tomo de los estudios históricos. En 1892, junto a Adolphe Ernest, preparó el material del pabellón de Venezuela en la Exposición Universal de Chicago. Al morir, dejó inédita la obra *Folklore venezolano* publicada en 1967, así como otros temas de su obra histórica. Fue miembro de numerosas sociedades científicas extranjeras, entre ellas, la Academia de Ciencias Físicas y Naturales de La Habana desde 1867. En 1944, se dio a conocer una bibliografía de sus obras elaborada por Pedro Grases para la Biblioteca Nacional. Es considerado el padre de la investigación científica de la historia nacional venezolana. Para José Martí fue uno de los más destacados intelectuales venezolanos, con quien sostuvo una gran amistad, al extremo de que fue Rojas quien abonó su pasaje de regreso a Nueva York, al ser expulsado intempestivamente de Venezuela por el presidente Guzmán Blanco.

Villegas, Guillermo Tell (1823-1907). Abogado y político venezolano. Graduado en la Universidad de Caracas, su vida política se inició en los días de la Guerra Federal. Fue gobernador de Cojedes y con posterioridad de Barinas en 1859, diputado en la Asamblea de la Victoria en 1863, y subsecretario del Interior y Justicia en el gobierno del mariscal Juan Crisóstomo Falcón. En agosto del mismo año, ejerció ese ministerio e interinamente el de Relaciones Exteriores por ausencia del titular del ramo. Firmó el Decreto de Garantías Constitucionales que eliminaba la pena de muerte, el destierro y la confinación para los enemigos políticos del gobierno; garantizaba la libertad de expresión y extendía el derecho al voto a los mayores de 18 años. En 1864 era miembro de la Alta Corte Federal y en 1866 fue nuevamente nombrado para ese cargo. Participó en la revolución contra el gobierno de Falcón, y fue vicepresidente de la reunión efectuada en Caracas con el fin de conciliar las posiciones de dicho gobierno y las exigencias de los opositores. Elegido presidente de la Cámara de Diputado en abril de 1868, estuvo junto a José Tadeo Monagas en las conferencias del “Sans Souci” al triunfo de la “Revolución Azul” en junio del mencionado año, y se convirtió en figura clave del nuevo gobierno creado. Ministro de Relaciones Exteriores, ejerció funciones de presidente del Consejo de Gobierno, encargándose de la presidencia de la República el 28 de junio de 1868. Durante su mandato, concedió la amnistía a los presos políticos, declaró

vigente la Constitución Federal de 1864, la unión de los partidos, la reivindicación de los derechos ciudadanos, la práctica del derecho federal y el derrocamiento del régimen establecido por Falcón. A comienzos de 1869, fue nombrado segundo Designado de la República y se encargó nuevamente de la Presidencia, ante la ausencia de José Ruperto Monagas, que se encontraba en campaña. Siendo Presidente encargado, decretó honores oficiales a los restos mortales del general Ezequiel Zamora, así como honores y traslado a Venezuela de los restos del doctor José María Vargas desde Nueva York, honores a la memoria de José Gregorio Monagas, la erección de una estatua ecuestre a Simón Bolívar en la plaza municipal de Caracas, la disponibilidad de crédito para el sostenimiento de los colegios nacionales y el indulto de los comprometidos en los sucesos de 1868. A la vuelta de Monagas a la presidencia, asumió el Ministerio del Interior. En 1870 se encargó del Poder Ejecutivo nuevamente ante otra ausencia de Monagas, que combatía la Revolución Liberal dirigida por Antonio Guzmán Blanco. A raíz del triunfo de este, se retiró de la política activa. En 1876 fundó el colegio La Paz, desde el cual realizó una destacada labor pedagógica. Escribió, en 1884, *Gramática castellana* y, en 1887, *Homófonos de la lengua castellana*. Fue nombrado Ministro de Instrucción Pública en 1889 y, en 1892, presidente del Consejo Federal en el gobierno de Raimundo Andueza; asumió la Presidencia de la República internamente ante los sucesos de la Revolución Legalista de Joaquín Crespo, después de la salida del país de Andueza. Al triunfo de Crespo, salió al exilio, y regresó definitivamente retirado de la política. Fue autor de otras obras, como un importante ensayo sobre la Instrucción Popular, publicado en el *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes* (1895), *Los extranjeros en Venezuela: su admisión, su expulsión, Jurisprudencia médica venezolana* y *Estudio de Medicina Legal en relación con la Ley venezolana sobre el matrimonio.*

ÍNDICE GENERAL

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta “obra” en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: “Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido”.